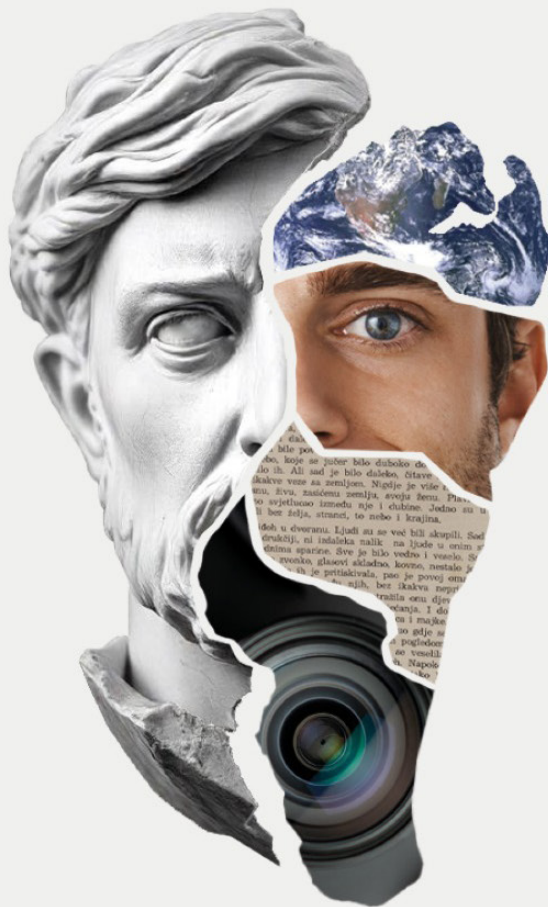


Hacia *la* reconstrucción *del* hombre roto

CRISIS DE VALORES EN CONTEXTO GLOBAL



Pbro. Ramón Rafael Del Blanco



UNCAUS
Editorial

Hacia *la* reconstrucción *del* hombre roto

CRISIS DE VALORES EN CONTEXTO GLOBAL

Pbro. Ramón Rafael Del Blanco

2024

Del Blanco, Ramón Rafael

Hacia la reconstrucción del hombre roto: Crisis de valores en contexto global / Ramón Rafael Del Blanco; Editado por Yamila Luz Naufal . - 1° ed. - Sáenz Peña: UNCAUS, 2024.

163 p.; 15 x 22 cm.

ISBN 978-631-90482-3-0

1. Sociedad. 2. Crisis Política. 3. Educación.

2° impresión revisada



Director: **García Solá, Manuel Guillermo**

Comandante Fernández 755
Pcia. Roque Saenz Peña, Chaco (3700)
República Argentina
editorial@uncaus.edu.ar

Coordinación editorial: **Naufal, Yamila Luz**

Diagramación: **Godoy, Milena Sofía**

Hecho el depósito de ley 11.723
Derechos reservados
Prohibida su reproducción parcial o total

ÍNDICE

Prólogo -----	9
Crisis global: La brújula del mundo en entredicho -----	13
Colapso moral y crisis mundial. La pospandemia exige respuestas nuevas a los viejos problemas de la historia -----	17
El mundo pospandemia. La revolución de la solidaridad o la reafirmación de un proyecto global hegemónico de elites sin Dios ni prójimo -----	23
Sociedad	
Claves de reconstrucción ante una desorientación social -----	29
Una lectura positiva de nuestra historia que resignifique nuestra identidad personal y comunitaria	
Parte I -----	31
Los pobres y excluidos definen cualquier proyecto político, económico y social que pretenda resolver la grave crisis que atravesamos como país	
Parte II -----	35
Se cierra el círculo y queda expuesta la bipolaridad de los verdaderos enemigos de la patria	
Parte III -----	39
El poder de los incluidos usado como herramienta para excluir	
Parte IV -----	43
La ciudadanía ante la encrucijada de una opción que ya no admite ambigüedades ni titubeos -----	46
Educación	
Educar para la libertad y no para la domesticación -----	53
La amistad social como camino de paz y de reconciliación ciudadana--	54

El desafío de acompañar el proceso educativo de los jóvenes en un contexto cultural y social complejo	
Parte I -----	56
¿Cómo podremos educar en la madurez a los jóvenes si somos una sociedad inmadura por definición?	
Parte II -----	60
Educar en medio de la vorágine de las nuevas tecnologías comunicacionales exige tomarnos tiempo	
Parte III -----	64
Educar no para lograr individuos adaptados, sino para ser personas libres	
Parte IV -----	68
Educar para construir y reconstruir los lazos sociales y comunitarios seriamente lastimados en nuestra sociedad	
Parte V -----	71
La desorientación social que impacta especialmente en los jóvenes tiene su raíz en los problemas que tenemos los adultos -----	75
Educando para la unidad y la madurez social	
Primera conclusión -----	79
Una educación que forme ciudadanos con conciencia y responsabilidad social	
Conclusión final -----	82
Política	
Por una vuelta a la matriz de su esencia -----	89
Una política que escuche con los oídos del corazón	
Parte I -----	90
Una política sorda y autorreferencial	
Parte II -----	92

Una política de la escucha estratégica que coloque todos los talentos disponibles al servicio del bien común	
Parte III -----	98
Una dirigencia de pensamiento débil será generadora de una sociedad débil	
Parte VI -----	102
Si el último resguardo de la legibilidad que garantiza justicia a los ciudadanos argentinos está bajo sospecha, la sensación de indefensión es inconmensurable -----	106
Razón y fin de la política para la felicidad del pueblo -----	110
La escucha y el discernimiento: métodos imprescindibles en política para la resolución de conflictos -----	114
El ejercicio de una sana política para que volvamos a soñar juntos, organizarnos y resolver nuestros problemas juntos -----	118
La necesidad del diálogo político y social como instancia superadora de nuestros conflictos -----	122
Tamaño ejemplo de una sociedad de fútbol que ha trabajado en equipo para el éxito y la felicidad de todos -----	126
Medios de comunicación	
Cuarto poder no al servicio del pueblo sino de sus intereses -----	133
Los medios corporativos de información una nueva forma de opresión -----	135
Desafíos de la Inteligencia Artificial	
Inteligencia Artificial. Nos preparamos seriamente para incorporarnos, o seremos absorbidos por ella -----	141
¿Qué es realmente la Inteligencia Artificial? -----	145
Los imponderables de la Superinteligencia Artificial -----	149

Los riesgos reales de tecnologías de alta complejidad sin legislación ni control -----	153
La Inteligencia Artificial difícilmente podrá superar la condición única e irreplicable del ser humano -----	157

Prólogo

Crucé por primera vez al Padre Rafael, durante la misa a mi hermano menor, Nicolás, en la que recordamos a nuestros difuntos al mes de haber partido. Después de su sermón, la inconmensurable desazón trocó en profunda paz. El mensaje de amor profundo, humilde, militante, no sólo se escuchaba: se sentía en el alma y era evidente que se pregonaba también desde el alma: el pastor sentía su discurso. Ahí me reencontré con Nico, mi hermanito, pero en otra dimensión.

Luego, lo dejé de ver hasta que mi Padre decidió irse a acompañar a Nicolás: El Padre Rafael fue a dar el responso a mi viejo. Y, nuevamente, su mensaje de amor, transformó la atmósfera de ese cruel momento del último adiós. Volví a sentir paz y ganas de vivir.

Casi simultáneamente, descubrí en “La Chaqueña”, la revista dominical del *Diario Norte* de Resistencia, su reflexión semanal sobre la sociedad, la política, la cultura, la educación; en fin, sobre la cultura, entendida ésta como “la actividad del hombre transformando la naturaleza y transformándose a sí mismo”.

Así empecé a descubrir en su vibrante prosa, la mano oculta de un viejo conocido y admirado pastor de hombres: Jorge Mario Bergoglio, a la sazón, ya el Papa Francisco. Era inocultable, para quien lo siguiera a Rafael, que recitaba el verso de nuestro Papa argentino que estaba revolucionando la Humanidad. Y eso no le trajo solamente trascendencia, sino muchos celos. Tanto internos en la Iglesia, como en algunos grupúsculos de la sociedad. Es más fácil embestir contra un “curita” (como le gusta llamarse) del sur pobre de Resistencia, que se niega a olvidar su terruño machaguense¹, que contra la Magistratura de Francisco... No es una historia nueva. Militábamos las mismas convicciones, desde senderos diversos;

¹ *Oriundo de Machagai, Chaco.*

las del encuentro entre los hermanos, las del amor por el Otro; en síntesis, ambos adscribíamos a la Cátedra de Francisco. Así fue muy fácil conocerse.

El Padre Rafael desde su columna dominical en el hebdomadario de *Norte*, con su pluma filosa, desgranaba, domingo a domingo, reflexiones sobre la dura realidad, sin ahorrar calificativos para con los personeros del atraso, la desigualdad, la pobreza, la segregación, entre otros males eternos; pero siempre remataba sus reflexiones, sembrando la esperanza anidada en un consejo, un camino, una idea. Todos, conduciendo a un mismo destino: el amor y encuentro. Lo alentaba en esa empresa, nuestro entrañable amigo común, el Gran Miguel Ángel Fernández, a la sazón, director de *Diario Norte*, el centinela del Chaco, porque Miguel era mucho más que un periodista. Y por ello resultó ser irremplazable.

En el sendero contiguo, nosotros empezábamos el rescate de un fascinante proyecto educativo, sembrado en el interior de nuestro interior, la Universidad Nacional del Chaco Austral, UNCAUS, que había tenido tropiezos y algunas ramas secas. Sentíamos que el mandato que teníamos era también el del encuentro y el amor, porque el hecho educativo es, en sí, un acto de amor. Nos pareció que era el momento de la síntesis y creamos, en el seno de la Escuela de Gobierno y Negocios del Chaco Austral, la Cátedra Libre del Encuentro que, a partir de su fundación, fue dirigida por Rafael.

Con la partida de Miguel Fernández, al poco tiempo, se dejó de publicar la columna semanal del Padre Rafael y, no exagero si digo que muchos lectores de *Norte* empezamos a extrañar los fundamentos que *Rafael nos regalaba* para llevar adelante nuestras tareas de constructores de sociedad.

Pero la obra la teníamos, el cuerpo de doctrina estaba escrito. Había que ordenarlo temáticamente para que sirviera al trabajo de la Cátedra y eso es este libro que continúa conceptualmente al que

la misma Cátedra impulsó a partir del seminario que durante la Pandemia organizó sobre “la Crisis de la Formación en Valores en la Ciudadanía Universitaria”.

Hacia la *Reconstrucción del Hombre Roto* es una guía de doctrina para caminar hacia el encuentro y superar la sociedad rota, parcelada, estallada, fragmentada que hemos producido los seres humanos. En Argentina, para reconstruir la Nación, primero tenemos que lograr el encuentro entre los hermanos. Ese es nuestro desafío y ahora tenemos una formidable herramienta para llevarlo a cabo. Espero que la sepamos utilizar.

Dr. Manuel G. García Solá

Vicerrector y Director de la editorial UNCAUS

Presidencia Roque Sáenz Peña, noviembre de 2024

**CRISIS GLOBAL:
LA BRÚJULA DEL MUNDO EN
ENTREDICHO**

Una guerra en curso injustificada, la crisis migratoria con millones de pobres desplazándose hacia los países ricos para no morir de hambre, la pobreza que crece de manera exponencial a escala mundial mostrando cifras escalofriantes y la deshumanización de la cultura que a instancias de una fascinación por la muerte y no por la vida son los signos claros de una civilización en crisis y que eufemísticamente llamamos humanidad rota.

Atravesamos un tiempo crítico como civilización con un orden internacional que moralmente ha colapsado. Sus emblemáticas organizaciones han perdido toda credibilidad ya que estas limaron desde dentro mismo de sus instituciones los fundamentos que les dieron vida. Las contradicciones en sus discursos evidencian la inoperancia e ineficacia de estas a la hora de resolver las graves crisis mundiales que continúan vigentes. Como se ha dicho, las guerras siguen vigentes, así como el hambre y la injusta distribución de las riquezas. La brecha entre ricos, pobres y naciones se ha ampliado, generando en el interior de los Estados grietas que producen tensiones políticas debilitando incluso la institucionalidad democrática en los países más pobres.

El racismo y la estigmatización social en relación a la procedencia de la población migrante es un factor de stress en los países ricos y la violación de los derechos humanos en relación a esto, más el irrespeto a la vida y a la dignidad de la persona están a la orden del día. El sueño de un mundo unido y en paz con la autonomía de los pueblos, en justicia, derecho, fraternidad y solidaridad, propuesto por la carta magna de las Naciones Unidas de la posguerra continúa siendo la gran deuda y de algún modo es el gran fracaso de este orden internacional que se halla en crisis. Es fácil concluir en este punto, entonces, que la crisis global obedece a una geopolítica internacional en la que subyace una mentalidad de colonialismo imperial, que bajo el disfraz de organizaciones para la paz, la unidad y el progreso, en verdad no procuran ni la paz ni el progreso en

Hacia la reconstrucción del hombre roto

el mundo, por el contrario, como es evidente, y denunciada por la realidad misma lo que traen es más muerte, más hambre y más violencia para la gran mayoría de la humanidad.

El mundo en paz, unido, fraterno y solidario no es real y es el gran desafío que tenemos como civilización. El contenido de este libro y de esta cátedra del Encuentro pretende humildemente dar pistas que nos orienten para encontrar el remedio que enmiende las fracturas de una humanidad rota.

Colapso moral y crisis mundial

La pospandemia exige respuestas nuevas a los viejos problemas de la historia

13 de septiembre de 2020

La pandemia desenmascaró un orden internacional que moralmente hace rato estaba colapsado. En efecto, sus emblemáticas organizaciones limaron desde el interior los fundamentos mismos que les dieron vida y la contradicción de sus discursos fue evidenciando paulatinamente la inoperancia e ineficacia para resolver las graves crisis mundiales que aún continúan vigentes. Las guerras siguen vigentes (aunque sucedan de a pedazos como lo afirma el Papa Francisco); el hambre y la injusta distribución de las riquezas siguen vigentes; la brecha entre ricos y pobres entre naciones y dentro de ellas mismas no sólo sigue vigente, sino que se ha ampliado de manera exponencial; el racismo está vigente; la violación de los derechos humanos comenzando por el respeto irrestricto a la vida y a las libertades individuales y colectivas, siguen vigentes.

De este modo, el sueño de un mundo unido y en paz con la autonomía de los pueblos, en justicia, derecho, fraternidad y solidaridad, propuesto por la carta magna de las Naciones Unidas de la posguerra, es la gran deuda y el gran fracaso de este orden internacional. Los postulados fundamentales de Naciones Unidas no se han cumplido y están en crisis. Veamos algunos de ellos:

El postulado de la soberanía inviolable de los Estados, reconocido por la ONU y que debería ser garantizado y regulado por esta organización mundial, no se ha cumplido. Nos sirve un solo ejemplo para demostrar de manera categórica esta afirmación: el hecho de que uno de los miembros más insignes de Naciones

Unidas sea de “la policía del mundo” por contar con un poderío económico y militar que le permite controlar el mundo a su antojo, desmiente de manera evidente, el principio de autonomía y soberanía de los pueblos y transforma el postulado fundamental de igualdad entre las naciones, en una gran farsa. Naciones Unidas que debe garantizar el respeto a ese inviolable derecho, no sólo no ha garantizado el cumplimiento de tal principio, sino que a través del Consejo de Seguridad ha convertido a la ONU en un lacayo servil e incondicional de las políticas coloniales e intervencionistas del selecto grupo de países que, por ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad, deciden por sobre los intereses de la mayoría de las naciones.

Estas a las que irónicamente llaman iguales, pero que en las decisiones vitales, en realidad, no lo son. Lo primero que este orden internacional debe hacer luego de esta crisis, es reconocer su fracaso a la hora de cumplir los altos objetivos que se propusieron después de la Segunda Guerra Mundial. Tal reconocimiento pudiera llevar a la humanidad a buscar nuevas instancias superadoras de la crisis en la que se encuentran las organizaciones emblemáticas de este orden internacional.

Quizá alguna vez lleguemos a saber que tal fracaso obedeció en verdad a objetivos que deliberadamente buscaban potenciar la colonización económica y cultural de naciones enteras para el beneficio de unos pocos. Porque la política que avala Naciones Unidas es claramente intervencionista y colonizadora ya que maquilla sutilmente sus organizaciones con un discurso de progreso, humanismo y respeto a las libertades que, de hecho, en la práctica no es tal. Por el contrario, con su poderío económico, tecnológico y militar los países más poderosos del planeta avasallan a los países más jóvenes y más pobres escudados en el marco legal que les da para intervenir Naciones Unidas.

Es fácil concluir que este nuevo colonialismo imperial, bajo el disfraz de organizaciones para la paz, la unidad y el progreso no traerá ni la paz ni el progreso en el mundo, al contrario, como es evidente, lo que traerán será más muerte, más hambre y más violencia para la gran mayoría de la humanidad.

De este modo, entendemos por qué entonces el discurso retórico de un mundo en paz y sin pobres resultó en una monumental frustración. El mundo unido, fraterno y solidario no es real. No se ha logrado y por esa razón la unión de naciones, de monedas y de economía, incluso en los países desarrollados está en crisis, porque nada puede sostenerse basado en la mentira.

La pandemia desnudó la perversa hipocresía de estas organizaciones mundiales que justamente por ser potable a un proyecto de elites, se demostró incapaz de manejar tal crisis de manera organizada, eficaz y global. Fueron los Estados soberanos, lo que en total soledad, manejaron localmente con sus propios recursos materiales y humanos la pandemia, pulverizando con esto la ilusión de lo que creíamos era una “la aldea global”.

Kofi Annan, Premio Nobel de la Paz y secretario general de Naciones Unidas, apenas comenzó el nuevo milenio había evidenciado el fracaso de esta organización en cuanto al cumplimiento de sus objetivos. Estos debían haberse cumplido en el arco de los cincuenta años después de la fundación de la ONU. Afirmaba con decepción que las metas de una paz duradera entre las naciones y la erradicación de la pobreza en el mundo no sólo no se habían cumplido, sino que se habían agravado de manera exponencial. Tal fracaso, afirmaba el secretario general, era profundamente inmoral porque obedecía estrictamente a una falta de voluntad y decisión política de las naciones más poderosas de la organización, léase Consejo de Seguridad.

Es muy ilustrativo leer las expectativas que tenía el mundo en relación a Naciones Unidas apenas veinte años después de su fundación, y extraídas de un discurso de su santidad Pablo VI dirigido a la asamblea en el año 1965 y que nos sirven también para reconocer el fracaso de la institución: “Los pueblos se vuelven hacia la ONU como hacia la última esperanza de concordia y de paz. Son ustedes —decía el Papa— una estructura que no debería derrumbarse jamás, sino adecuarse cada vez más a las exigencias de la historia, ya que ustedes son una etapa en el desarrollo de la humanidad y el futuro en progreso. Ustedes garantizan el reconocimiento del altísimo valor jurídico de cada nación”. En efecto, el Papa le reconocía a la ONU el rol que el mundo le concedía: ser la garante del cumplimiento de los principios consagrados en ese pacto de naciones, principios que se basaban en una relación de iguales en un marco jurídico de leyes inviolables para garantizar el derecho, la justicia y la autonomía soberana de los Estados. Tal marco jurídico desautorizaba de manera categórica la fuerza de intervención, la guerra y la violencia como instancias de equilibrio válidas para garantizar la paz.

Estos principios consagrados en la carta de Naciones Unidas eran el camino a seguir para lograr el sueño de un mundo unido y una comunidad universal, política y jurídicamente ordenada sobre la base del respeto y la igualdad entre todos sus miembros. Las palabras del Papa a la asamblea de ese tiempo evidencian el entusiasmo de un mundo que avizoraba un futuro prometedor que sería posible justamente porque estas organizaciones que surgieron como fruto de esos pactos, garantizarían el cumplimiento de ese progreso y de esa paz duradera. Pero esto no fue así. La paz es aún una gran deuda en el mundo y la pobreza un clamor obscuro que avergüenza y humilla a las organizaciones de este supuesto nuevo orden internacional que debían garantizarla.

En efecto, la coexistencia de naciones sobre la base del respeto a la libertad y autonomía de los pueblos y la erradicación de la pobreza, es aún, la gran deuda que tenemos como seres humanos. Acaso la palabra profética de Pablo VI en aquella aula magna nos sirvan hoy de marco fundamental para tratar de comprender el porqué de este fracaso. El pontífice había afirmado en su discurso:

“La construcción de una civilización moderna después del trauma de la guerra no sería posible si esta no se edificaba sobre las bases de principios espirituales que deberían darle no sólo fundamentos, sino también luz a este nuevo mundo necesitado de un sentido más humanista”. Según esta visión, sin este fundamento trascendente con un sentido hondamente espiritual, todo el proyecto de civilización y de mundo colapsaría por estar cimentados en pilares muy frágiles. Es lo que nos está sucediendo; el orden internacional nació con un alma y una inspiración poderosa, pero en el camino se quedó sin ella porque priorizo la idea a la realidad. Y la razón no fue otra que la vieja idea de la imposición por la fuerza de verdades que no son tales, sino sólo, pura y obscena mezquindad del corazón humano enfermo de avaricia, de poder y de violencia. No prevaleció el aprendizaje de las hondas heridas dejadas por la guerra; prevaleció la especulación de un oportunismo perverso, desaprovechando acaso, la última oportunidad que teníamos para intentar ser mejores seres humanos. Ese brío innovador de la posguerra fue paralizado desde dentro mismo de estas estructuras que debían potenciar el cambio. Así, Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad bloquearon sistemáticamente la toma de decisiones fundamentales de alcance universal restringiendo el funcionamiento de Naciones Unidas y condicionando todas las decisiones de esta respecto de los intereses de las demás naciones al que ese restringido Consejo representa.

De este modo, el fracaso de este orden internacional está consumado porque conceptualmente hablan de una representación mundial, que en los hechos, no es tal. Las decisiones fundamentales

Hacia la reconstrucción del hombre roto

que afectan a millones de personas de naciones enteras son tomadas en el seno de una mesa chica que favorece perversa y obscenamente el interés de los países más poderosos. Estos utilizan estas organizaciones para su propio beneficio y en desmedro de las inmensas mayorías de personas y naciones, que son excluidas del sistema. A esto llamamos colapso moral y crisis mundial que exigen respuestas nuevas al viejo drama de la historia de la injusticia social sistémica que se retroalimenta continuamente de la carne y la sangre inocente de los pobres.

El mundo pospandemia

La revolución de la solidaridad o la reafirmación de un proyecto global hegemónico de elites sin Dios ni prójimo

20 de septiembre de 2020

La pandemia desnudó la verdad de un mundo injusto y de algún modo horroroso. No es verdad que el virus produjo consecuencias que nos colocaron a todos en igualdad de condiciones. Acaso expuso de manera más cruda lo único en lo que todos somos iguales desde siempre, y es el hecho de que todos, tarde o temprano, tenemos que morir. Pero el drama que desencadenó la pandemia no se vivió de igual modo en las clases acomodadas que en las clases socialmente más vulnerables.

En las clases acomodadas, la cuestión fue sólo por la incomodidad del aislamiento; pero la vida en cuanto a la satisfacción de las necesidades básicas continuó normalmente, aunque de manera virtual. En estos ámbitos no faltó ni comida, ni remedios, ni nada de lo que antes se disfrutaba en libertad. Muy distinta fue la situación de la inmensa mayoría de pobres que debieron procurarse el sustento cotidiano. Allí, no hubo ahorros, ni *homebanking*, ni tarjetas de crédito con amplia cobertura.

En el día a día de los pobres, la pandemia causó estragos porque aislarse no fue sólo una cuestión de supervivencia para evitar el contagio, sino que aislarse, significó para muchos quedarse sin posibilidad de comer. Aquí cuidarse y cuidar a los demás fue una disyuntiva que los dejó sin alternativas porque quedarse en casa era evitar el contagio, pero no salir era morir de hambre. La alternativa fue dramática porque significa aislarse para no morir o quedarse en casa, sólo para morir más tarde.

Resultó irónico leer en las redes sociales la histeria y el enojo de las clases acomodadas contra los pobres, “porque los ignorantes salen exponiéndonos a todos”, los ricos insultaban a los pobres que salía a buscar comida desde la seguridad de sus heladeras llenas. En la casa de los pobres, las comidas fueron procuradas día por día porque no tuvieron otra alternativa. Por eso el título de este texto: “o la pandemia nos vuelve más solidarios y más hermanos de la humanidad, o nos volverá aún más perversos, egoístas e inhumanos”, como se percibió en la actitud y en los comentarios de algunos. Si no aprendemos la lección que nos dejó la pandemia, en adelante no tendremos un mundo mejor sino un mundo aún más infame e inmoral.

Planteo esto porque si una situación límite como la que atravesó la humanidad no llegó a cuestionar ni a cambiar mentalidades, de manera que salgamos de nuestra zona de confort como posicionamiento cultural y social, entonces, ya nada bueno podremos esperar del hombre más que la exacerbación de esas estructuras mentales.

Así, la perversión del pensamiento transformado en ideología, no se conmovió ante la pérdida de millones de vidas, ya que estos fueron sólo datos estadísticos. Lo que sí conmovió a estas estructuras ideológicas encarnadas en los estados, fueron las pérdidas económicas que, asumidas como valor supremo, más allá de las vidas perdidas, fueron el verdadero elemento de juicio para juzgar las consecuencias nefastas del coronavirus.

El verdadero virus que enferma al mundo desde hace tiempo se habrá vuelto más fuerte aún: el virus del capitalismo perverso; el virus de la corporación financiera internacional a quien no le interesa la vida ni la salud de la población, sino tan sólo el usufructo de la modalidad usurera y financiera con la que controla el entero planeta. De este modo, los pocos apellidos del mundo y de cada país

que son los dueños de todo, de los bancos, de los recursos y hasta de los parlamentos, se han vuelto más poderosos, ricos y perversos.

El coronavirus fue la oportunidad que tuvo el mundo y los grandes líderes humanistas, como el papa Francisco y otros, para desenmascarar la gran mentira de los así llamados, países desarrollados. En efecto, fueron estos países los que manejaron la geopolítica con una estrategia deliberada para adueñarse de todos los recursos del planeta y beneficiar a un puñado de ricos tales como, Rockefeller, Rothschild, Moses Israel, Kuhn Loeb, Goldman Sachs, Kissinger, sólo para nombrar los más representativos. Ellos, los dueños de la banca mundial, los jefes del presidente de los EEUU. Estos apellidos y la acumulación imposible de calcular su fortuna son los verdaderos responsables del hambre y la muerte de millones en el mundo; los que justamente por adueñarse de todo, son los autores reales de la expulsión del sistema de millones de personas que quedaron sin casa, comida, educación, salud y finalmente sin trabajo a lo largo y ancho del mundo.

Este giro copernicano debería situarnos frente a una nueva concepción del hombre y de la sociedad, donde el objetivo central apunte a las realidades humanas básicas que tienen que ver con el respeto a la vida, al orden natural y a los ciclos de la naturaleza que garantizan un equilibrio ecológico que preserva toda vida en el planeta. Ello supone volver a los mandatos ancestrales de la sabiduría de nuestros pueblos originarios que siempre tuvieron un vínculo sobrenatural con la creación. Desde ese lugar recuperar el valor de lo simple y natural para hacer frente a la propaganda feroz del capitalismo consumista que ha transformado al ser humano en un devorador voraz de sí mismo.

El desafío será volver a contemplar las estrellas y a recuperar nuestra capacidad de asombro que eleve el alma y la mente al sentido del don, de lo que gratuitamente se nos ha dado para superar

definitivamente la competencia desleal frente a la amenaza que supone el otro. Volver al prójimo y volver a Dios para reencauzar nuestro destino.

La idea de un nuevo orden mundial y moral afirma que para que la humanidad progrese, “es necesario destruir el elemento cultural central que constituye la vida religiosa de la población. Tal cambio de paradigma afirma: “los códigos culturales profundamente arraigados, las creencias religiosas y las fobias culturales han de modificarse y los estados deben emplear sus recursos coercitivos para redefinir los dogmas religiosos tradicionales”. Esto es lo que venía sucediendo antes de la pandemia para argumentar la ley del aborto, la eutanasia, y los programas anticonceptivos.

En nombre de este cambio de paradigma, lisa y llanamente se propone prohibir coercitivamente la libertad de creer y de existir. Según esto es justo y razonable destruir estos nidos de prejuicios, en pro de este nuevo orden global y moral que debe superar la cultura grecorromana y judeocristiana que hizo emerger una civilización afianzada en la fe bíblica y la ley natural. Los estados, según esta visión, deben invertir dinero para que coercitivamente el cambio de paradigma suceda.

El orden natural, aparentemente ha reaccionado para forzar a la humanidad a un nuevo estatus filosófico, antropológico, sociológico y teológico sobre el verdadero sentido del ser. La bacteria que no tiene inteligencia, pero sí una finalidad puede provocar una revolución sin precedentes en la conciencia humana. Esta revolución tiene que ver con el ascenso hacia una mayor autoconciencia del ser que involucra a Dios como verdad inobjetable y al hombre en su real y verdadero protagonismo en la creación que, como materia, es la expresión visible de un todo que el hombre debe trascender para reconocerla como un regalo del cual él no es dueño absoluto, sino tan sólo un simple administrador.

SOCIEDAD

Claves de reconstrucción ante una desorientación social

Cada generación viene al mundo con todo lo necesario para afrontar su tiempo. Todos, por esencia humana, venimos con la carga de ideales y sueños que nos impulsan proponernos y lograr objetivos. El problema no está tanto en las generaciones jóvenes y sus problemáticas complejas, sino más bien en la generación adulta que no es capaz de acompañar los procesos de cambios de estas generaciones jóvenes.

El presente tiene que ver con el pasado y el futuro depende de la perfecta armonía con ese fluir del pasado, el presente y futuro. Es indispensable poder conectarlos sabiendo leer los signos de los tiempos que nos plantean siempre nuevos desafíos y nos exigen respuestas. De la capacidad de respuesta que tengamos a esos desafíos depende mucho el futuro. En efecto, de esa correcta hermenéutica depende el traspaso sereno de responsabilidades históricas a las potencialidades jóvenes del porvenir. El fenómeno social del presente exige una mirada integral, y no sólo desde el punto de vista histórico, biológico, social, cultural o religioso. Si realmente tenemos voluntad de aportar al proceso histórico de una manera serena y equilibrada, es imperativo *garantizar una lectura profunda sobre el verdadero sentido de la vida, de la existencia y del tiempo que cambia y nos cambia. Recuperar y volver al sentido teleológico que tiene el todo, sentido que, indudablemente, nos llevará a reconocer el fundamento axiológico que tiene toda la realidad, axiología que, por supuesto, se reinterpreta, actualiza y expande en la transmisión generacional. Necesitamos una construcción social sobre la base de la cultura del encuentro, del diálogo y de la paz.*

Lograr sociedades maduras y evolucionadas impone ejercitar “el arte del encuentro” con todos, incluso con realidades completamente diversas y hasta antagónicas en relación a las propias convicciones.

Hacia la reconstrucción del hombre roto

En el arte del diálogo y del encuentro creemos que “de todos se puede aprender algo y nada ni nadie es inservible”. Crean la posibilidad de construcción de sociedades que progresen decisivamente hacia una cultura de la unidad y de la paz universal.

Una lectura positiva de nuestra historia que resignifique nuestra identidad personal y comunitaria

21 de agosto de 2022

Parte I

En las reflexiones sobre educación abordábamos el tema de la crisis de valores que por sobre todas las cosas afectan de manera severa nuestros vínculos. En efecto, todos nuestros vínculos están lastimados; nuestros vínculos familiares, sociales e institucionales, definitivamente atraviesan por una crisis de orden y de credibilidad, condicionando de manera evidente, el normal desenvolvimiento de las más elementales normas de convivencia social.

De cara a esta realidad, *¿qué deberíamos hacer?* En verdad, no tenemos muchas alternativas así que lo primero que debemos hacer es justamente hacernos cargo de la realidad. Francisco llama a esta actitud como un “ponerse la patria al hombro”. Debemos terminar con el luto y la nostalgia de un pasado que fue, y arremangarnos para que, con gran espíritu patriótico, nos ayudemos mutuamente a salir del pantano. Superar el luto supondría “abandonar el dramatismo” de ese “cortejo fúnebre” en el que nos encontramos desde hace décadas los argentinos; cortejo en el que todos “lloramos desconsoladamente al muerto, que es la patria, sin que ninguno se haga cargo de ella”.

Es hora que todos los ciudadanos, sin excepción, pongan coraje y dignidad, para comenzar a reconstruir la devastación que los tantos ciclos de administración fallida han dejado en la Argentina. Ya no alcanza con buscar a los culpables del fracaso, lo que hace falta y de manera urgente, es encontrar alternativas superadoras de la tamaña crisis política y social que afecta transversalmente al país. Terminar con las internas tanto en el partido que gobierna como

en la oposición y terminar también con esas imágenes patéticas de la dirigencia que exaspera a la ciudadanía. Dar por agotado ese ejercicio de la política tan mezquino y torpe que no responde a la urgencia y gravedad de la presente circunstancia histórica. La ciudadanía le reclama hace rato a la dirigencia, responsabilidad, medida, coherencia y capacidad de renuncia a todo interés sectorial que minen la posibilidad del diálogo y el consenso para el gran pacto político y social que necesitamos para superar el desorden. Sin embargo, pareciera que nuestra dirigencia ha transformado el espíritu y el mecanismo republicano en un pasillo de conventillo en el que la herramienta más inteligente y eficaz para hacer política y llevar adelante la gestión gubernamental es todo el tiempo, hasta el hartazgo, “sacarse los trapos al sol”.

Los discursos grotescos de conventillo de nuestra dirigencia, sin propuestas, sin proyecto de país y responsabilidad ciudadana nos llevan a sospechar que estos han sido entrenados más para un show, que para conducir las esperanzas de millones de personas que dependen de ellos para su bienestar. Decía un autor argentino con ironía: “La entera dirigencia de este país, tanto el oficialismo como la oposición, están listos para “salir de gira” a representar la tragicomedia argentina como república, en la que los tres poderes del Estado parecieran estar más cualificados para el show que para gobernar”.

Ante tan sombrío panorama, no podemos continuar en el cortejo “llorando al muerto”; algo tenemos que hacer, y ese algo exige no sólo hacer una lectura optimista de nuestra historia, sino encarar en el presente una militancia ciudadana sin banderas sectoriales para resignificar nuestra identidad personal y comunitaria y poder reconstruir realmente nuestro orden político y social. Sólo desde un gran consenso que brote del reconocimiento de nuestras fragilidades y errores, podremos reconciliarnos como comunidad nacional y hacer prevalecer lo que íntimamente está arraigado en el corazón de cada argentino: el deseo de vivir en comunidad. Recuperar el

anhelo de compartir y el legítimo llamado e instinto ciudadano para ser constructores de un nuevo vínculo social; recuperar nuestros sueños de grandeza y que estos partan desde nuestra realidad, la que tenemos; desde nuestras luces y sombras; encuentros y desencuentros; desde aquí debemos recomenzar.

Ese llamado, aunque nuevo en su contexto, está inscrito desde siempre como una ley fundamental en nosotros, ciudadanos de la patria; es el compromiso innato a construir una sociedad que, como opción fundamental, coloque en primer lugar el bien común. Esto no es nuevo en el alma y el espíritu argentino porque hemos sabido escribir páginas luminosas en nuestra historia en las que, fruto del dolor y el desencuentro, hemos sabido encontrarnos y reconciliarnos aun en nuestras más oscuras páginas. Hemos sabido reconstruir el orden republicano, político y social.

La patria que nos duele tiene sólo dos caminos: uno para la resolución pacífica de nuestros graves problemas, y el otro, para la violencia, el conflicto, y la fragmentación social. No nos queda más que un solo camino y este es el del perdón y la reconstrucción de la unidad para volver a sentarnos a la mesa del diálogo, y de esta manera, encontrar caminos de reconciliación y de solidaridad desde una mirada compasiva y responsable hacia el pueblo que sufre.

Toda otra opción terminará inevitablemente en un mayor fracaso y en un mayor desorden político y social. No tenemos otra alternativa más que esta: asociarnos hombres y mujeres de la patria con un hondo sentido de prójimo y comunidad, haciendo propia la fragilidad de los demás para saber acompañar. Justamente por sentirnos socios los uno con los otros no debemos permitir jamás que en la República Argentina se erija una sociedad de exclusión. Más bien, los unos con los otros desde un alto sentido social, hacernos vecinos del que sufre, renunciando a la tentación de mirarnos sólo a nosotros mismos, sin hacernos cargo de la realidad

Hacia la reconstrucción del hombre roto

sufriente del presente.

Definimos a una sociedad como civilizada cuando esta no permanece indiferente ante el dolor de tantos, y cuando esta, en ningún modo, permite que alguien quede al costado de la vida y marginado de toda dignidad. Como argentinos debemos sentir indignación ante la injusticia social, y acaso sea este, el primer paso que debemos dar para hacernos dignos de este suelo que nunca tuvo la vocación de dejar marginado y excluido a nadie.

Los pobres y excluidos definen cualquier proyecto político, económico y social que pretenda resolver la grave crisis que atravesamos como país

28 de agosto de 2022

Parte II

Más allá de nuestras luchas internas que inevitablemente suceden en la elaboración de nuestra identidad patria, los heridos y excluidos, que en el presente se cuentan por millones, son los que deberían definir y determinar cualquier proyecto económico, político y social que pretenda dar solución a la grave crisis que enfrenta la patria.

Como dirigentes de cualquier espacio, tenemos la grave responsabilidad moral de hacernos cargo de los que más sufren porque esto indicaría la madurez de una dirigencia que se pone a la altura de las circunstancias. Escuchar el clamor de los pobres, o mirar para el costado, es la opción que tenemos; pero el dolor de tantos, debería prohibirnos moralmente entrar en las diatribas ideológicas que potencian la violencia y el enfrentamiento entre nosotros. Es una estrategia perversa usar el sufrimiento de los pobres con el sólo fin de obtener algún rédito político para el propio sector.

La hora nos exige sentarnos a la mesa y encontrarnos como socios. En efecto, todo el arco político tiene la oportunidad única que ofrece esta coyuntura para demostrar la estatura moral y la madurez política, si son capaces de priorizar el diálogo y el consenso al interés de clase, de sector o de partido. ¿De qué les sirve a los pobres el espectáculo bochornoso de los medios de comunicación corporativos aprovechando la debilidad de una gestión para tirar combustible sobre las llamas? Lo que en realidad muestran ciertos personajes y ciertos programas, afines con la avaricia mezquina

de cierto sector de la sociedad argentina, es que no les importa el sufrimiento de los excluidos ni la inmensa deuda social que tenemos con los pobres. Les importa sólo dar el golpe final para cumplir con los oscuros intereses de la elite inmoral que hace tiempo controla el poder real en la Argentina.

Está claro que en estos círculos de poder lo único que importa es lograr como sea el control del Estado para “salvar su patria”, no “la patria de todos”, sino sólo aquella que es pensada como “una patria para unos pocos”. Esta elite corrupta y mentirosa, jamás reconocerá sus privilegios como algo inmoral y escandaloso frente a los pobres y excluidos; injusticia social que moralmente los obliga a compartir si se consideran buenos ciudadanos. Consideran su status como un derecho y un privilegio exclusivo de su clase, y hasta de su color, como lo muestra el triste mal ejemplo de aquella señora rica de la Recoleta que le gritó a un portero que le estaba corrigiendo por un mal estacionamiento: “Negro planero de m... Vos jamás vas a tener un auto como el que yo tengo”.

Ese privilegio de clase, del que gozan no pocos argentinos, los induce erróneamente a pensar que el techo, la educación, el auto, y otros bienes de derecho básico, son un lujo reservado sólo para ellos. Son los que no admiten el diálogo con todos; son los mismos que se oponen a compartir, redistribuir y combaten con slogans vergonzosos a los dirigentes que hacen propia la fragilidad y el sufrimiento de los pobres trabajando por una sociedad cada vez más inclusiva y equitativa. Son los promotores fundamentalistas de la fragmentación y los destructores del pacto social. La grieta en la Argentina no es otra cosa que la distancia que creamos con los más pobres, fomentando el odio ideológico y de clase. Y esto, lamentablemente, se ha ido arraigando en la conciencia de muchos argentinos profundizando nuestro desencuentro. Sin embargo, no podemos permitir que en nuestro país se erija una sociedad de exclusión. El único camino posible es trabajar por una patria de

cercanos, donde la sensibilidad social, especialmente hacia los que más sufren, nos inspire un espíritu patriótico nacional para incluir a los que hace rato se han quedado al margen.

Hoy, un proyecto político en la República Argentina que no coloque como primera exigencia la inclusión de todos, en todos los aspectos de la vida social, sería un suicidio comunitario progresivo, cuyas consecuencias dramáticas no alcanzamos a vislumbrar. Por eso nos encontramos en la coyuntura histórica en la que debemos superar ciertas actitudes, especialmente en la dirigencia, que sólo se miran a sí mismos, no haciéndose cargo de las exigencias ineludibles de la realidad presente.

Tenemos que estar muy atentos a los discursos y a la praxis de nuestra dirigencia; es imperativo no sólo escuchar, sino ver y discernir las palabras de la dirigencia y confrontarlas a la práctica que tuvieron o tienen a la hora de ejercer el poder. Debemos, por ejemplo, distinguir los relatos abstractos de aquellos discursos que van acompañados por acciones visiblemente transformadoras de la realidad. Debemos cultivar una mirada crítica hacia todo, especialmente cuando de inclusión o exclusión a los más débiles se trata. No es difícil darse cuenta quiénes se juegan por los pobres y quiénes hacen un discurso que tan sólo se circunscribe a la funcionalidad de una moraleja ético social que en el fondo esconde perversos intereses de sector, de clase o de privilegio.

El discurso que se aparta del relato es aquel que realmente toca el sufrimiento de la gente con acciones concretas que trabajan para que ese sufrimiento se termine. Esto quiere decir, lisa y llanamente, que es muy fácil darse de cuenta qué políticas incluyen y qué políticas excluyen hoy en la Argentina. Así, con más de la mitad de la población pobre, no podemos sino exigir a nuestra dirigencia políticas de justicia social y de inclusión, porque como buenos ciudadanos, no podemos permanecer indiferentes ante el dolor.

Es inadmisibles en la Argentina de hoy permanecer impávidos ante políticas de exclusión que marginan a millones de hermanos en su dignidad y en sus legítimos derechos.

La pobreza nos debe indignar porque somos un país potencialmente rico y estructuralmente pobre por los reiterados desgobiernos y la evidente ineptitud de una dirigencia, que desde hace mucho tiempo, se mantiene en un discurso y una conducta errática, que no transforma la realidad. La injusticia social en la Argentina debe enojarnos y es hora de que bajemos de nuestra serenidad para alterarnos ante tanto dolor humano, el dolor de nuestro hermano, vecino, compañero de trabajo, viviendo en la injusticia de sus derechos conculcados. Hacernos cargo y no distraer la mirada es el desafío de esta hora, y para ello debemos quitarnos muchas máscaras, muchos prejuicios y superar tantas frustraciones sanando muchas heridas. En la hora de la verdad: ¿Nos inclinaremos ante el pobre? ¿Seremos capaces de reconocer nuestras heridas y aprender a perdonar? ¿Seremos capaces de leer críticamente la realidad sin casarnos con nadie para poner el hombro todos juntos y levantar esta patria mal herida? Todos sufrimos el descalabro del orden político y social y tenemos que hacernos cargo; ya sea que seamos los heridos, ya sea los que miramos al costado. Todos sufrimos la patria. Hay que despertar y salir de la zona de confort, lo haremos con una mirada crítica y una militancia ciudadana, también crítica, donde el enemigo a vencer será la tentación de resignarnos a aceptar la exclusión como característica definitoria de una sociedad que nació para ser libre e inclusiva. “Para nosotros y para todos los habitantes que quieran habitar el suelo argentino”.

Se cierra el círculo y queda expuesta la bipolaridad de los verdaderos enemigos de la patria

4 de septiembre de 2022

Parte III

Estamos viviendo en el presente una lucha brutal por el poder en la Argentina que terminará definiendo el proyecto de país, que esperemos, se dirima en la confrontación democrática de este año. Esa será la hora en que tendremos que llamar las cosas por su propio nombre y asumir, los ciudadanos y ciudadanas de la patria, la valentía de terminar con las intenciones ocultas que manejan aquellos que desean instaurar una patria a medida de sus mezquinos intereses. Este sector, enemigo de todo lo que tenga olor a pueblo, ya maneja “el poder real” en este país porque se ha adueñado de la mayoría de nuestros recursos y armado una “maquinaria infernal” con los “medios corporativos de información”, para apropiarse hasta del derecho elemental de la libre opinión del pueblo. Planean con esto, contar con el “poder institucional” para darle un marco jurídico indispensable a sus “fechorías” y quedar, de este modo, impunes, por ejemplo, ante la fuga más impresionante de capitales nacionales. “Los chorros”, sin embargo, serán siempre “los otros”, para justificar como desde hace doscientos años la usurpación de la patria por parte de “ellos”.

Esta “supuesta reserva moral” que siempre está rescatando a la Argentina de los maleantes y facinerosos, con sus discursos y acciones no pueden ya disimular, por ser tan obvios, las intenciones reales que tienen. Cada vez más, los hechos, denuncian lo que en verdad ellos son: bandoleros que con total flagrantia pisotean, humillan y transgreden las leyes que nos definen como república. *¿Cómo puede definirse sino a aquellos que en nombre de la moralidad*

y de la institucionalidad transgreden los principios básicos de nuestro ordenamiento jurídico como Nación? Vivimos desde hace dos siglos, atrapados en ese karma cíclico que empodera al centro rico de Buenos Aires, para arrinconar a la patria federal restándole el legítimo derecho a la justa distribución de los recursos. Cuando el hartazgo alcance su límite ese “centro culto y apátrida” que desprecia a “los negros” y a “los indios” y a todo lo que huele “a popular”, tendrá que reconocer de manera inevitable el cumplimiento de la profecía de Atahualpa: “No terminarán nuestros males hasta que no se nos llene el alma de una profunda conciencia indígena”, porque allí está la esencia de la identidad cultural de nuestro país que “ellos desprecian”. Como en los tiempos de las invasiones inglesas, los que manejan el poder real siguen negociando con el imperio, a costa de la independencia y la dignidad del pueblo.

Hoy como ayer a esta “casta infame” no le importa más que el negocio, y no les tiembla el pulso para firmar el fusilamiento de “los Dorregos actuales” que emergen de tanto en tanto. Es gráfica y ejemplar la respuesta de Manuel Dorrego cuando se entera que será fusilado por orden del General Lavalle, bajo la acusación de traición a la patria: “Dígale al general que el gobernador y capitán de la provincia de Buenos Aires, el encargado de los negocios generales de la república, queda enterado de las órdenes del señor general. A un desertor al frente del enemigo; a un enemigo; a un bandido, se le da más término y no se lo condena sin permitirle su defensa. ¿Dónde está? ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado? Hágase de mi lo que se quiera”, escribió y lo fusilaron.

Tamaño absurdo histórico se sigue actualizando una y otra vez en la patria; los generales se siguen sublevando, los jueces se sublevan apañados por una dirigencia inmoral y a quienes en nombre de sus negocios no les importa destruir la república. Ese karma, sin embargo, no es destino, sino proyecto político inteligente de la elite aristocrática de la República Argentina que vive con la mirada puesta

fuera de nuestra realidad; esa clase social privilegiada, que vive anhelando y aplaudiendo lo foráneo como lo ideal. La pasión por el dólar no es casual; el soñar con los hijos viviendo en el extranjero, tampoco es casual; nos expresa realmente, ya que existe un sector social que conscientemente tiene una actitud de desprecio hacia lo criollo y autóctono. En este nivel social, la opción elegida será siempre Miami o Europa porque les interesa más el shopping que la patria. Cabe aclarar que valorar lo extranjero no está mal, si lo hacemos para integrarlo a nuestros elementos culturales propios y no para reemplazarlos. El enamoramiento por lo foráneo de manera excluyente le pone obstáculo a todo el esfuerzo de construcción cultural patria con identidad propia, y choca inevitablemente con la absurda idea de pretender un proyecto de país “importado” para imitar modelos ajenos a nuestra historia y a nuestro acervo cultural.

La Argentina se ha desangrado en luchas internas justamente por pretender imponer “modelos importados”. Recordemos la famosa frase de Sarmiento, “civilización o barbarie”, entendiendo civilización por Europa y barbarie por todo lo que sabía a “indio”; esa dicotomía, sigue vigente aquí y nos hace mucho daño. En efecto, hay un instintivo rechazo al esfuerzo de ganar espacios y recursos para fortalecer nuestra identidad, prefiriendo siempre lo de afuera. Será esta quizá la razón por la que los argentinos seamos tan amigos del contrabando y la especulación financiera con el fin de la expoliación de los recursos que pertenecen a todos, en beneficio propio. Esa mentalidad transgresora y apátrida en el ejercicio del poder institucionaliza la impunidad del delito y el uso de las instituciones para el provecho personal o corporativo y otros tantos males que vienen desde muy lejos. Las agendas ocultas del poder real y del poder institucional tendrán como único objetivo no la patria, sino sus negocios y utilizarán la manipulación de la información para crear opiniones que les garanticen no sólo mantenerse en el poder, sino en la impunidad.

Hacia la reconstrucción del hombre roto

La descalificación, la sospecha y la desconfianza serán las herramientas que los medios corporativos usarán para formar en los ciudadanos la conciencia de que “todo está mal” y que “nada se puede hacer”. Nos transformamos así, en profetas del desencanto y de la desesperanza, hundiéndonos como pueblo en el desaliento. Pero tenemos que despertarnos y darnos cuenta que lo que vivimos es consecuencia de esa “dictadura invisible” de “intereses mezquinos y ocultos” de aquellos que manejan el poder real en la Argentina, los mismos que se adueñaron de todos nuestros recursos, apropiándose hasta de nuestra capacidad de pensar y opinar.

El poder de los incluidos usado como herramienta para excluir

11 de septiembre de 2022

Parte IV

La manera más equivocada del uso del poder es cuando este se utiliza como una herramienta para la exclusión. Nacer en un contexto familiar y social privilegiado a veces puede llevarnos a adoptar actitudes muy discriminatorias. Así, el poder de los incluidos se transforma en una herramienta eficaz para ensanchar aún más a los que siempre fueron excluidos por ese sector elitista que se auto percibe a sí mismo como una casta superior.

Un poder ejercido desde el status que da la clase, o el apellido, es ciego y de perspectivas muy estrechas por ser autosuficiente, autorreferencial, antojadizo y caprichoso. La situación de ventaja en el que siempre se ha desenvuelto el elitismo configura mentalidades que *per se*, asumen que su posición les concede más ventajas y más derechos en relación a los demás. Asumen que, “los otros”, “los pobres”, “los negros”, “los peronchos”, deben subrogar sus derechos a los de “ellos” porque creen estar más capacitados para dirigir los destinos de los demás. Un poder ejercido desde este lugar tiene dificultad para entrar en la “senda oscura de los pobres”.

Llamamos metafóricamente “senda oscura de los pobres” al camino de los marginales en la lucha por la reivindicación de sus derechos y de su dignidad. Este camino, está marcado por ese instante luminoso y decisivo en el que “los miserables” hastiados de carencias, humillaciones, sufrimientos y exclusiones, deciden hacerse protagonistas de su propio destino para cambiar la realidad. En verdad, este “camino de oscuridad” es aparente porque es testigo la historia que “el camino de los pobres”, se afianza justamente en

“el despojo transformado en rebelión”. Esto obliga a quien lo sufre a abrirse a la confianza abandonando la tentación de “caminar en soledad”. En el despojo, los pobres entienden que no tienen otro camino más que juntarse. Es justamente “el dolor juntado”; “la injusticia juntada”; “la rabia de la exclusión juntada”, lo que enciende la sed de organización popular para la liberación. En efecto, los que sufren los despojos de sus bienes, de su salud y de sus derechos, son rescatados de algún modo de la seguridad aparente que les produce el propio “ego”, y desde esa experiencia de despojo, el dolor conduce al pueblo a la sabiduría social, que no puede concluir sino en una cualificación comunitaria como amor gratuito, solidario y desinteresado por los otros.

La inconmensurable soledad que como experiencia de dolor produce la injusticia en “el alma de los despojados”, los libera de toda mezquindad y de todo egoísmo para abrirse al prójimo con un sincero compromiso social de amor comunitario, en el que el estado de conciencia llega por fin a la certeza de sabiduría que el único modo de salvarse y liberarse es “con los otros”.

Nuestra historia argentina está plagada de despojos y de sufrimientos y quizá por eso somos los maestros de la paciencia y de la esperanza, pero también de la lucha por la recuperación de derechos y de dignidad. Debe llegar la hora en que quienes manejan los destinos de la patria entiendan que el único camino de superación de nuestros sufrimientos pasa por un proyecto político que sea capaz de escabullirse con los más pobres y pequeños de la patria. Desde este lugar debe nacer la “nueva Argentina”, desde ese clamor de injusticia y desde esa hambre de dignidad. *¿Qué nos impide entonces transitar la senda de la reconciliación, del encuentro y del diálogo entre hermanos? ¿Qué nos impide reconocernos como socios y conciudadanos? ¿Puede el encono por viejas heridas no cicatrizadas sumirnos en el rencor y el resentimiento para siempre? ¿Será entonces que tantos desencuentros vencerán nuestros sueños de una patria de iguales para*

condenarnos para siempre a la mezquindad social y el lúgubre destino de una patria sin alma? ¿A qué le daremos prevalencia? ¿A la irracionalidad de los fundamentalismos clasistas o a la capacidad de comprensión y el sentido de pertenencia de un pasado y una identidad común? ¿Podremos convivir como una comunidad nacional, o nos seguiremos desangrando en una lucha fratricida para convertirnos en protagonistas del suicidio de la patria?

Debemos recordar que nuestros antepasados nos legaron una patria digna y libertaria y no un conjunto de facciones enfrentadas por el odio y la segregación social o ideológica. Nacimos como patria en Tucumán en una casa de familia, y por eso “la patria familia” es parte constitutiva de nuestra esencia. El fundamentalismo clasista, aristocrático y excluyente pareciera no entender que el camino superador de nuestros conflictos pasa no por la imposición violenta de las ideas “brillantes”, sino por el “acompañamiento paciente y cotidiano” del caminar de un pueblo en busca de su destino. No nos sirve “la reserva moral violenta” sin ética ni códigos de convivencia y amistad social; no nos sirven los que en nombre de una ideología y de un lugar de clase o de partido desvían sus miradas de la marcha hacia la liberación del pueblo pobre; no nos sirven aquellos ciudadanos que aislando sus conciencias del legítimo reclamo de justicia de los pobres, los discriminan y excluyen. Todo es legítimo en esta bendita patria: la izquierda, el centro, la derecha, la fe, el ateísmo; pero lo que no es legítimo, es la ceguera fundamentalista del sector social que maneja el poder real en la República Argentina y que en nombre de sus mezquinos intereses y en defensa de sus privilegios se conviertan en los homicidas de la república.

La ciudadanía ante la encrucijada de una opción que ya no admite ambigüedades ni titubeos

Septiembre de 2022

Lavarnos las manos, o echar culpas a otros es también una opción, pero claramente esta sería una opción muy trágica ya que condicionaría el futuro de millones en nuestra patria. No hay márgenes para discusiones estériles ni para discursos disfrazados de pragmatismos que en el fondo esconden especulaciones partidarias e ideológicas en beneficio de los sectores de poder, que todo el tiempo están especulando en sus negocios, no por amor patrio, sino lisa y llanamente para hacer negocio con la patria.

Existe un proyecto de país en el que lo único que cuenta es el negocio, vale decir, la banca internacional y la timba financiera que beneficia al selecto club de familias que siempre controlaron el poder en la República Argentina. A ese proyecto de país se opuso, de manera heroica, la clase popular que se organizó en sindicatos y organizaciones sociales y dirigentes de corte popular, hoy lamentablemente muy devaluados, por los estridentes actos de corrupción que conmovieron a toda la sociedad y que la siguen conmoviendo. Aun así, los fallos garrafales de las iniciativas populares por impericia de su dirigencia y sus actos de corrupción, no pueden desmentir los logros colectivos que la lucha social popular ha logrado para todo el conjunto de la sociedad argentina. Derechos conquistados por y para el pueblo, y espacios de poder logrados en una batalla social y cultural que ha transformado las estructuras mismas del poder en nuestro país y por supuesto ha mejorado las condiciones de vida para toda la ciudadanía. En ese contexto, surgió la única opción válida que pudo garantizar un genuino progreso humano con justicia social en nuestro país; y es válida porque emerge como fuerza transformadora no de una

ideología sectaria y elitista que siempre excluye a las mayorías, sino porque que ha brotado desde las bases mismas del pueblo sufriente en lucha por su dignidad y su liberación. En efecto, no hay acción humana más digna que impulse a todo un conjunto social hacia el progreso, que aquella que lucha por las reivindicaciones de todos y donde todo el conjunto social llega a participar de ese bien común que pertenece a todos.

Una sociedad progresa humana y socialmente cuando amplía derechos. La opción que tenemos los argentinos en esta encrucijada no es distinta de la de aquellos pobres de Egipto que se rebelaron contra el faraón; o la de aquellos miserables de Francia que tomaron la Bastilla; es la misma historia de siempre porque los pobres nos han marcado siempre el norte y la ruta que tenemos que seguir. Lo repetiré hasta el cansancio: las grandes transformaciones y revoluciones sociales no partieron desde los centros de poder, sino desde la periferia, desde los pobres; y eso será siempre así porque sólo quien muerde el polvo todos los días sabe que se trata de rebelarse o dejarse morir.

Han sido los pobres los que desde el drama de sus despojos rescataron a sociedades enteras del espejismo ilusorio de una realidad que no es tal. Por ejemplo, a nosotros los argentinos, son los pobres los que nos rescatan del espejismo y la fantasía de creer que somos ricos, que somos América o Europa. Ese espejismo es la fantasía en la que viven los de Capital Federal, pero la Argentina real, claramente no es eso. La Argentina real es justamente esa clase acomodada que vive en los centros urbanos, rodeados de esa inmensa periferia, llamada barrios pobres, villas, asentamientos, y que Juan Pablo II definió como la corona de espinas de las urbes ricas. Vivir en el espejismo nos impide ver esa Argentina profunda que es real y que es también la patria pisoteada y humillada por las elites de poder que quieren seguir sometiendo a nuestro pueblo pobre.

Este espejismo nos mantiene inmobilizados. Es evidente que no producimos avances significativos en las áreas sensibles que definen el progreso social: techo, trabajo, comida, educación, salud. No garantizar estos derechos es un signo de retroceso y de fracaso para el accionar político y de la dirigencia de la Argentina. Entonces optar por el espejismo es seguir viviendo en la ilusión de un país que nunca podrá concretarse, al no enfocar las políticas fundamentales en la resolución de los problemas básicos que tenemos como sociedad. De allí que el primer paso que debemos dar y que ya no admite dilaciones es el del encuentro y el diálogo entre todos con una sincera autocrítica de todo lo que hicimos bien y de todo lo que hicimos mal. Esta mirada autocrítica que involucra a todos, debe tener la valentía de reconocer todas las oscuridades y antivalores de una sociedad y de una dirigencia que no ha logrado resolver los temas cruciales de ella. Es justamente el optar por mantenernos en la propia zona de confort, sin autocrítica ni responsabilidad social, lo que nos mantiene viviendo en el espejismo de esa realidad ficticia que se pinta a conveniencia del partido, de la ideología o del sector. Claramente lo propio del espejismo es dibujar la realidad y hacer discursos, pero esto en ningún modo incide o la transforma.

El diálogo y el encuentro con sincera autocrítica debería convertirse en un genuino compromiso de amistad social que nos facilite lo que imperativamente necesitamos como sociedad: un gran acuerdo donde todos nos sintamos representados, comprometidos e incluidos. Ese acto de grandeza es posible porque en el rescoldo de lo que fue la patria están las brasas encendidas del legado de nuestros ancestros. Por eso la autocrítica debe incluir también la mirada hacia esos hitos históricos de nuestro nacimiento como país y que como legado nos dejaron los padres de la patria. Ellos soñaron un país para todos, no un país unitario, sino un país federal y de allí que todo proyecto político que apunte a la prevalencia de esa mirada única que viene desde el centro, no hace parte de nuestra

esencia y de nuestro ADN como nación ya que no nacimos así. Por eso, debemos volver a ese rescoldo de patria allí están las huellas indelebles del alma primordial que dio origen a nuestra nación. Esa alma pervive en el presente en muchos de nosotros que creemos que la resolución de nuestros conflictos pasa por juntarnos con los pobres y jugarlos por ellos. Hay una clave histórica luminosa que alumbra el destino de los pueblos y que sale de la palabra eterna de Dios; esta afirma de manera categórica que la construcción de un verdadero humanismo exige una opción preferencial por los pobres, tal como lo expresa el canto de la humilde mujer, María de Nazaret: “Él desplegó la fuerza de su brazo, dispersando a los soberbios de corazón y derribando del trono a los poderosos; él levantó del polvo a los humildes y sació de bienes a los hambrientos, despidiendo a los ricos con las manos vacías”. También desde la fe y por supuesto desde el compromiso social, no tenemos otra opción más que elegir a los pobres y caminar con ellos para acompañarlos en la búsqueda de su liberación. Toda otra opción significaría continuar viviendo en el espejismo.

EDUCACIÓN

Educar para la libertad y no para la domesticación

21 de agosto de 2022

Sobre la tarea educativa nos preguntamos ¿de qué modo podemos trabajar pistas concretas para que quienes tenemos responsabilidades de docencia y liderazgos nos pongamos a trabajar sobre los grandes desafíos que nos plantea la realidad presente? Urge fortalecer los vínculos sociales que están sumamente deteriorados recreando procesos educativos que produzcan una conciencia social con un sentido de prójimo y, que como responsabilidad y compromiso, brote de manera natural en las opciones de vida en cada individuo. Educar no sólo para adaptar socialmente sino para forjar una persona libre.

Tuvimos una etapa dramática en nuestra historia en la que o te adaptabas socialmente sobre la base de un adoctrinamiento forzado o te hacían desaparecer. Irónicamente, aquellos que osaron ser libres, en efecto desaparecieron. La gran tarea y desafío de la educación es educar para la madurez social y para la libertad. Si la tarea educativa se redujera sólo a adaptar individuos para que adquieran conductas “políticamente correctas”, toda la tarea pedagógica se transformaría en un proceso de amordazamiento y sumisión a la subjetividad de los individuos que terminaría sacrificando lo más propio y sagrado de la persona que es su libertad. Formar y educar para lograr una madurez que nos haga libres, que ayude a encontrar al individuo un verdadero equilibrio de juicio para la acción, de tal manera que sus opciones correspondan con la realidad y con la verdad. El único modo en que podemos asumir la crítica, la oposición y la rebeldía frente a lo instituido es justamente cuando tales cuestionamientos y críticas apuntan a una mayor universalidad y justicia donde las sociedades sean capaces de vivir desde verdades más plenas.

La amistad social como camino de paz y de reconciliación ciudadana

22 de mayo de 2022

El diálogo y la amistad social parecen conceptos incomprensibles e impracticables en nuestro presente. Es tal el desgaste que se ha producido en nuestros vínculos que pensar en algo tan natural como sentarnos a conversar nos resulta incómodo. Estamos plagados de factores que, más que encontrarnos, lo que esto fomenta es el desencuentro, la fragmentación y el enfrentamiento en la ciudadanía. Todo es filtrado desde la crispación visceral que produce el prejuicio de modo que aquel o aquella que, por cualquier razón no se encuadra dentro de la idea, el sector o la clase social que define la pertenencia a ese grupo es considerado un enemigo al que hay destruirlo como sea.

Nos han vuelto tan enemigos de lo diverso que todo lo bello y único que tiene la originalidad es considerado basura, simplemente porque no hay coincidencia con lo que subjetivamente cada uno piensa que es su propia verdad.

Es legítimo situarnos en la opción ideológica, política o religiosa con la que nos sentimos identificados, lo que es ilegítimo es pretender imponer la idea, la cultura y las opciones individuales como algo válido e indiscutible para todos los demás. Decimos “negro”, “villero”, “piquetero”, “vago”, “bolita”, significando con ese concepto que “yo no soy eso” porque soy mejor. La pregunta es ¿qué elemento de juicio alcanza un nivel tan objetivo como para definir de manera categórica que “lo mejor” no existe en ese concepto prejuicioso, discriminatorio y ciertamente injusto que utilizamos para aquellos que no coinciden con nuestra idea u opinión? Lo mejor y lo bueno no está determinado por la etiqueta, sino por el contenido esencial de la realidad que trasciende

el ropaje externo donde ciertamente no aparece lo esencial. De allí que la mejor manera de construir sociedades maduras y evolucionadas requiere ejercitar “el arte del encuentro” con todos, incluso con aquellas realidades totalmente diversas y hasta hondamente conflictivas en relación a las propias convicciones.

Nos enriquecemos cuando en el diálogo y ejercitando el arte del encuentro nos conectamos con aquella periferia que nos coloca ante universos desconocidos y hasta colocan en cuestión verdades asumidas que jamás podrían ser cuestionadas sin la confrontación con lo diverso. Lo conocido y familiar no aporta ni complementa, lo que realmente nos suma es lo diverso; Dios en su infinita sabiduría ha ido dejando porciones de verdad en lo particular, de manera que no hay verdades absolutas. Lo que hay es una suma de verdades que por el diálogo y el arte del encuentro se transforma en universales. Para llegar a este nivel de comprensión de la realidad y edificar de este modo sociedades evolucionadas humana y culturalmente, se requiere dialogar sin prejuicio con lo totalmente diverso. El diálogo abierto con el contrario es una clave sólida para construir sociedades con un alto grado de conciencia pacífica y humanista. En el arte del encuentro decimos: “de todos se puede aprender algo y nadie es inservible”.

La tentación será siempre caer en el relativismo que es la forma más eficaz de la destrucción del diálogo y el arte del encuentro. Sin principios universales que nazcan de la riqueza de un encuentro y un diálogo genuino, las leyes universales se convertirán sólo en imposiciones arbitrarias.

La amistad social como opción de vida y el rechazo a toda forma de exclusión social, ideológica y cultural, deben dar lugar al encuentro generoso y a la cercanía con todos, promoviendo un verdadero sentido de fraternidad que nos lleve a la construcción de la verdadera familia humana.

El desafío de acompañar el proceso educativo de los jóvenes en un contexto cultural y social complejo

3 de julio de 2022

Parte I

Quienes tenemos responsabilidades de acompañar procesos educativos y comunitarios nos encontramos en el presente en una encrucijada que nos desafía como adultos a la hora de acompañar la educación de las generaciones jóvenes. Es imprescindible para ello entrar en la realidad en la que viven ellos e interrogarnos qué papel cumplimos nosotros.

Es claro que nuestros jóvenes están inmersos en un mundo totalmente distinto del que nosotros conocimos, y por eso, en muchos casos quedamos perplejos frente a las preguntas, respuestas, actitudes y hábitos que adoptan. De algún modo sentimos que nos los entendemos y ellos también se sienten incomprendidos por los adultos. Se produce así, una crisis de vínculo y de comunicación que se transforma peligrosamente en un vacío de referentes en el proceso educativo de los jóvenes. Y ese vacío será llenado de manera categórica por las nuevas tecnologías y los innumerables espacios virtuales de comunicación que son la gran academia en la que los chicos aprenden todo. No es exagerado afirmar que los docentes por excelencia de las generaciones jóvenes son hoy los celulares, las computadoras y las tabletas. A sólo un clic, ellos obtienen las respuestas a todas sus preguntas. Esto no sería tan malo si fuera acompañado y supervisado por el adulto, sean estos padres o docentes que “vigilen” lo malo y lo bueno que hay en estos espacios para advertirles acerca de los beneficios y los riesgos de todo lo que se ofrece de manera exuberante en el mundo virtual.

La tarea no es sencilla, pero tenemos que asumirla con coraje, serenidad y responsabilidad porque las generaciones jóvenes se nos están escapando de las manos. Los síntomas contundentes que avalan esta afirmación son, en primer lugar, la edad temprana en la que los jóvenes caen en los excesos y en el consumo de todo tipo: alcohol, drogas, sexo. Relacionado con todo esto emerge la violencia en los ámbitos frecuentados por jóvenes los fines de semana, violencia y descontrol que no puede ser leída sólo desde la mirada reduccionista del consumo, sino desde una perspectiva más amplia que considere el drama existencial en el que se desenvuelven muchos de ellos. Frente a un escenario tan doloroso y preocupante, la pregunta no es qué les pasa a los jóvenes, sino qué pasa con nosotros que no podemos hacernos cargo de la situación de abandono y soledad en la que viven ellos ¿Cómo es posible que no encontremos el camino para resolver el conflicto mayúsculo que como clamor ruidoso vemos todos los días en los medios de comunicación con las dolorosas consecuencias del drama existencial de los jóvenes: delincuencia, homicidios y accidentes de tráfico que se llevan cada día con mayor frecuencia vidas en el esplendor de la juventud?

Frente a esto, no se trata de descargar, eludir responsabilidades o echarle toda la culpa al Estado, o los padres. En todo caso, una honesta autocrítica debe llevarnos a una conclusión: toda la sociedad es responsable del caos, la conflictividad, violencia y confusión en la que viven los jóvenes. Cuando el desorden es mayúsculo e involucra a una amplia franja social, no hay responsabilidades individuales o sectoriales, hay claramente una responsabilidad colectiva en el descuido y la falta cuidado hacia los jóvenes.

La realidad nos compele a preguntarnos como adultos, como padres, como docentes, como funcionarios y como dirigentes el grado de responsabilidad que cada uno de nosotros tenemos en la horrorosa desorientación en la que se encuentran masas de chicos que deambulan por la vida sin sentido, proyecto, valores,

sueños y futuro. Si verdaderamente estamos comprometidos en nuestra accionar social como padres y como instituciones para el bien común, necesitamos abrir los ojos y volver a revisar nuestras propias ideas, sentimientos, valores, nuestras propias actuaciones y omisiones en el campo del cuidado, la promoción y la educación de los niños y adolescentes. Aquí es urgente no plantear discursos retóricos, sino sinceramente reconocer el valor y el rol que se le está dando a la educación en la sociedad.

En sociedades más maduras y más antiguas que las nuestras los trabajos mejores remunerados son los del policía y el docente. ¿Por qué? Estrategia inteligente para que la fuerza de seguridad no se corrompa y para que el docente reciba el incentivo suficiente para abrazar la docencia como vocación para formar personas y para que no esté agobiado, por ejemplo, al ver si el sueldo le cubre todos los gastos del mes. Padres, dirigencia, docentes y pastores tenemos la responsabilidad de proveer una eficiente educación para las generaciones venideras. Sin embargo, la propuesta de consumos, la carencia de recursos económicos, sociales, psicológicos y morales y la gravedad cada vez mayor que los niños y jóvenes encuentran no sólo en la esquina, las plazas, la discoteca y hasta dentro de las mismas instituciones educativas, todo ello hace que a las familias se le haga cuesta arriba cumplir con sus funciones educativas y esto es también, claramente, una de las consecuencias del por qué la escuela se va quedando cada vez más sola en la tarea de contener, sostener y promover la maduración educación y desarrollo humano armónico de sus alumnos.

Los docentes en casi en todos los casos están sobreexigidos y tienen que responder no sólo con aquello para lo que fueron preparados, sino con innumerables demandas tácitas o explícitas que terminan agobiándolos y desmotivándolos en su vocación y compromiso docente. ¿Quién degradó la educación? ¿Quién desmontó la relación entre educación y trabajo? ¿Quién debilitó la

familia? ¿Quién socavó la autoridad? ¿Quién pulverizó el Estado? ¿Quién corrompió las ideas y quién desinfló las utopías? La verdad incuestionable es que algo tenemos que hacer porque nos enfrentamos cada día a realidades de carne y hueso que vienen a nosotros reclamando, esperando, criticando y rogando a su manera, infinitamente solos, necesitados, aterrorizados, confiando persistentemente en nosotros, aunque a veces lo hagan con rostros de indiferencia y hasta de desprecio. Allí están delante de nosotros con su rabia y su frustración, atentos para ver si alguien les ofrece algo distinto. Entonces, como sociedad madura y responsable qué debemos hacer.

¿Cómo podremos educar en la madurez a los jóvenes si somos una sociedad inmadura por definición?

10 de julio de 2022

Parte II

Acompañar procesos de maduración y crecimiento requiere de parte de toda la sociedad una decisión ética que nos comprometa como ciudadanos para que todos podamos llegar a un adecuado grado de madurez personal. Nuestro comportamiento social indica, sin embargo, que como sociedad carecemos de esa virtud.

La madurez personal se expresa en la coherencia de vida en relación a los valores, opciones, funciones y responsabilidades que asumimos. Esto escasea en la Argentina; tenemos un comportamiento muy adolescente como nación y prueba de esto es la dificultad que poseemos para ponernos de acuerdo en los aspectos más básicos de nuestra vida institucional, de modo que, sobre la base de esos acuerdos logremos un contrato social que nos involucre y comprometa a todos de manera coherente, madura y responsable, más allá de nuestras diferencias.

La inmadurez patética de nuestra dirigencia queda plasmada en la incapacidad de comenzar y dar continuidad a un proyecto de país. Los ciclos en el ejercicio de la democracia y del poder en la Argentina se caracterizaron en las últimas décadas por iniciativas de cambio y propuestas de transformación que no lograron resultados significativos porque en cada ciclo se pretende empezar de cero, como si los que lo precedieron no hubieran existido, o peor, le reconocen su existencia sólo para echar culpas y descargar responsabilidades. Se practica un ejercicio paranoico de la política y del poder que siempre encuentra el modo para resaltar lo que nos divide y jamás lo que nos une. La dirigencia en todos los ámbitos,

político, empresarial, sindical, religioso, medios de comunicación e incluso desde los movimientos sociales, están todo el tiempo oponiéndose por las dudas. Tanto el oficialismo como la oposición ejercen ese tipo de rol de manera inequívoca, tirándole piedra al oponente y escondiendo la mano. Colocan todo el tiempo palos en la rueda para sacar provecho de la situación, aunque eso signifique hundir a la patria y producir sufrimientos a la población.

El comportamiento adolescente de la dirigencia llega a adoptar conductas tan infantiles que se olvidan rápidamente de lo que dicen, de modo que poco tiempo después hacen reclamos y afirmaciones que contradicen completamente sus dichos, y esta es la razón por la que ningún dirigente puede resistir un solo archivo. Acaso la raíz de nuestros males pase por esa profunda inmadurez que tenemos como personas y como sociedad y quizá tengamos que ponernos a meditar seriamente sobre nuestras conductas para empezar a modificarlas, especialmente aquellas que están a nuestro alcance y que las ponemos en práctica todos los días: los hábitos transgresores, evitar el pago de impuestos, cruzar el semáforo en rojo, colarnos en la filas, mentir para justificarnos en nuestros errores y las reacciones viscerales y los berrinches que son típicos de las conductas adolescentes.

¿Cómo podremos guiar a los jóvenes hacia la madurez, si nuestros comportamientos son tan o más inmaduros que los de ellos? La madurez es claramente más que crecimiento y la verdad es que resulta muy complejo definir cabalmente en qué consiste la madurez. Acaso debamos partir de la consideración de esta no sólo desde el plano biológico o genético, sino desde una mirada mucho más profunda que abarque todo el ser de la persona humana, a no ser que reduzcamos a la persona a su sola consideración biológica.

Sabemos que en el caso de la madurez humana no se trata sólo de genética y alimentación, sino de algo mucho más complejo que exige

un análisis que claramente trasciende lo biológico y lo meramente cultural. No tendríamos necesidad de educar si ya estuviera todo predeterminado y resuelto por la genética, la alimentación o la cultura. Si tuviéramos que definir técnicamente la madurez, siendo estrictos con la definición que da la Real Academia Española, diríamos que se considera madura a una persona que ejerce su libertad con buen juicio, vale decir, con prudencia y sensatez. Claramente esta definición coloca el concepto de madurez en un nivel mucho más alto que aquel sólo biológico. Estas actitudes no dependen de factores meramente cuantitativos, sino de un conjunto de elementos que se constituyen y conforman en la esfera ético-moral y que en últimas serán las que definirán el modo como el individuo administra su libertad. No se trata de poner en discusión ni la madurez biológica o psicológica en orden de jerarquías, sino de mirar la madurez desde una perspectiva integral. Si lo hacemos así, nos daremos cuenta dónde se encuentran los baches que realmente son un obstáculo para alcanzar la madurez. Si enfocamos la reflexión sobre la madurez desde la perspectiva de la sensatez y la prudencia, tendremos que reconocer que para que una persona obre de manera sensata debió haber pasado por muchas experiencias, debió haber realizado muchas elecciones y ensayado muchas respuestas ante el desafío que supone vivir. La madurez implica, entonces, tiempo, experiencias, prueba y error para alcanzar un nivel de maestría que será el fruto del aprendizaje por la experiencia.

Podríamos hacer una primera aproximación de madurez, entonces, afirmando que es maduro quien desde lo aprendido por la experiencia obra su libertad con sensatez y prudencia. Pero ¿quién determina lo sensato y lo prudente?, ¿cada uno según su experiencia y orientación?, ¿los otros? Es el gran tema de este tiempo. El “yo autorreferencial” o el “nosotros” que incluye lo comunitario en la administración de la libertad personal con prudencia y sensatez.

Comprender la madurez humana desde una perspectiva abierta nos conduce inevitablemente a una comprensión integral que nos llevará a la dimensión más alta de la madurez y que acaso la conduce a la plenitud, en el sentido que la saca de lo intersubjetivo y social para abrirla a una dimensión más completa y trascendente que es la decisión ética de buscar en toda circunstancia la perfección.

Educación en medio de la vorágine de las nuevas tecnologías comunicacionales exige tomarnos tiempo

17 de julio de 2022

Parte III

Acompañar el proceso de madurez y madurar nosotros mismos para que seamos capaces de decisiones libres y responsables exige considerar muy seriamente el tiempo. En la formación del buen uso de la libertad es imprescindible “saber esperar”; no se trata de “lo quiero ya”, que es la regla común del mundo actual, sino de disciplinar la búsqueda de la satisfacción inmediata que es lo propio de la inmadurez y lo contrario justamente al esfuerzo por responder a los estímulos externos de manera prudente y sensata. Además, porque el autocontrol es lo que caracteriza al ser humano racional que es capaz de decidir por sobre lo instintivo.

El “viejo sabio” es aquel que en el largo aprendizaje que le ha dado la experiencia, sabe tomar distancia de las cosas y las presiones externas que producen los estímulos para responder con sensatez y prudencia. “El humano maduro” piensa antes de actuar; la realidad no le pasa por encima, sino que este, de algún modo se sale de ella para contemplarla, discernirla, “se toma su tiempo” antes de actuar y luego decide. “Tomarse el tiempo” implica una serie de operaciones que en los tiempos que vivimos nos parece imposible.

En una cultura tecnológica, digital y virtual el tiempo es una vorágine incontrolable, como un mar tormentoso que arrastra todo y que no deja lugar a la reflexión, sino más bien a la desesperación. Allí no hay tiempo para reflexionar, discernir, filosofar o rezar. No hay lugar para ritos de iniciación, liturgias, o símbolos. Es la era de “lo digital”, en el que la vida cual “*play station*”, es un sistema con vida propia que nos priva de la percepción de la conciencia y

nos transforma en autómatas. Las máquinas deciden por nosotros y entramos sin darnos cuenta en “la era robótica”, vale decir, en el veloz proceso de deshumanización en el que ya nos encontramos como civilización por la instauración irreflexiva de una cultura tecnológico-científica, sin filosofía, fe, y sentido de trascendencia, y entonces, un mundo sin moral y sin ética.

“Estar conectados” y “actuar rápido” es la única opción sin la mínima posibilidad en el proceso de aprendizaje de encontrar una forma que ayude a los educandos a diferenciar las diversas lógicas para no aplicar de manera unívoca la velocidad digital a todos los aspectos de la vida. Una sociedad formateada según este paradigma se transforma en una sociedad inmadura y diletante; como no hay un espacio para el tiempo y el pensamiento, todos sin excepción somos arrastrados por estos estímulos que demandan una respuesta inmediata. Por eso, en el “mundo mediático”, todos opinan de todo, sepan o no sepan, tengan o no tengan elementos de juicios fundados para emitir tal o cual opinión. Y así, todo el colectivo social entra en la locura y la esquizofrenia de emitir opiniones y juicios sin fundamentos, simplemente por lo que escuchó o leyó velozmente en algún portal digital, configurando un cúmulo de opiniones colectivas, sobre la base de informaciones que no tienen vínculo con la realidad real.

En el proceso de maduración y de educación es determinante dar lugar al pensamiento, al diálogo y al intercambio de criterios para construir posiciones sólidas y responsables sobre la base de la reflexión y del discernimiento. No darnos espacios para esto es condenarnos a lo provisorio, lo superficial y a la configuración de conductas sociales erráticas e incoherentes. Es obvio que no podemos salirnos del escenario virtual, digital y tecnológico en la tarea educativa, pero lo que sí podemos hacer es “tomarnos tiempo” para analizar y discernir, desde la reflexión, maneras que nos ayuden a desplegar posibilidades que visualicen y anticipen las

consecuencias de nuestros actos, de manera tal que la racionalidad dé un fundamento ético y moral a las posibilidades que nos abre la investigación científica. De esta forma se puede, a la par del avance tecnológico, “darle un sentido discursivo trascendente y filosófico” al producto de la mente humana, que, si se afianza sólo en “la materia”, priva al avance científico del otro polo fundamental que lo complementa y completa. Es decir, lograr un ser humano que sea capaz de ejecutar acciones inteligentes y científicas sobre la base de decisiones morales prudentes. “Tomarse el tiempo” en la tarea educativa es fundamental, es ejercitarnos a “saber esperar” y “aprender a construir” estableciendo vínculos que realmente fortalezcan relaciones de compromiso, responsabilidad y solidaridad con el otro. Es el tiempo lo que vuelve sólido un proyecto de vida, una profesión, un noviazgo, un matrimonio o una amistad. Sólo el tiempo es, al fin y al cabo, el árbitro que nos permitirá distinguir lo prescindible de lo esencial. Hay cosas en la vida que son imprescindibles y esenciales y pueden perderse en el alboroto que produce el ruido tecnológico y digital, que es por su naturaleza impersonal.

Sin embargo, el abrazo, la caricia, el saludo, el sentir el calor de una mano amiga o familiar es imprescindible porque esto nos hace humanos. La ciencia, en verdad nos vuelve cada vez más eficaces en la búsqueda del mejoramiento de las condiciones de vida de la entera sociedad, pero definitivamente, la ciencia sin ética y sin moral nos suprime el componente esencial que nos define como humanos el cual es la responsabilidad moral que tenemos con el prójimo.

La moralidad y la ética se nutren de la filosofía y de la fe por lo que no podemos comprometernos realmente en una tarea educativa seria si sólo buscamos la cualificación profesional y la eficiencia. Esto no basta para alcanzar el objetivo más alto de la tarea pedagógica: formar un “buen ser humano que sea de utilidad y beneficio para todo el colectivo social y no sólo para sí mismo”. Esto no será

posible si en el acompañamiento de los procesos madurativos no se incluye el tiempo como herramienta fundamental para el logro de los objetivos pedagógicos. No cualquier tiempo sino tiempo de paciencia, humildad, atención y escucha del otro.

La vorágine tecnológica y digital hace rato nos sumergió en la locura de una carrera que, si no la paramos y no “nos hacemos tiempo” para reflexionar, discernir y decidir prudentemente, nos conducirá quién sabe a dónde. Lo que sí es seguro es que la irracionalidad, la irresponsabilidad y las decisiones imprudentes han colocado siempre al ser humano en escenarios muy conflictivos e incómodos.

Educar no para lograr individuos adaptados, sino para ser personas libres

24 de julio de 2022

Parte IV

No es lo mismo ser una persona educada para ser adaptada socialmente, que ser un individuo educado para ser libre. Por lo tanto, ser maduro y educar para la madurez, no significa educar sólo para la adaptación social. La persona madura administra sensatamente su libertad y obra siempre y en toda circunstancia con una responsabilidad ética y moral, en tanto que el “adaptado” es educado sólo para cumplir lo instituido, que no siempre coincide con lo ético y lo moralmente correcto.

Tuvimos una etapa dramática en nuestra historia argentina en la que los “adaptados socialmente”, debían guardar riguroso silencio y no protestar contra la así llamada “*ley y el orden para la reorganización nacional*”. Esto era considerado un signo de madurez cívica, mientras que los que alzaban la voz y protestaban contra la violación de los derechos humanos, por ejemplo, eran considerados inadaptados sociales e inmaduros, cuando en verdad lo que estaban poniendo en práctica era el ejercicio sensato de sus libertades que como responsabilidad moral nos compromete con la sociedad y con el otro. Muchos de ellos actuaron con madurez en cuanto a su conciencia y responsabilidad ética moral ante la sociedad, pero ciertamente fueron considerados inmaduros y enemigos de la sociedad para el régimen instituido que obligaba cumplir a rajatablas esa ley impuesta, *so pena* de exponer la propia vida, como de hecho sucedió.

Entonces, si la tarea educativa se redujera lisa y llanamente a adaptar individuos para que tengan conductas “políticamente

correctas”, toda la tarea pedagógica se transformaría en un proceso de amordazamiento y sumisión a la subjetividad de los individuos, que terminaría sacrificando lo más propio y sagrado de la persona que es su libertad. El desafío mayúsculo que tiene la educación es justamente trabajar en procesos pedagógicos que eduquen en y para la libertad, y esto significa tanto para el educando como para los educadores situarse desde una mirada crítica en relación a los propios saberes, para disponerse más bien a una búsqueda humilde y sincera de la verdad que logre como resultado final personas maduras y libres.

De esta manera, se comprenderá que la madurez implica mucho más que la adaptación a un modelo o a un esquema social impuesto, sino a la capacidad de tomar posesión de sí mismos en las múltiples y variadas situaciones en las que los individuos se puedan encontrar y de manera que puedan elegir y decidir libremente en consonancia y coherencia con los valores a los que cada uno ha adherido. Esto no quiere decir que debamos aprobar como verdadero y legítimo todo subjetivismo, excentricidad y pretensión del individuo como tal en su modo de situarse frente a la realidad. Nada más alejado del concepto de educación que esto, se tratará entonces de formar hacia una madurez que nos lleve a un verdadero equilibrio de juicio para la acción, de tal manera que las opciones de los individuos correspondan con la realidad y con la verdad. El único modo en que podemos asumir la crítica, la oposición y la rebeldía frente a lo instituido como dogma es cuando justamente la oposición y la crítica apuntan a una mayor universalidad y justicia que nos conduzca como sociedad hacia una verdad más plena.

En este sentido, el rechazo a algo se justifica sólo como búsqueda de una mayor justicia y de una mayor verdad. Podríamos decir que la violencia no se justifica en ningún modo, sino cuando la acción que “eventualmente pudiera ser cruenta”, en la intervención sobre la realidad, busca la erradicación de la violencia. Podemos interpretar

desde esta perspectiva estas palabras de Jesucristo: “No he venido a traer la paz sino la guerra. Tampoco la unidad sino la división”. Las aguas en algún momento han de separarse y esto, obviamente no será sin dolor, que en términos cristianos puede traducirse como: “No hay luz sin cruz, ni amor sin dolor”.

Una educación para la madurez que logre individuos capaces de administrar su libertad con sensatez, se debería traducir en sociedades más humanas en el sentido de que en ellas se prioriza el amor como la “ley marco” que lo ordena todo hacia el respeto de la vida donde el ejercicio y el respeto por la libertad individual y de los pueblos son su valor más sagrado. Entonces, la madurez no sólo implicara la capacidad de decidir libremente y ser sujeto de las propias opciones, sino que incluye la afirmación plena del amor como el vínculo fundamental entre todos los seres humanos, en todas las formas posibles en las que este vínculo puede realizarse entre los seres humanos. Un vínculo entendido desde el amor nos hace responsable ante el otro (el prójimo). En este sentido y desde esta comprensión, una persona madura no es sólo aquella que logra insertar su carácter único e irrepetible en la comunidad sin tensiones ni violencia ideológica, sino aquella que es capaz de administrar con sensatez su libertad sin lastimar a nadie en pro de intereses egoístas o mezquinos.

Una primera y gran definición de lo que significa un individuo maduro es reconocerlo no tanto por lo que sabe y tiene ni siquiera por sus decisiones acertadas y sensatas, sino reconocerlo por cuánto ama y sirve al conjunto social en el que se desenvuelve. Educar entonces no para lograr individuos adaptados, sino para lograr personas libres en la sociedad para amar y servir.

Educar para construir y reconstruir los lazos sociales y comunitarios seriamente lastimados en nuestra sociedad

31 de julio de 2022

Parte V

¿Cuál es la demanda que como imperativo categórico se impone hoy a toda la dirigencia y en general a toda la ciudadanía? Claramente es trabajar desde todos los ámbitos de nuestra vida institucional y ciudadana como república para construir y reconstruir los lazos sociales y comunitarios que el individualismo y las malas administraciones del poder le han procurado a la Argentina.

Todo está roto en la patria, y fundamentalmente los aspectos esenciales que hacen a la amistad social y la sana convivencia. Estos están seriamente deteriorados en las estructuras institucionales de república y de comunidad nacional. No nos sentimos hermanos, más bien enemigos. Esta ruptura surge a partir de la base fundamental que sostiene la vida de una comunidad: el diálogo y el consenso plural para poder construir un proyecto de país sustentado en un gran pacto social.

Una sociedad y un pueblo maduro no es sólo una serie de acuerdos para “no molestarnos”, sino un gran “pacto patriótico” que nos permita como ciudadano administrar nuestra libertad, no para encerrarnos en celdas individuales que dejen a los demás afuera, sino al contrario, una libertad madura que nos permita compartir con los otros con un gran sentido de prójimo. Una sociedad inmadura y no libre, es por lo tanto, aquella en la que cada uno disfruta de sus bienes en soledad, mirando continuamente al otro bajo la sospecha de que es un enemigo para sus intereses individuales.

Sin caer en la ingenuidad de pensar en un mundo ideal, que por supuesto no lo es, desde el pecado original (que antropológicamente incluye en el ser humano los aspectos del bien y el mal), debemos, sin embargo, creer que en el corazón humano anida una inmensa capacidad de bien, y claramente, también de mal, pero para no terminar siendo sólo aliados del mal, debemos situarnos con esperanza frente al otro, que seguramente nos decepcionará en tantos modos. Seguramente también nos dará grandes satisfacciones en orden a la construcción de una sociedad más justa y más fraterna para todos, si somos realmente capaces de darnos oportunidades para encontramos sin prejuicios sociales ni estigmas de ninguna índole. Esta consideración es apenas el punta pie inicial de algo más grande que incluso nos sobrepasa como individuos, y que tiene que ver con la gran pregunta que debemos hacernos todos los seres humanos sobre el verdadero sentido que tiene la vida y las razones más hondas de nuestra tarea en la historia. Preguntarnos sobre el fin último de la comunidad humana y de la entera civilización. No puede ser que vivir, incluso como comunidades organizadas, se reduzca solo a protegernos los uno de los otros, trabajando sólo para limitar las posibilidades de la conflictividad social. No puede ser que el ser humano exista sólo para trabajar y construir una convivencia social bajo la perspectiva del miedo y por eso las armas y por eso las leyes; tiene que haber algo más que rescate al ser humano del frío cálculo de estructuras creadas sólo para protegernos del otro. Tiene que haber un punto de encuentro que nos saque del stress de la percepción de una convivencia social que nos amenaza. Tiene que haber algo que nos sitúe de una manera más positiva frente al otro; una mirada más alta y superadora, en orden a la comunión social, sobre la base de un amor mutuo que nos rescate del terror de la mirada negativa, sospechosa y discriminatoria en relación al otro.

Los tiempos que vivimos, en los que se impone una construcción cultural individualista y donde el egoísmo de manera natural se

convierte en un hábito socialmente aceptado, se nos exige a quienes tenemos responsabilidades educativas, una honda reflexión que nos lleve a discernir acerca de las causas de la monumental crisis de valores que está llevando a la civilización a la contradicción y a la confusión. Si bien es cierto se ha avanzado muchísimo en el campo del reconocimiento de la dignidad de la persona y sus derechos, no es menos cierto que la exacerbación de ciertas reivindicaciones, aunque legítimas, pudieran desviarnos de los principios rectores que milenariamente han sostenido a la civilización. No será, ciertamente, a través de la entronización del individualismo, el consumismo y el hedonismo, que se dará lugar a un mayor humanismo en la conciencia de la civilización. El máximo derecho de las personas y de los pueblos no es solamente que nadie le impida realizar sus fines, sino efectivamente realizarlos en todos y cada uno de los aspectos del desarrollo integral de la persona humana. No basta entonces evitar la injusticia sin promover la justicia; no basta protegernos de los abusos, maltratos y violación de los derechos humanos de toda índole, sino que es necesario también, educar al ser humano para un amor pleno e integral que nos solamente los realice en sus aspiraciones de progreso humano, sino también garantizar una educación que los ayude a trascender la mera materia para conectarlos a su esencia más profunda y que tiene que ver de manera inevitable con lo espiritual.

Lo espiritual no es rezo, religión, cumplimiento de preceptos, sino conexión con la interioridad, donde el ser humano pueda encontrarse con su máxima verdad que es amor. Si la educación no se centra en la interioridad del ser para abrirse positivamente al otro, estaríamos desaprovechando la oportunidad de formar verdaderos seres humanos para una sana convivencia y genuina amistad social. De este modo, lo que estaríamos haciendo en verdad sería formatear individuos no para la convivencia sino para la supervivencia, no para la amistad social, sino para la violencia

Hacia la reconstrucción del hombre roto

y el odio social, que es lo que lamentablemente vemos cada día en nuestros contextos.

Una persona y una sociedad educada para la madurez será entonces aquella cuyo ejercicio y práctica de la libertad se caracterizan por la responsabilidad moral frente al otro, desde el amor. Esto, sin embargo, no sucederá por generación espontánea, exigirá de todo el colectivo social, mucho trabajo, mucha paciencia, sinceridad, humildad y magnanimidad.

La desorientación social que impacta especialmente en los jóvenes tiene su raíz en los problemas que tenemos los adultos

18 de diciembre de 2022

Dice un sociólogo que cada generación viene al mundo con todo lo necesario para afrontar su tiempo. Todos, por esencia humana, venimos con la carga de ideales y sueños que nos impulsan proponernos objetivos y lograrlos. Esto permanece intacto en las generaciones jóvenes —dice el investigador— hasta que estos se encuentran con nosotros, los adultos.

El problema no está entonces en los jóvenes y sus problemáticas complejas, sino en la generación adulta que no es capaz de acompañar procesos educativos que conduzcan a las generaciones jóvenes a la adultez, seguramente, porque los que nos consideramos “adultos” no lo somos tanto. Está fuera de duda que somos los adultos los que podemos potenciar o condicionar el espacio de maniobras a las generaciones que nos preceden, esto quiere decir, que una generación de inmaduros e inciertos producirá una generación marcada por la inmadurez y la incertidumbre. ¿No es acaso lo que nos pasa? En efecto, el legado que como herencia de valores éticos y morales dejamos a nuestros hijos, está determinado por nuestro modo de ser e interpretar el contexto en el que vivimos y en el modo en cómo respondemos a esa realidad. Esto deja una marca, traza una huella que, indefectiblemente, direccionará los pasos futuros.

Cada palabra, opción de vida u opinión marca un rumbo y deja una huella que las generaciones jóvenes ven, escuchan y siguen. Por eso, todo lo que nos desagrada de nuestro contexto especialmente en el ámbito juvenil, no surge de manera espontánea, sino que cada uno de nosotros de una u otra manera ha contribuido para que eso

sucedan. Está claro que cada generación es hija de su tiempo y de los avatares de cada coyuntura y circunstancia histórica y es indudable que esto influye de manera inevitable en el perfil de sociedad que resulta de ello. De allí que sea importante discernir y reflexionar sobre la realidad con criterio histórico.

El presente tiene que ver con el pasado y es indispensable leer con lucidez los signos de los tiempos que nos llenan de preguntas para poder dar respuestas, desde el presente, a desafíos que seguramente incidirán en el futuro. Esto es vital porque sólo desde una correcta hermenéutica se trabaja positivamente para el futuro. La mirada tendrá que ser integral, y no sólo desde el punto de vista histórico, biológico, social, cultural o religioso. *Debe ser una mirada profunda sobre el verdadero sentido de la vida y de la existencia y del tiempo que cambia y nos cambia.*

El devenir del tiempo no se trata sólo de simples cambios generacionales, sino que justamente, fruto del contexto vital en el que interactúa de manera eminente el factor humano y su “volatilidad” emocional, filosófica y espiritual, lo que acontece en verdad, es una verdadera mutación radical, en el modo de su “estar en el mundo” y que, si no discierne, reflexiona, y lee críticamente tal realidad, esta puede condenarlo a la dispersión y a la confusión existencial. Esto es determinante en la tarea educativa. Las mutaciones a las que nos somete el tiempo y la cultura transforman completamente nuestras posturas con respecto al sentido de la vida y de la existencia, y así, valores y principios que antes parecían intocables, en los nuevos contextos parecieran ya no serlo tanto. Conocer a fondo esas mutaciones y el trasfondo que subyace a esos nuevos desafíos y preguntas es vital, a la hora de acompañar procesos educativos en las nuevas generaciones.

En efecto, acompañar procesos educativos que lleven a la adultez *requiere de adultos “adultos”*, vale decir personas maduras con una clara conciencia de la realidad y con los pies sobre la tierra.

Como adultos, especialmente quienes tenemos responsabilidades educativas y de dirigencia, deberíamos preguntarnos cuán adultos somos en verdad. Esto significa examinarnos acerca de nuestra consistente adhesión a la realidad o, si en verdad, andamos por las nubes. Sólo desde una sincera autocrítica de educadores y dirigentes podrá surgir un proceso educativo que sea eficaz y responda a las demandas y los desafíos del presente. Caeríamos rápido en la cuenta que muchos de los reclamos que les hacemos a las generaciones jóvenes tienen más que ver con nuestra propia inmadurez y distracción que con su incapacidad para asumir responsabilidades. No es extraño entonces sospechar que todo lo inmaduro, infantil e irresponsable de nuestra sociedad en general, tiene que ver con esta generación adulta a la que le cuesta superar el estadio de la etapa adolescente, y entonces, así ejerce su adultez en el ejercicio de sus funciones y responsabilidades tanto en la paternidad como en la política y en la justicia.

Quizá como dice un pedagogo social, “la clave de resolución de nuestros problemas presentes tengan que ver con que esta generación adulta ha perdido contacto con la verdad última de la existencia que tiene que ver, en primer lugar, con la vida, en segundo lugar con el amor y en tercer lugar con la responsabilidad social que, por ser seres humanos, nos debemos los unos a los otros”. Perder de vista como adultos estos aspectos y la responsabilidad de cuidado de estos valores nos está privando de la capacidad generativa de individuos con claridad de sentido en relación al objetivo primordial que tienen la existencia, la vida y la convivencia social. La falta de reflexión, de discernimiento y de lectura crítica de la realidad, nos está transformando en eternos adolescentes, generando una sociedad inmadura e irresponsable.

Hacia la reconstrucción del hombre roto

La conclusión obvia de esta reflexión es entonces que no son responsables los jóvenes de ese escenario que nos disgusta y preocupa, sino nosotros, los adultos y nuestra incapacidad de acompañar procesos educativos que conduzcan realmente a las generaciones jóvenes a la madurez y la responsabilidad social.

Educando para la unidad y la madurez social

Primera conclusión

14 de agosto de 2022

Al concluir estas reflexiones sobre la tarea educativa nos preguntamos: *¿de qué modo podemos convertir todo esto en pistas concretas para que quienes tenemos responsabilidades docentes nos pongamos a trabajar sobre los desafíos que nos plantea la realidad presente?* En primer lugar, como ya se ha dicho, urge fortalecer nuestros vínculos sociales que están sumamente deteriorados. Esto supone un trabajo artesanal de reconstrucción de lo social con un sentido de prójimo que como responsabilidad y compromiso brote de manera natural en las opciones de vida de cada ciudadano argentino. Y debemos partir, aunque nos duela, de la realidad real, no de aquella deseada o soñada, sino desde lo que tenemos, y lo que tenemos en verdad, es una inmensa tarea de reconstrucción de los vínculos en todo el tejido social.

La construcción social es un proceso nunca acabado que requiere de un arte de amor en el que no se pueden calcular sacrificios porque esto nos exige una actitud de conversión a lo social, no como un relato, sino como un testimonio de vida encarnado en actitudes muy concretas abrazadas con un espíritu de autoinmolación. En otras palabras: una espiritualidad ciudadana que en términos cristianos traducido a lo social sería: aprender a dar la vida por el “otro”, entendiendo que “el otro” es el Estado como república y colectivo social, al que se sirve con vocación de servicio y sin intenciones espurias.

Cuando hablamos de vocación y espiritualidad ciudadana para el servicio social, afirmamos implícitamente que estamos dispuestos a vivir nuestras profesiones y funciones desde una perspectiva de consagración a lo social que nos exigirá actos heroicos. Y es seguro

que en tal opción nos confrontaremos a las dolorosas divisiones y conflictos por los que atraviesa el cuerpo social. Esto no significa que tengamos que desanimarnos y hacer lo mínimo indispensable, sino al contrario; desde las profundas contradicciones el héroe siempre combate y, desde ese brío que le dan sus convicciones, supera toda dificultad para levantar banderas de victoria. En efecto, el líder sabio y combativo sabe que no todos pensamos ni somos iguales y reconoce, en todo caso, en las diferencias que parecen irreconciliables, una oportunidad para el diálogo plural que, con espíritu compasivo y amor social, los utiliza para superar el conflicto y hacer prevalecer el bien común. En este sentido, el conflicto que puede ser causado por hondas diferencias, nunca puede ser un obstáculo para la construcción del bien común, más bien son un desafío para que desde esas diferencias emerja, fruto del consenso con lo diferente, una comunidad mucho más respetuosa del otro, menos prejuiciosa y más madura en orden al servicio y al amor del prójimo.

Esto nos desafía a que continuamente ensayemos nuevas formas de diálogo y aproximación de cara a los conflictos y las diferencias. El reto será ir creando y formando en los actores sociales un sentido de libertad responsable de cara al amor social que, continuamente, nos reconcilie con la diferencia para servirnos y no para pelearnos mutuamente. Este aspecto de libertad responsable en orden al amor, al servicio y la unidad es determinante frente a los cambios sociales y culturales con los que tenemos que dialogar continuamente para una sana convivencia plural; y, en todo caso, aquí la cuestión no será quién sabe más ni quién es más progresista, sino quién es el que más sirve y quién es el que más ama. De manera natural y espontánea estos principios nos llevarán a aceptar y respetar las diferencias y a potenciar los espacios de encuentro y coincidencia. La crisis debería expulsarnos hacia el encuentro con la realidad que cuanto más dolorosa, más nos moviliza para comprometernos en la tarea social

de promoción del ser humano caído, devastado y excluido.

Quizás desde ese lugar nazcan nuevas formas de relacionarnos socialmente para liberarnos del enemigo común que continuamente amenaza la justicia social, la unidad entre los argentinos y la paz. Que la crisis no nos asfixie, sino más bien que nos potencie en positivo para ampliar nuestra conciencia de solidaridad más allá de toda frontera social, racial, religiosa, ideológica, cultural o política. Necesitamos para ello trabajar mucho sobre la percepción que tenemos sobre nosotros mismos, individual y colectivamente. De esa percepción depende movernos y empujar hacia adelante. Las sociedades pesimistas y fragmentadas no avanzan, se mantienen estancadas en peleas y luchas intestinas que enferman todo el cuerpo social; sin embargo, una sociedad optimista sabe transformar las dificultades en herramientas positivas para avanzar y progresar humana, social y culturalmente. Esto nos exige una lectura crítica de nuestra historia personal y colectiva y un profundo discernimiento acerca de la motivación última de la existencia. Esto, indefectiblemente, nos conectará al pasado, pero desde un presente dinámico que no está atascado ni en el recuerdo ni en la nostalgia de un pasado que nos tortura y entristece, sino que nos lleva a un conocimiento inteligente de nuestro proceso histórico individual y colectivo para proyectarnos al futuro con claridad acerca de nuestras posibilidades y opciones.

En clave cristiana la lectura optimista de la historia tiene que ver con la fe y la convicción que desde la muerte surge la vida y que desde la noche más oscura del dolor emerge el amor. En efecto, este posicionamiento optimista en relación a lo negativo nos expulsa hacia afuera: desde la tragedia y el drama que se transforman en potencial de vida; desde el fracaso hacia el éxito y desde la derrota hacia la victoria. La reconstrucción social, desde este lugar, alcanza entonces plenitud de sentido, ya que desde una mirada trascendente y superadora, puede conducirnos hacia una evolución de conciencia social que no nos deje atorados en la mera ideología.

Una educación que forme ciudadanos con conciencia y responsabilidad social

Conclusión final

15 de agosto de 2022

Educar con memoria histórica

La falta de memoria histórica es un serio defecto en nuestra sociedad y esta quizá sea la causa matriz de una dirigencia y una ciudadanía que manifiesta conductas adolescentes muy irresponsables. Es un gran desafío lograr un proceso de maduración en los educandos que los conecte a las motivaciones, opciones y acciones de los que nos precedieron, para que descubran la innegable relación que la parte tiene con el todo y la unión intrínseca del pasado con el presente. Es indispensable, por lo tanto, formar ciudadanos que conozcan y tomen posiciones frente a los acontecimientos del pasado. Esta es la única forma de construir un futuro con claridad de sentido. Esto, obviamente no puede reducirse sólo a la materia de historia sino a todo el proceso educativo en las distintas áreas y deben conectar al educando con lo universal, desde la literatura, la historia, las ciencias, y la política.

Educar para un compromiso optimista con el presente

Formar al educando en un compromiso entusiasta con el presente y superar el ánimo pesimista y escéptico que campea en nuestra cultura. Debemos superar la nostalgia, el dramatismo y la tragedia que caracteriza la visión subjetiva de la lectura de nuestra historia, y abrirla más bien a la responsabilidad que tenemos con el presente. Sólo así podremos transformar a las generaciones jóvenes en continuadores de un legado que los haga responsables del

presente y del futuro y que los desafíe a asumir el hoy con apertura y creatividad para transformar la realidad con un protagonismo y liderazgo renovados

Educar para desarrollar juicio crítico ante la información masiva y manipulada

Aquí la pregunta clave es ¿estamos educando para la domesticación o para la libertad? Educar para la domesticación es formar ciudadanos para “la obediencia debida”; sin embargo, educar para la libertad, supone dar herramientas al individuo para que tenga la capacidad de comprender y criticar situaciones y discursos. Ante la dictadura de los medios masivos de información, la escuela debería ser el bastión donde se “enseñe a pensar” y pensar críticamente. El maestro por excelencia se caracteriza por mostrar las razones que subyacen a las distintas opciones de lectura de la realidad y promueve la práctica de escuchar todas las voces antes de emitir juicios, y, en todo caso, si hay juicios valorativos, que estos sean abiertos a ulteriores interrogantes para evitar el absolutismo en las ideas.

Educar para un sincero compromiso de conversión a lo social

Educar para la sensibilidad social con sentido de prójimo especialmente hacia los pobres y los que más sufren. Un tema delicado son las instituciones de educación privada donde pareciera que se educa para la elite y no para una plena integración social donde todos son iguales.

La educación privada está implícitamente relacionada a las clases sociales más acomodadas y esto genera claramente un conflicto con la educación pública, creando en la sociedad la falsa concepción de que lo privado garantiza una educación más cualificada. Si esto fuera realmente así, la mayoría de los ciudadanos quedarían excluidos

de la posibilidad de una educación eficiente, lo cual es falso. Una educación con valores sociales no se trasmite sólo a un nivel de sentimientos, sino de opciones concretas en las que el educando debe resultar un actor social comprometido especialmente en lo referido a la justicia social. Es por ello urgente reconstruir los valores de solidaridad, especialmente con los más vulnerables de nuestra sociedad y también el sentido comunitario, que el individualismo consumista y competitivo ha destruido en la Argentina.

Llegamos así a la conclusión de estas reflexiones. Nos encontramos en un momento histórico y social de profunda crisis que desafía nuestra responsabilidad y creatividad como educadores. Lo honda crisis moral, política, social y cultural que atravesamos nos pone en contacto al mismo tiempo con el dolor y la esperanza de nuestro pueblo. No podemos hacernos los distraídos ante la responsabilidad única que tenemos como educadores de construir una sociedad distinta. Tenemos por lo tanto que hacernos cargo de este momento histórico con nuestros dones y talentos, fragilidades y fortalezas, pero también con nuestros dolores, frustraciones y esperanzas. Como responsables de la formación de conciencias, tenemos que hacernos cargo de este presente social tan conflictivo y tan desafiante. Más que nunca se le debe exigir al educador preguntarse sobre sus propias condiciones de madurez personal y responsabilidad colectiva a la hora de asumir en el presente la inmensa responsabilidad de educar actores sociales para este tiempo y para estos desafíos. Madurez que exige serenidad y capacidad de vivir este tiempo con paciencia y con memoria, para articular una respuesta que supere la tentación a la inmediatez de modo que la realidad nos lleve a pensar qué es lo más urgente y eficaz para este tiempo que nos toca vivir. Madurez docente que no sujete la propia libertad a ninguna particularización excluyente, libres de toda tentación a quedarse con medias verdades y atados a horizontes muy estrechos. Libres de la ingenuidad de caer en falsas verdades

que conducen a la adaptación ciega, acrítica, sin visión, sin sentido y que exalta sólo la individualidad destructiva de todo compromiso comunitario. Una educación, entonces, que apunte a la búsqueda de un amor universal y eficaz que fundamente y dé contenido para la práctica de una libertad responsable.

Estamos de cara a la historia con dos opciones: resistir en nuestra zona de confort ante una sociedad que se nos cae a pedazos, o asumir el protagonismo generoso de los grandes educadores destinados a hacer historia. Como sucedió en el pasado con nuestros maestros; ellos asumieron su presente crítico como oportunidad de transformación y no se quedaron en la nostalgia de un pasado que añoraron, sino en la construcción de un futuro al que dieron luz gracias al compromiso y la responsabilidad patriótica con el que asumieron sus responsabilidades educativas y ciudadanas. Esta es nuestra hora, tenemos ante nosotros la responsabilidad de hacer historia o quedarnos sumergidos en la chatura de la mediocridad que añora el pasado y que se deprime ante el futuro, sacrificando el presente como posibilidad luminosa y única para transformar la historia.

POLÍTICA

Por una vuelta a la matriz de su esencia

La realidad presente necesita de manera urgente una sincera y verdadera conversión del ejercicio de la política, cuyo objetivo primordial es trabajar por el bien social más allá de todo otro interés que la pudiera apartar de la vocación de servicio al pueblo. Una sincera conversión en esta dirección debería producir una dirigencia política creíble por la coherencia de sus discursos y opciones de vida. La dirigencia política del presente se ha desgastado en grado sumo a causa de una praxis muy cuestionada que ha llevado a la ciudadanía al cansancio, la frustración y la desilusión, justamente como consecuencia de la distancia que existe entre el discurso de la dirigencia y la realidad en la que vive inmerso el pueblo.

La política, así como la perciben los ciudadanos, ha fracasado en su intento de lograr una comunicación real con el pueblo y acaso por eso el comportamiento ciudadano a la hora de votar sea tan aleatorio y fragmentado. Al no haber claridad en la comunicación, los votos van y vienen y el ciudadano está todo el tiempo “probando”, a ver si alguna vez le resulta. El pueblo tiene la impresión, al escuchar los discursos de la dirigencia tanto del gobernante como de la oposición, que estos hablan de otro país y que en efecto pareciera que vivieran en otro país. Tan chata y mediocre es la dirigencia que todo el tiempo están descargando culpas sin una verdadera autocrítica. Exasperan hasta el hartazgo al pueblo acerca de quiénes son los responsables de la debacle, dato que es irrelevante en verdad, porque lo que el pueblo necesita es la solución a sus problemas más básicos. Cansada de palabras lo que la ciudadanía espera de la dirigencia política es que, de una vez por todas, intervenga sobre la dolorosa realidad de sus carencias

Una política que escuche con los oídos del corazón

Parte I

23 de octubre de 2022

La Iglesia en este tiempo está haciendo un ejercicio de sínodo, es decir, toda la comunidad eclesial, particular y universal se reúne para mirarse hacia adentro en base a tres preguntas que van guiando todo el proceso de lectura y discernimiento que, dirigencia (pastores) y pueblo de Dios se están haciendo. Las preguntas son: ¿Iglesia que dices de ti misma? Y aquí básicamente la pregunta es interna para examinar toda la estructura de la vida eclesial que incluye a la jerarquía y toda la acción pastoral dirigida al pueblo de Dios. La segunda está dirigida a la base y pregunta cómo el pueblo de Dios ve a la Iglesia, ¿qué dice el rebaño de la Iglesia? Si la primera pregunta está dirigida a la estructura misma que anima la vida de la Iglesia, en la segunda, la pregunta se le hace al pueblo, acerca de lo que el pueblo opina sobre esta institución. La tercera pregunta se orienta más hacia afuera y se dirige al mundo: ¿mundo qué dices de la Iglesia? Aquí la pregunta está dirigida claramente a los que no hacen parte de la vida eclesial, y diríamos que es una pregunta al ser humano de hoy.

Sería también muy interesante hacer este ejercicio sinodal en la política, haciéndose las mismas preguntas. ¿Política qué dices de ti misma? ¿Cómo te ves? Y a partir de esta pregunta la política pudiera hacer un honesto ejercicio de lectura de su propia realidad, esforzándose por ser lo más objetiva posible a la hora de mirar su propia realidad. La segunda pregunta sería también muy interesante para elaborar un diagnóstico de la percepción que el pueblo tiene de la política: ¿qué dice la gente, el pueblo, de la política argentina? Y la tercera pregunta, a los de afuera: mundo: ¿qué dice de la política argentina?

Claramente hacer un ejercicio de estas características exige como condición saber escuchar, vale decir, los políticos deben escucharse mutuamente; deben escuchar al pueblo, y por último, deben escuchar al mundo. Tenemos aquí en Argentina, y creo que en general, un gran problema: No sabemos escucharnos o lo que es peor aún, no queremos escucharnos. Nos encontramos en medio de un mar de interferencias que hace imposible la comunicación de los políticos entre sí, y es bastante obvio que la comunicación de la política con el pueblo está rota y ni hablemos del diálogo de la política argentina con el mundo.

La comunicación es la condición fundamental para el diálogo y es evidente que en el país no existe. La causa matriz de esta visible ruptura en la comunicación es que hace rato hemos perdido la capacidad de escuchar a quienes tenemos delante y es una verdad categórica que no nos estamos escuchando en ninguno de los niveles de desenvolvimiento de nuestra vida cotidiana. En un mundo tecnológico que nos sumerge de manera invasiva en una hipercomunicación, la interacción virtual pulveriza la comunicación real, y así, los diálogos se vuelven una interacción etérea, difusa e indefinida.

Este nuevo paradigma en la comunicación nos sitúa en un nivel de fantasía e irresponsabilidad frente al otro, ya que, en realidad, en el mundo virtual, el otro es nadie. El paradigma de la comunicación cambió y se abre camino a una información manipulada e inmoral que a ultranza es armada para crear opiniones colectivas direccionadas. Así, sobre la base de realidades virtuales, donde no hay fundamento de verdad ni de realidad, todo se fragua para cumplir con los objetivos muy oscuros de la clase dominante. Toda la comunicación que produce el diálogo está atravesada por informaciones manipuladas que dan vida a los prejuicios que, por supuesto, serán los máximos responsables de la destrucción del diálogo y de la búsqueda de consenso en la República Argentina. En realidad, existen tres opciones o modos de dialogar:

Hacia la reconstrucción del hombre roto

1. Dialogar desde el prejuicio.
2. Dialogar desde lo racional.
3. Dialogar desde el corazón.

Cuando se dialoga desde el prejuicio lo que sucede es que desaparece el diálogo porque el prejuicio cierra los ojos, los oídos y el corazón. Ese diálogo, desde el prejuicio, se torna agresivo y violento. Un ejemplo gráfico de esto fue el último debate presidencial llevado adelante en Brasil entre los candidatos a presidente: Lula y Bolsonaro. Los candidatos debían dialogar para intercambiar ideas y propuestas del proyecto de país, lo que menos hubo fue comunicación y diálogo; lo que sí hubo fue violencia y agresión verbal en sus discursos. Ninguno de los dos se escuchó porque se escucharon sólo a sí mismos, y cuando hubo algún intercambio, fue sólo para ridiculizar y desautorizar mutuamente el uno al otro. No se prestó atención a las razones y propuestas del otro para producir un análisis conjunto en orden a la transformación de la realidad y lo único que hicieron de uno y otro lado fue esperar que el otro termine de hablar para después negar y desautorizar de manera agresiva sus puntos de vista. Allí no hubo diálogo, sino como dice el Papa Francisco lo que se produjo fue un “Dualogo”, es decir, un monólogo a dos voces.

Se puede dialogar también desde la racionalidad, y aquí se tiende a hacer sólo teoría y relato con un discurso sin contacto con la realidad. En la República Argentina tenemos largas y amargas experiencias en relación a comunicaciones y diálogos que en la praxis de los discursos políticos plantean proyectos muy brillantes, pero que casi siempre terminan en garrafales fracasos por no partir de la realidad. Teorizan sobre el progreso, la justicia social, los pobres, la educación, los derechos humanos, pero la realidad dice que hace décadas no sólo nada cambia en este país, sino que empeoramos manteniéndonos en caída libre hacia un abismo sin fin.

La tercera forma de dialogar es escuchando con el corazón, que es lo único que garantiza una verdadera comunicación para un diálogo genuino. *Escuchar con el corazón* es abrirse positivamente al otro para acogerlo, dándole espacio y suspendiendo toda tentación de interpretación a priori y prejuiciosa. Esto significa escuchar desde la dimensión del amor que suprime el juicio, ya que escuchar con el corazón acorta distancias y garantiza proximidad. Esto nos garantiza contacto con el otro, venciendo toda tentación de distanciamiento, separación y aislamiento. El corazón acerca, la razón aísla y el prejuicio nos vuelve ciegos, sordos y mudos.

El corazón le presta atención a quien escucha y acoge positivamente lo que escucha. El corazón se sitúa en una actitud de libertad para escuchar al otro y se esfuerza por sentir y vivir lo del otro como propio hace suyo lo del otro. Aquello que lastima, preocupa, enoja y frustra al otro, no es ajeno, al fin y al cabo, cuando se escucha desde el corazón, ya que tú, yo, nosotros, somos la misma cosa y partes de una misma verdad, aunque expresado y vivido de una manera diversa. Este ejercicio exigimos a nuestra dirigencia política: que se escuchen con el corazón a sí mismos, que escuchen al pueblo de este modo y que también de la misma manera escuchen al mundo

Una política sorda y autorreferencial

Parte II

30 de octubre de 2022

La realidad es dinámica y el tiempo es movimiento y un componente distintivo de la existencia humana por ser autoconsciente. Es justamente la movilidad, la transformación y la reinterpretación. Si bien es cierto, la civilización se ha ido afianzando en principios y objetivos que, para garantizar la permanencia en el tiempo, fueron institucionalizados esto no quiere decir que estos no puedan ser reinterpretados en el tiempo sin alterar la esencia y la definición de tales principios. En efecto, la civilización a lo largo de los milenios ha ido mudando frente a los cambios de paradigmas políticos, religiosos y culturales, no sin conflictos, y que resultó en un progreso de la autoconciencia humana para el mejoramiento de la civilización. La Iglesia, institución milenaria, que navega los mares de la historia y sus avatares, no pocas veces ha tenido que reinterpretarse a sí misma sin cambiar la esencia de la verdad que predica. Tan insigne institución, plenamente consciente de que ella es una historia dentro de la historia, se ve exigida a preguntarse continuamente sobre la razón y el sentido de su vocación y misión para no quedarse atrapada en el tiempo como un monumento histórico o una pieza de museo que ya no tiene nada más para decirle al ser humano de hoy. Esta inteligente estrategia la mantiene y mantendrá vigente siempre porque esta milenaria institución hace el ejercicio de reinterpretarse continuamente con un estricto método que, respetando sus tradiciones, sin embargo, dentro del tiempo se abre a los desafíos del presente para entrar al futuro con las herramientas que son frutos de ese discernimiento que le permite preguntarse, responder y proponer caminos nuevos al ser humano de ayer, de hoy y de siempre.

En la política como en la Iglesia, necesitamos ejercitarnos en estos cambios de paradigmas. De cara a la realidad cambiante, la política que claramente se afirma en estructuras institucionales para garantizar su permanencia, pudiera acomodarse en una zona de confort que puede terminar desvirtuando su misión y vocación en la historia. No reinterpretarse ni reformarse condena a la política y a cualquier institución humana a un seguro estancamiento que terminará rindiéndola en una herramienta ineficaz para el servicio de la transformación de la realidad.

La política por definición es la herramienta que está llamada a organizar y a concretizar los anhelos y las esperanzas de la sociedad. Sin embargo, cuando no cumple con este cometido, sin vueltas debemos decir que ha fracasado porque no está respondiendo a la esencia misma que le da razón y sentido a su existir. Si la política no cumple con las expectativas del pueblo, ha fracasado. Si esta no garantiza educación libre y gratuita para todos, ha fracasado. Si no garantiza salud, techo, tierra y trabajo para todos, ciertamente la política se convierte en un fracaso garrafal. Pero para quitarle quizá un poco de dramatismo a esta exposición, sería honesto también decir que no podemos echarle toda la culpa y la responsabilidad de nuestros males a la política. Sería injusta una afirmación de estas características porque es cierto también que los complejos entramados del orden económico internacional y las leyes inviolables de los poderes dominantes, aunque no muy explícitos, vuelven a la política sierva de sus mezquinos y espurios intereses. Este punto de vista, de todos modos, no exime a la política interna de los países de hacer un serio análisis y un honesto discernimiento acerca de su performance en orden al cumplimiento de la intransferible misión que ella encarna en la sociedad y en orden al servicio que presta a la sociedad.

En este sentido, la exigencia de una continua hermenéutica del ejercicio de esta en relación a su misión, debería ser una práctica

muy común para poder ir corrigiendo y sanando sus vicios. Sanar la política y corregir sus vicios exige romper paradigmas, terminar con los dueños de las ideas y de las propuestas, y terminar de este modo con los propietarios de los partidos, de las ideologías y con los que se adueñaron del poder. Esto significaría dar por terminado con el ejercicio de la política autorreferencial que arbitrariamente impone las acciones de “lo políticamente correcto” y “lo políticamente instituido”. Tal planteamiento inmoviliza y vuelve a la política sorda, ciega y charlatana, ya que la autorreferencialidad pierde completamente el contacto con la realidad. Así fracasa la política en su intento de transformar la realidad porque no parte del contacto con esta, sino desde esos paradigmas instituidos que no sirven al pueblo, sino que se sirven de él.

De este modo, tenemos el doble discurso político con el bochornoso ejemplo de esa vergonzosa praxis que ellos mismos definen como un discurso sólo “para la gilada”. Una política así está viciada de raíz porque de antemano se define en sus contenidos y en sus formas, y entonces, no interesa si esta tiene que ver con la realidad, ya que lo que importa en verdad es “lo políticamente correcto” y lo que “de todos modos se debe hacer” para salvar, no los intereses del pueblo, sino los de la corporación. Una política así, no tiene compromiso con la ética porque tiene un compromiso sólo consigo misma, ya que sus objetivos están predeterminados a ultranza y para el solo beneficio de ese sector. Todo lo que ella producirá en su modalidad relacional será autorreferencial, inmóvil, fomentando en su discurso y praxis estereotipos de sociedad pretendiendo uniformar la realidad que por naturaleza es diversa y compleja, histórica, social y culturalmente hablando.

La autorreferencialidad tanto en la política como en la religión a veces no resulta tan evidente porque no se manifiesta como totalmente cerrada, ya que da lugar al análisis de la realidad en sí, pero con la premisa preconcebida de que todo análisis y toda

propuesta debe ajustarse a esa visión autorreferencial que se tiene de la realidad.

La solución sería formar nuevas generaciones de dirigentes que con valentía sean capaces de romper paradigmas, de manera tal que la política que encarnen no sea autorreferencial, partidaria e ideológica, sino abierta a la realidad y a sus demandas.

Una política de la escucha estratégica que coloque todos los talentos disponibles al servicio del bien común

6 de noviembre de 2022

Parte III

Si la buena política trata de organizar la esperanza del pueblo para que el amor sea eficaz, entonces “el bien común” será su más alta prioridad. Y aunque todos estamos de acuerdo que “el bien común”, o “bien social” es el bien superior de una comunidad organizada a la hora de gestionar políticas públicas, “el bien común”, choca con intereses sectoriales, corporativos, partidarios e ideológicos que hacen imposible en la práctica poner en la cúspide de las prioridades “el bien común”. Esto sucede porque los intereses sectoriales, corporativos y las mezquindades individuales, se transforman en un serio obstáculo para este. Una política saneada de esto y con una autocompresión animada por el deseo sincero de servir al pueblo, se transforma en una herramienta óptima al servicio del bien común que, cuando se destaca por generosidad y sacrificio, deviene en una verdadera custodia del bien social. De este modo, “*el bien social*”, “perla preciosa” de la política, se hace turbina propulsora del accionar político en beneficio de todo el colectivo social sin excepciones. ¿Es esto una utopía? Ciertamente lo es, pero quienes tenemos fe, hemos aprendido que las utopías son posibles cuando se hace prevalecer el espíritu de bien y de bondad que anida en el corazón de cada hombre y de cada mujer. Ese capital de bien que no dudamos existe en nuestros dirigentes políticos con muy pocas excepciones, y tiene que ver con la rectitud de intención de aquellos que abrazan la política como una vocación y diría hasta como una consagración con un espíritu ciudadano que se dispone a gastar la vida al servicio del pueblo.

Nuestra dirigencia necesita de manera urgente una sincera y verdadera conversión en el ejercicio de la política para trabajar por el bien social más allá de todo otro interés que la pudiera apartar de su vocación de servicio al pueblo. Desde una genuina conversión en esta dirección y en pro del bien común, el dirigente tendría que convencer a su auditorio acerca de ese cambio de actitud ante una ciudadanía cansada, frustrada y desilusionada de la política y de sus funcionarios, desde hace ya mucho tiempo. Es obvio que la política, así como la percibimos los ciudadanos, ha fracasado en su intento de comunicarse con el pueblo y por eso el comportamiento ciudadano a la hora de votar es tan aleatorio y fragmentado. Al no haber claridad en la comunicación del proyecto, los votos van y vienen y el ciudadano está todo el tiempo “probando” a ver si alguna vez le resulta.

El “fenómeno Milei” en la Argentina se comprende perfectamente desde esta perspectiva. Un personaje “histriónico” devenido en dirigente y con un ambiguo perfil político, sin argumentos sólidos, y con un fuerte sesgo diletante, aparece con chances para gobernar el país. Esto parece un disparate, sin embargo, con su propuesta descabellada ha logrado atrapar a desilusionados y desencantados, generando expectativas especialmente en la franja de los más jóvenes que, ingenuamente, creen que un “tira bomba” puede apagar el incendio de nuestro país. De allí que, una política que intente comunicar su proyecto alejada de los vicios de la vieja política, tendrá que hacer un esfuerzo denodado por presentarse y parecer como algo nuevo y sobre todo que el pueblo lo comprenda e interprete como algo nuevo.

El dirigente tendrá que adaptar y esforzarse para que su lenguaje, su actitud y su ejemplo de vida sean creíbles para sus interlocutores. ¿Que esto es un sueño? Sí, es su sueño, pero permítanos soñar a los argentinos en medio de tantas pesadillas. El problema en la comunicación es siempre hacerse comprender, entonces nuestra

dirigencia debe preguntarse honestamente acerca de su forma de comunicarse y hacerse entender por la gente; plantearse con sincera autocrítica acerca de qué es lo que está comunicando y que es lo que están entendiendo sus interlocutores. Un tema clave en la comunicación son las interferencias ya que estas son el fruto de los filtros auditivos, culturales, y mediáticos que distorsionan la comunicación.

La dirigencia debe trabajar sobre esos filtros para hacerse entender y hacer que el pueblo alcance a comprender su mensaje. Claramente si la política no corrige de manera dramática su conducta autorreferencial, continuará manejando los consabidos libretos para seguir sosteniéndose en su status, sin que nada cambie. De este modo el pueblo seguirá sin comprender tales conductas, que son, al fin y al cabo, las causas de la incertidumbre y la ruptura del diálogo en el que vive la sociedad en general.

La política debe darse cuenta que le debe al pueblo una escucha estratégica para que este entienda realmente su mensaje. Esta nueva actitud estratégica supone una conversión mayor, ya que el dirigente se esforzará para que su discurso lo trascienda al mismo como individuo y como representante de un tal o cual partido, para situarlo en el nivel superior de un ejercicio de la política que va más allá del partido de la ideología y del sector. Su discurso dejará de ser retórico e irá acompañado de un escuchar sincero, avalado por el testimonio de su vida. Un discurso estratégico incluye amplitud de visión, es disponible, abierto y con un mensaje unidireccional en relación al bien común que no se negocia en ningún modo con el partido, la ideología, o con el sector. Un ejercicio de la política con estas características no puede no hacerse comprender, resultando en una comunicación eficaz que será activa, en una ida y vuelta entre el pueblo y la dirigencia y al mismo tiempo creativo y trascendente a las personas, las ideologías y los partidos. Dirigentes así, cuya prédica se afiance de manera irrestricta al bien común, estarán todo

el tiempo abiertos a todos los talentos disponibles para el servicio del bien común. De este modo, la política de la escucha estratégica cuyo objetivo único es el bien común, se dispondrá al diálogo con todos sin excepción y con el solo objetivo de poner en juego todas las opciones posibles para la concreción y la eficacia del bien social. Así, una política que escucha con el corazón, y se abre a lo diverso desde una mirada positiva y plural en pro del bien superior que es la comunidad, podrá articular un proyecto de país sobre la base de un consenso, donde no prevalecerá ni la idea ni el proyecto de un sector, sino la síntesis de la pluralidad de ideas transformadas en acuerdos al servicio de todo el conjunto social.

Una dirigencia de pensamiento débil será generadora de una sociedad débil

18 de septiembre de 2022

Parte VI

El pensamiento débil se afianza en una visión estrecha de la realidad y la lectura que surgirá de un pensamiento así, será inevitablemente, parcial, intolerante y clasista. El pensamiento profundo, al contrario, se arraiga en lo pequeño asumiendo que este es el camino que realmente libera al ser humano. En efecto, la aceptación de la fragilidad como componente natural del ser, nos hace abrirnos a los otros que son requeridos como un complemento.

El débil que no asume su vulnerabilidad será arrogante, soberbio y violento, intentando con esto, tapar su inferioridad disfrazada de omnipotencia. Claramente el pensamiento débil, disfrazado de fuerte, volverá débil a las personas y a las sociedades que se destacarán no por la claridad de objetivos, sino por la ambigüedad. Las discusiones y contra discusiones serán su lenguaje y también las acusaciones para echar culpas a los demás sin autocritica. Así, los dirigentes de “pensamiento débil” se volverán fundamentalistas y ciegos, despreciando todo lo diverso a ellos; y todo pensamiento distinto será interpretado como una amenaza a la propia seguridad.

El miedo instintivo a lo diverso será la característica de un dirigente de pensamiento débil y por eso la idea, mirada, y opción ideológica diferente será sistemáticamente rechazada y ridiculizada, justamente para desautorizar y negar como válido lo que más se teme. Negar, ridiculizar, ningunear es la única manera de combatir lo que asusta, y de algún modo es también la herramienta que sostiene el status de seguridad de los inseguros. De allí que el lenguaje del pensamiento débil nunca es propositivo, sino destructivo y toda

propuesta se funda en la negación del otro como posibilidad de bondad o de éxito. Así, todo lo que hagan los otros será malo. En el pensamiento débil, reconocer las virtudes y la grandeza de los otros, supondría mostrarse vulnerable frente al oponente considerado un enemigo. Todo lo del oponente será “vulgar” “inútil”, “mediocre”. Y desde este lugar la conducción adoptará tintes intolerantes con una propaganda que no tendrá escrúpulos a la hora de difamar y bastardear al opositor.

En realidad, el pensamiento débil se denuncia a sí mismo justamente porque no es capaz de argumentar y sostener la propia idea con propuestas constructivas y superadoras, que por ejemplo incluyan las buenas ideas del oponente. Este tipo de pensamiento además de ser débil, resulta pobre porque no puede enriquecerse de la diversidad. Un pensamiento así termina estructurando individuos y sociedades mediocres resultado del pensamiento de una dirigencia que influencia con sus miedos y debilidades a todo el colectivo político, social e institucional. Así, el prejuicio y el miedo a lo diverso, sea este “popular” de “izquierda” o considerado “peligroso”, termina excluyendo artistas, científicos, escritores, pensadores, periodistas, canales de televisión simplemente porque estos no encajan en el discurso dominante de los que manejan el poder real. Acaso sea demasiado tarde cuando nos demos cuenta de todos aquellos desprecios, ninguneos, y discriminaciones que aniquilaron a los más encumbrados promotores una Argentina mejor. Triste consecuencia de las opiniones colectivas armadas en los laboratorios mediáticos de información que se pasan refregando día y noche a la población noticias, para que de manera morbosa, toda una nación sea sumergida en la nada. De este modo, la vitalidad y creatividad de un pueblo es apagado por medio del bombardeo continuo de mensajes de insatisfacción y pesimismo en relación a todo lo que tenga que ver con conciencia social y organización de la comunidad.

La estructura de poder dominante combate con ferocidad todo lo que tenga que ver con acompañamiento a la organización de los humildes y todo lo que procure la realización de la propia identidad cultural con memoria y fidelidad a nuestras raíces ancestrales. Los ataques a esas búsquedas se catalogarán como fracasos históricos y no como el legítimo intento de la búsqueda de un pueblo en el esfuerzo por construir una identidad de patria y de nación.

Los cultores del odio y del enfrentamiento harán de todo hasta ejercer violencia para frenar esos procesos, y no lo harán por amor patrio, sino sólo por interés mezquino de la clase social, postura ideológica, o sector político al que pertenece. Esa perversa mezquindad hunde sus raíces en el odio social hacia los miserables y las clases populares a quienes desde esa perspectiva segregacionista y clasista, consideraron siempre sin decirlo, ciudadanos de segunda clase. Como también son los dueños de los medios corporativos de información, sin ningún escrúpulo y código ético, manipulan la noticia hasta crear en la opinión colectiva enemigos y traidores de la patria elaborados sobre la base de informaciones falsas.

El ciclo se cerrará de manera perfecta cuando se logre un alto consenso social contra las reivindicaciones populares y contra todo intento de búsqueda de la propia identidad. Así, somos despojados de nuestra identidad cultural más fiel que tiene que ver con Atahualpa, Juana Azurduy, Belgrano, San Martín y Moreno, sólo para mencionar algunos. Los cultores de la identidad prestada estarán todo el tiempo mirando hacia afuera y proponiéndonos una identidad artificial e importada. Nuestra historia está marcada desde siempre por ese “síndrome de malinche” que, como enamoramiento enfermizo por sus usurpadores, tiene un sector social de la Argentina. La idea que subyace a esta mentalidad colonial es “me salvo solo y el resto que reviente”. Hay un sector social que tiene arraigado en su ADN esta idea y por eso adoptan un comportamiento que a todas luces parece incomprensible. Esta contraposición entre la identidad

de un pueblo y los intereses privados han sido, son y serán la causa real de la grieta en la Argentina.

Tenemos en claro, sin embargo, que la clave luminosa de los éxitos históricos no se gestó nunca en los centros de poder, sino más bien en la revuelta de los pobres que en un momento dado deciden torcer sus destinos en pro de la conquista de su dignidad y libertad. Desde este lugar la mesa se ensancha, ya que los pobres de la historia siempre nos enseñaron que la comida es tanto más comida cuando se comparte y así todo en la vida; el dolor es menos dolor cuando nos acompañamos; la injusticia menos injusticia cuando peleamos juntos y la lucha por los derechos, la dignidad y la libertad es más fuerte cuando se transforma en la causa común de todos. El genuino amor social siempre construye nunca destruye, y jamás excluye, sino que incluye. *¿Podremos convivir algún día en la Argentina sobre la base de una construcción social con una identidad profunda de patria? ¿Podremos superar la tentación facilista de adoptar una identidad artificial y maquillada que nos condene irremediabilmente a nunca ser patria, sino colonia para siempre?*

Si el último resguardo de la legalidad que garantiza justicia a los ciudadanos argentinos está bajo sospecha, la sensación de indefensión es inconmensurable

Noviembre de 2022

Confieso que escuchar a una ciudadana argentina, por más que sea vicepresidente, exhibiendo pruebas con nombres y apellidos de jueces, funcionarios y periodistas, armando una defensa que pretendía ocultar un bochornoso viaje pagado por un adinerado señor británico, y que la ciudadana definía como “mafia mediática y judicial”, me dejó consternado y con la sensación de la más absoluta indefensión en relación a la justicia.

Este viaje existió porque fue confirmado por los mismos protagonistas y los chats (conversaciones entre ellos tratando de salvarse) también existen, por lo que es lícito sospechar que se ha cometido un delito. La consternación es inmensa, cuando se cae en la cuenta que el flagrante delito fue cometido justamente por aquellos que se supone deben salvaguardarnos de ello. Tamaño escándalo anula cualquier tipo de discusión o argumento que pretenda explicar o justificar tales expresiones, opiniones y diálogos vertidas en esas conversaciones porque se trata de funcionarios aún en ejercicio y jueces de alto rango de los que uno esperaría un mínimo de idoneidad. Tan burdo es todo que resulta increíble, pero el hecho irrefutable es que el viaje existió y esas conversaciones existen, y entonces, los ciudadanos tenemos derecho a preguntarnos ¿cómo seguimos?

Es cierto que un juez corrupto no expresa a todos los jueces y muchos menos a toda la justicia, pero cuando los diálogos manifiestan claramente un “*modus operandi*” que claramente se encuadra en un sistema mafioso, la preocupación y la sensación de estar totalmente vulnerables en cuanto a nuestros derechos, está fuera de discusión.

Los cientos de debates, puntos de vista y refutaciones que se harán no alcanzan para superar la sensación de que nos han quitado para siempre la posibilidad de creer en la justicia. Cuando la justicia se tiñe de la sospecha de lo preconcebido, entramos a un cono de sombras del que será muy difícil regresar. La justicia que en sí misma debería garantizar el equilibrio perfecto de las fuerzas y los vínculos que interactúan en la convivencia social, será vista por el conjunto social desde ese paradigma oscuro que nos deja el escándalo en el que, aparentemente, la corrupción extrema ha convertido a la justicia en un heraldo de la injusticia.

Que la justicia no sea nuestro resguardo, sino el oscuro pasillo y el personaje que manipula la guillotina y el cadalso es sencillamente casi insoportable. Nos coloca frente a la sospecha real de que no hay en ella defensa de la verdad, sino sólo ambiciones y pasiones; no hay objetividad, sólo hay vehemencia y negocios; no hay alegatos que honren la verdad buscando la justicia ni respuestas o defensas desde el argumento de la verdad, sino crispación y mentiras, y asusta decirlo, pero si esto es así, la verdad en la justicia argentina ha muerto. Y entonces lo que prevalece, según lo que vemos y escuchamos atónitos los ciudadanos, es la mafia, la corporación y el lobby. Es legítimo, entonces, sospechar que un conspiracionismo corporativo fuertemente ideológico por intereses sectoriales y económicos de privilegio se ha desarrollado y vuelto omnipotente e impune en la Argentina. El mismo que puso en duda la letalidad del coronavirus, “aduciendo que en verdad fue un plan orquestado por el Gobierno para mantener a los ciudadanos encerrados en sus casas, impedir la libertad republicana y aumentar el control sobre la población. Son los mismos que dijeron y que siguen diciendo que las escuelas se cerraron por dos años para evitar la circulación de saberes que permitirían iluminar a la población y así evitar la malignidad que conlleva el populismo. Y es el mismo conspiracionismo que aprieta y pone bajo seria sospecha hoy en la Argentina el accionar de la Justicia.

Ha existido un viaje y se han revelado conversaciones de jueces, funcionarios y personajes muy oscuros vinculados a los medios corporativos de información tratando de armar su defensa en relación a un fin de semana pagado por un usurpador de nuestros territorios soberanos, bajo la venia de esa justicia corrupta. Con todo ello y los cientos de ejemplos de absoluto irrespeto del Poder Judicial al marco democrático ¿no tenemos los ciudadanos de bien, el derecho a sospechar que el Poder Judicial es en verdad un Partido Judicial que arrincona a dirigentes de la política que, ¡oh sorpresa!, son justamente los mismos que buscan la reforma judicial para volverlo más democrático y los mismo que abogan por una ley de medios que termine con esas corporaciones mediáticas que ejercen el poder real en nuestro país? ¿No es acaso evidente el impulso de causas que no están basadas en pruebas contrastables, sino en puras ideologías? Esta es la misma conspiración mediática y judicial que niega la injusticia abominable que cometieron con el presidente Lula que fue encarcelado en un juicio armado y liberado cuando se demostró de manera categórica la farsa; la misma que niega que una presidente en funciones, como Dilma, fue expulsada del cargo también de Brasil con una causa inventada.

Esta corporación mediática y judicial niega sistemáticamente que, el caso Lula y Dilma y del expresidente Correa en el Ecuador, sean parte de un plan cuyo objetivo final fue encarcelarlos a cualquier precio por el sólo hecho de tener el estigma de ser dirigentes populares. Lo más grave de todo es que estas prácticas de calibre antidemocrático se hacen en un supuesto marco legal justamente armado y avalado por uno de los poderes del Estado que se ha transformado en un partido político, que ejerce el poder sólo al servicio de esa elite infame y al que el pueblo y la democracia le importan muy poco. El poder real en la Argentina, constituido en corporación, aun ante la innegable evidencia del control absoluto que tiene, buscará sostenerse como sea, mintiendo y comprándolo

todo, aunque eso signifique la destrucción de la república.

Irónicamente, la misma herramienta que ellos utilizan para ejercer ese “poder real”, la endilgarán a sus enemigos más acérrimos, los líderes populares, afirmando que estos para “zafar” de “la justicia”, recurrirán a **“complots imaginarios** bordeando la paranoia y denunciando persecución social e ideológica”. Llenarán páginas de diarios y de noticieros, todos comprados por ellos, para convencer a la población del fanatismo enfermizo de los líderes populares y sus **“teorías de conspiración”, aduciendo que estas son sólo artimañas para** defenderse de la “reserva moral de la patria” representada por ellos “los impolutos”, que parecen tales, justamente, porque tienen el control absoluto de la justicia y de los medios en este país. Y el libreto que seguirá será muy simple, eficaz y al mismo tiempo muy letal. Martillarán hasta el cansancio en “sus medios”, que tales **dirigentes carismáticos le hablan a un grupo de convencidos**, “manipulando la verdad, usando el poder de los símbolos, de la oratoria, de las imágenes y de las nuevas redes sociales para su propio beneficio”. “Son políticos —dirán— que promueven la relación directa con su público y se presentan como representantes de un “gobierno del pueblo para el pueblo”. Con argumentos intelectuales presentados de manera muy estética para fundamentar sus discursos “muy bien pagados”, concluirán afirmando que “es hora de tomar muy en serio a estas minorías intensas, que hasta hace poco parecían grupos de marginales, pero que hoy se organizan a nivel internacional, ocupando posiciones de poder sin que el sistema político (o sea ellos, el poder real) encuentre los anticuerpos para combatirlos”.

Esta postura no es distinta de aquella que en la “Argentina de la dictadura” decidió suprimir a estas “minorías intensas” matando a miles. Hoy ya no pueden hacer eso, pero sí pueden armar un “partido judicial” y ampararse en una justicia inmoral para perseguir, proscribir y encarcelar a los que tienen el coraje de desenmascarar la perversión de ese “poder real” en su estado más puro.

Razón y fin de la política para la felicidad del pueblo

13 de noviembre de 2022

Una política que no escucha con el corazón, tiene un comportamiento autorreferencial y es ciega y sorda al reclamo de la realidad, claramente no está cumpliendo con la razón de ser de su vocación que es servir al pueblo. Si además la política tiene dificultades para producir un discurso y un diálogo estratégico con el pueblo y, de este modo, elaborar un contrato social que realmente articule una transformación que signifique un mejoramiento en las condiciones de vida de los ciudadanos, podríamos decir que la política como tal ha fracasado en su cometido fundamental que es organizar a la sociedad para que progrese humana, social y culturalmente. En efecto, se transforma en una estructura ineficiente que no es capaz de poner en juego todas las fuerzas, dones y talentos al servicio del bien común, aun cuando estos no coincidan ideológicamente con los postulados partidarios y sectoriales de quien participa en política. De allí que la razón y el fin de la política y la fidelidad a su vocación tienen que ver con procurar la felicidad del pueblo, y para eso, se necesitan actores políticos con grandeza de alma y una amplitud de pensamiento que les permita tener una visión preclara de lo necesario, lo relativo y lo esencial para cumplir con los altos objetivos que demanda la función pública.

Cuando decimos que necesitamos “políticos de raza”, pretendemos decir que esperamos de ellos una conciencia moral del legado ilustre que enarbolan. Un actor político sin conexión con su historia y sus próceres estará limitado en su comprensión del todo, porque es justamente la inteligente comprensión de los procesos históricos que están marcados por los liderazgos en el tiempo, lo que explica el presente y puede abrirnos de una manera más eficiente hacia el futuro.

La conciencia y responsabilidad histórica en un actor político, situado objetivamente en el presente, puede conectarlo a la realidad desde una perspectiva más dinámica y plural, en el sentido que de cara al presente y con conciencia histórica, las doctrinas partidarias no serán paradigmas inflexibles que ignoren los nuevos desafíos, sino más bien posibilidad de continuas hermenéuticas que renueven no solamente a la política, sino a los nuevos cuadros que se van sucediendo o en el tiempo. Pero esto no será posible si la política no se esfuerza por producir esta doble escucha que tiene que ver con el pasado y con el presente.

Los dirigentes y partidos políticos deben hacer un severo examen de conciencia, acerca de la formación de sus cuadros políticos que muy comúnmente emergen por generación espontánea o por designación de caciques, o por el solo hecho de portar un apellido. Un actor político no se designa, sino que se forma en primer lugar para garantizar un servicio cualificado y eficiente en la función pública que demandará no solo buenos deseos o carisma, sino cerebro, capacitación y honestidad intelectual y moral para el servicio público. Normalmente, un dirigente capacitado tiene también una amplitud de visión que le permite además ser un hombre o una mujer de diálogo, la academia da recursos para dialogar sin prejuicios, sin complejos y sin fundamentalismos que son más bien patrimonio de la ignorancia y la improvisación.

El diálogo debe ser el perfil característico de un actor político, que no sólo dialoga con el pueblo, sino también con la cultura, la ciencia, las expresiones religiosas y con todo lo inherente al factor humano al que pretende servir. Por eso, su perspectiva es amplia como amplio es todo lo humano y sus variadas y multifacéticas perspectivas. En ningún modo los posicionamientos ideológicos o partidarios deberían ser un obstáculo para el diálogo ya que justamente una de las definiciones de la política es también el arte de lo posible, esto significa que allí donde hay una dificultad o

imposibilidad, la política debería ser la instancia de resolución. La ruptura del diálogo político y social en la Argentina nos sigue haciendo mucho daño y la ciudadanía contempla, en muchos casos azorada, esta discapacidad endémica en nuestra clase política para sentarse a la mesa del diálogo. Parecieran no darse cuenta, o bien por oscuras razones que la ciudadanía desconoce, que no quieren consensuar, ni acordar, desperdiciando de este modo la estrategia más eficaz de intervención en la realidad para transformarla: el diálogo, el acuerdo y el consenso en pro del bien superior que es la comunidad nacional.

El diálogo con todos y entre todos, por más antagónicos que parezcan los posicionamientos ideológicos, es la única garantía de una lectura integral y no fraccionada de la realidad. De esta manera, el inteligente método que afirma que el todo es superior a la parte, que el tiempo es superior al espacio y que la realidad supera a las ideas, pudieran convertirse en un mecanismo superador que rescate a la política de la mediocre performance que desde hace mucho tiempo padecemos en nuestro país.

La práctica de la política en la República Argentina se caracteriza por particularizaciones ideológicas y de liderazgos que se imponen no desde la mirada amplia y plural, sino desde la visión estrecha y mezquina de los fundamentalismos de una dirigencia política inmadura, indigna y en muchos casos infame. Parecieran no tener conciencia que, como individuos, cada uno de ellos es parte de un proceso que, aunque individual, se articula en un todo dinámico, todos unidos intrínsecamente entre sí, y por eso necesitados los unos de los otros.

La exacerbación del conflicto como herramienta política desvirtúa completamente todo lo anteriormente expresado y esto, lamentablemente, es una práctica demasiado arraigada en este país. Los conflictos que son fruto de las ideas se imponen a la realidad

cuando en verdad, si es cierto que la realidad es superior a la idea, este debería ser el método que nos ayude a salir del embrollo en que nos encontramos desde hacemuchos tiempo.

La dirigencia en general, y prácticamente todo el estamento social vive atrapada en un conflicto de ideas que ha superado ampliamente una realidad que demanda soluciones urgentes ante la perspectiva de un colapso inminente. Política como escucha con el corazón superando la autorreferencialidad ciega y sorda para poder dialogar sobre la base de propuestas estratégicas involucrando a todos en la búsqueda de la solución parece ser el único camino que nos rescate de todos nuestros males.

La escucha y el discernimiento: métodos imprescindibles en política para la resolución de conflictos

21 de noviembre de 2022

Los ciudadanos tenemos la impresión en estos tiempos que la característica más destacada de nuestra dirigencia es la improvisación y la torpeza que se manifiesta como una visible dificultad para escuchar y responder eficazmente a las demandas del pueblo. Del mismo modo, nuestra dirigencia tiene una seria dificultad para escucharse entre sí, como pares, tanto en el oficialismo como en la oposición. En efecto, ellos no se consideran entre sí oponentes, en el sentido de la mirada distinta que tienen sobre la realidad, sino directamente se ven como enemigos a los que hay que destruir como sea. Este posicionamiento irracional en el que el buen discernimiento brilla por su ausencia, no pocas veces deja perpleja a la ciudadanía al punto de no poder creer las barbaridades que dicen y hacen no pocos de ellos.

El nivel de sus discursos es tan básico y tan mediocre que el pueblo sabe de memoria sus libretos y esto los lleva legítimamente a sospechar: o son estúpidos, o consideran estúpida a la población. Una dirigencia con tan poca reflexión y con escasa capacidad de escucha para el discernimiento, nos provoca a invitarles para que por favor vuelvan al sano ejercicio de la escucha no desde ideas preconcebidas y ya definidas en libretos, sino desde una escucha sincera que conduzca a un diálogo verdadero para un genuino discernimiento integral de la realidad. Antes, será necesario una conversión en la dirigencia hacia una “mirada de mayor amor” sobre la realidad en la que pretenden intervenir. Esto supone renunciar a la tentación facilista de la mirada analítica fundada sólo en las ideas y no en la realidad misma, y abandonar para siempre los libretos que atan a la dirigencia a paradigmas inflexibles en el que ni ellos mismos

creen, pero que deben sostener para mantenerse en esa zona de confort. Se trata de escuchar la realidad y a los otros, sin prejuicios, sin posicionamientos conceptuales inflexibles, asumiendo el riesgo de las rupturas con tradiciones, legados y paradigmas anquilosados, que son siempre un obstáculo para las nuevas síntesis.

Suspender el juicio y la idea en el momento en que se dispone a la escucha, para que el otro, (la realidad, el oponente) realmente interpele desde su propia perspectiva los propios puntos de vista. A esto llamamos una escucha desde la mirada del amor, ya que supone suspender la cabeza, para darle lugar al corazón, que es el único modo en que podremos escuchar el hondo llamado de ese amor que nos convoca a todos. El amor en efecto, no nos cierra, sino que nos abre, el amor no reclama, sino que propone, y el amor continuamente se resiste a la fragmentación y está todo el tiempo trabajando por la unidad. Este ejercicio de la escucha desde la mirada del amor para discernir la realidad en orden a su transformación, compromete al sujeto escuchante y dialogante porque amar supone adentrarnos en esa realidad para acogerla en positivo intentando todas las formas y caminos posibles para que prevalezca en esa escucha el amor y la verdad. Esto es sumamente exigente, porque quien ama, debe estar dispuesto a renunciar a cualquier pretensión individual en pro del bien superior que es el bien de todo el colectivo social. Todo lo contrario, al fundamentalismo ideológico y sectorial que lo único que pretende es cumplir con objetivos predeterminados de manera unidireccional. Al revés, de cara a ese bien social, como valor primario, fruto del amor con el que interactuamos en la realidad, todo se ordena en virtud a ese valor, que hace que dejemos atrás las aspiraciones personales e ideológicas, y todo otro factor que pudiera polarizar la fuerza motora para responder de manera eficiente a las demandas del pueblo.

Una escucha de estas características hará prevalecer el diálogo antes que el análisis; el amor antes que el prejuicio, y el bien del

colectivo social antes que la idea y los libretos personales o sectoriales. El amor, en efecto, nos permite entrar en el dolor del pueblo y allí la mirada fría del cálculo o de la estrategia muere ante la realidad de devastación de la esperanza perdida por los miles de corazones rotos. El fundamentalismo en las ideas nos vuelve inhumanos y es lo que percibimos tantas veces en nuestra dirigencia; sujetos que no parecieran reaccionar frente al dolor del pueblo, casi como si ellos mismos no fueran humanos. Y cuando el dolor del pueblo ya no conmueve, se ha llegado al grado más alto de corrupción de la que será difícil volver porque significa que ese ser humano se ha quedado sin alma. Cuando el alma se ha corrompido hasta ese grado de deshonestidad, se miente, se roba, y se utilizan todos los medios posibles para la satisfacción perversa de las ambiciones personales y enfermizas de un sujeto político que se ha convertido en un parásito social. Escuchar desde la mirada del amor para discernir la realidad e intervenir en ella, no será posible entonces sin una espiritualidad de compromiso absoluto con el pueblo pobre que sufre.

Una acción política, ideológica, o de posición social que estigmatice a los pobres es la expresión más vergonzosa e infame del accionar político. Esto significa que ella se ha quedado sin corazón. En efecto, no sentir el dolor del otro y transformar la injusticia, el sufrimiento y la violación de derechos en discursos y tema de análisis, números, estadísticas, votos, o costos, es, en política, un acto deleznable porque justamente niega la razón misma de ser de la política que se supone existe para responder debidamente las demandas del pueblo y satisfacerlas.

En síntesis, intervenir integralmente en la realidad y no sólo de manera fragmentada pasa por hacer este ejercicio de la escucha desde la mirada del amor para poder transformarla. Escucharnos de este modo demanda un cambio de mentalidad, en el que el eje de la intervención sobre la realidad, será justamente cambiar el corazón, que de mezquino y estrecho se ensancha para transformarse en plural y magnánimo.

En un corazón alargado entran todos, nadie queda excluido de sus deseos e intenciones, y por eso, necesitamos que nuestra dirigencia dé este giro, vale decir, que se escuchen a sí mismos y al pueblo desde la mirada de un amor que incluye. La transformación del pensamiento sobre la base de una conversión a la escucha para discernir la realidad terminará incidiendo eficazmente en esta. La escucha abierta y el diálogo con lo diverso pueden llegar a una captación integral de la realidad, y es probable que sólo este ejercicio de la escucha desde la mirada del amor, realmente logre un discernimiento mucho más objetivo y completo porque el amor incluye, jamás excluye y también porque es con el compromiso y la participación de todos que podremos resolver nuestros más hondos conflictos.

El ejercicio de una sana política para que volvamos a soñar juntos, organizarnos, y resolver nuestros problemas juntos

27 de noviembre de 2022

La escucha para discernir ha sido desde siempre el comportamiento humano a la hora de tomar decisiones importantes. Nos encontramos en una coyuntura histórica en la que escuchar para discernir y tomar decisiones parece imprescindible. La actitud en esta escucha tiene que ser abierta a todas las lecturas posibles sin posicionamientos a priori fundados en ideas o paradigmas preconcebidos.

Se tratará de escuchar el clamor de la realidad, el dolor del pueblo, y escuchar por sobre todas las cosas con un sentido histórico y moral los signos, que, en política, nos está dando el tiempo. Estos signos son claros; habrá que ser muy ciegos para no verlos porque tienen que ver con la realidad cotidiana. No necesitan de tantas discusiones y de tantas estadísticas. Una escucha que parta desde esta apertura nunca será impositiva, sino participativa y propositiva y en orden a la urgencia de una respuesta eficaz hacia esa realidad que es escuchada.

En este sentido, aquí la escucha se transforma en un encuentro, no para discutir ideas, sino para ver la realidad. Normalmente, cuando se parte de las ideas y no de la realidad, la conversación se complica y se torna conflictiva porque el argumento se basa en hechos que los interlocutores no ven ni entienden, pero la realidad se ve y se explica a sí misma. La pobreza, por ejemplo, no requiere explicación porque es denunciada categóricamente por los miles de rostros que nos miran todos los días vaciados de derechos, futuro y dignidad y que nos reclaman acciones urgentes. ¿Qué discurso se puede hacer ante el hambre, la falta de trabajo y de las posibilidades

de vivir dignamente como seres humanos? Podemos tener múltiples miradas sobre la realidad, pero todos estamos de acuerdo en que hay que intervenir y de manera urgente si la vocación política no es genuina y con el objetivo de servir a la gente.

En la emergencia de un enfermo grave no debatimos para ver qué es lo que tiene, sino que lo llevamos urgentemente al hospital para salvarlo, del mismo modo, una sociedad enferma y en riesgo de muerte no está urgida de debates, sino de atención urgente para resolver el problema.

Los ciudadanos tenemos la impresión de que nuestra dirigencia se va por las ramas, perdiéndose en debates y polémicas estériles mientras el pueblo sufre las causas de esa inoperancia e incapacidad para resolverles los problemas más básicos que tienen que ver con la seguridad social y la seguridad alimentaria; todo lo demás es relato, venga del lado que venga.

Instamos a la dirigencia política a un diálogo encarado desde esta perspectiva de escucha para discernir la realidad real de un pueblo que está al límite de sus capacidades para responder y satisfacer sus necesidades más básicas. Este camino exige que todos los dirigentes se sienten a la mesa del diálogo y dejen de hacer campaña; supone una respuesta moral a la altura de las circunstancias. Es imperativo por tanto que se sienten a mirar la realidad no sólo para discutir sobre ella. Necesitamos que la dirigencia se haga cargo de la realidad. El dato sobre quiénes son los responsables de la debacle es irrelevante en esta hora, lo relevante es que el pueblo está necesitado, tiene hambre de trabajo, de justicia y de dignidad.

Un dirigente tiene que tener muy chico el corazón para no conmovirse ante la realidad que interpela, especialmente cuando se tiene responsabilidades de liderazgo y de conducción. La gente en verdad ya está cansada de palabras y lo que espera es que la política intervenga sobre la dolorosa realidad de sus carencias.

Mirar al otro y hacerse cargo del otro para un dirigente es un mandato moral y por eso la política no es sólo una función, sino y sobre todo, una vocación de servicio que de algún modo hace que el dirigente inole sus intereses personales, sectoriales y de clase, en pro del bien común que es la comunidad a la que pretende servir. Es claro que en este proceso de escucha para discernir e intervenir eficazmente en la realidad, los actores de ese ejercicio, deben sanar un montón de heridas y de prejuicios de ideas preconcebidas que los obligara a liberarse de paradigmas, de patrones, y de todos aquellos que se consideran dueños del poder, del partido, de la política y de la verdad. Los heraldos de la nueva política tendrán que salir de ese mundo de cerrazón y de modelos repetitivos de accionar político y de liderazgos para interrogarse honestamente lo que la historia les está diciendo y reclamando en este tiempo.

Si verdaderamente el dirigente quiere hacer historia, debe dar este paso: romper con esa estructura anquilosada que lo hace esclavo de un sistema y que también sirve para esclavizar al pueblo. De cara al presente y a la historia, el dirigente debe interrogarse seriamente acerca de la orientación que pretende darle a su servicio y tiene sólo dos caminos: atar las banderas de sus más altos ideales al carro de un estilo político que está agotado, o levantarlas en el sentido y el lugar justo que le reclama este tiempo, esta realidad y esta gente.

Este tiempo reclama imperativamente un cambio de mentalidad en la dirigencia, vale decir, una actitud superadora que no se acomode a lo instituido, ya que se impone una construcción política en diálogo abierto, plural, integral, consensuado y librado de todo prejuicio ideológico, social, partidario, de cara sólo a los signos del tiempo presente. Esto demandará una inmensa capacidad de escucha en el ejercicio del diálogo político que hoy, lamentablemente, no existe en la Argentina: escuchar al pueblo, escucharse entre sí como dirigencia, escuchar la historia. Un diálogo y una escucha que parta de experiencias que se pueden discernir, y no sobre la base de las

ideas que lo único que procuran son conflictos. En síntesis, volver a aprender a caminar juntos, reunirnos de nuevo en asambleas participando activamente todos, para volver a soñar juntos, a organizarnos juntos y a resolver nuestros problemas juntos.

La necesidad del diálogo político y social como instancia superadora de nuestros conflictos

14 de noviembre de 2022

La fragmentación social evidente que existe en la Argentina, definida también como grieta, pone de relieve la urgencia que tenemos como sociedad y como dirigencia de sentarnos a la mesa del diálogo. La base del diálogo se afianza en la verdad y es obviamente imposible hacerlo desde la mentira.

El diálogo político y social en la Argentina está viciado de raíz porque no está guiado ni orientado hacia la verdad que es la realidad, sino que especialmente en la dirigencia, está guiado por intereses espurios, personales y sectoriales que minan por mezquinad y torpeza de visión republicana la posibilidad del encuentro en una mesa amplia para proyectar todos juntos el país que queremos. Así, desde hace décadas, este país se encuentra a la deriva, sin proyectos, sin diálogo y sin acuerdos que posibiliten una salida digna a una crisis política, económica y social que cada vez se hace más insoportable.

La ciudadanía exige a la dirigencia abrirse al diálogo para lograr el necesario contrato social que en primer lugar debe darse en la dirigencia. El cansancio y el descrédito que existe hoy en relación a la clase política entre los ciudadanos es tal porque muy pocos de ellos son creíbles. Lo que emerge de sus actitudes, discursos y palabras no expresan grandeza moral, conciencia republicana ni responsabilidad histórica. Nos dan la impresión de improvisación en la mayoría de los casos, como resultado de una cerrazón de visión, que se cierra al debate y al diálogo que desde el encuentro con la verdad, podría abrir caminos de resolución para los graves problemas que afrontamos los argentinos.

La crisis política, económica y social, más que nunca, pone en evidencia la necesidad de una mesa de diálogo que vaya más allá de los aspectos específicos de la situación particular de crisis económica y social, que se abra de una vez por todas al amplio y gran debate político y social del proyecto de país que nos debemos, sin mentiras, con honestidad y sin mezquindades. Esta es la necesidad superior que la torpeza de la dirigencia política ignora y esquiva, la necesidad de fortalecer la república y la comunidad para responder a las demandas de los millones de argentinos que viven en la incertidumbre, justamente como consecuencia de la pelea y el diálogo roto que existe en la dirigencia argentina.

Vivir en democracia nos ha costado mártires y es justamente la memoria activa de aquellos que dieron la vida por un Estado democrático en libertad lo que debería inspirar y desafiar a la dirigencia del presente. Nuestra democracia con todas las garantías activas, no será tal hasta que sigan existiendo sectores de poder que en base a “arreglos infames” de “índole corporativa”, sigan sometiendo a los parlamentos, y condicionando el gobierno de quienes han sido elegidos por la voluntad popular.

En pro de los intereses del sector, la corporación es profundamente antidemocrática y prevalece en la república y hay que darles nombre propio a estas corporaciones, ya que la Argentina en verdad no es gestionada por la democracia, sino por la corporación política, judicial y mediática. Todo el tiempo la democracia está amenazada. Cuando cualquiera de los poderes del Estado son intocables por cualquier razón que fuere y se escuden en “leyes de autoprotección” a ultranza en beneficio de su propio estatus, suprimiendo la participación democrática en las decisiones que son vitales para el funcionamiento de la república, esa democracia y esa república ya no son sustentables. Cuando un parlamento funciona desde el *lobby* parlamentario, y un presidente claramente no expresa en su función e investidura

la autonomía y la autoridad máxima en el poder de decisiones, la democracia está debilitada y ni hablemos si su práctica se funda en decretos.

Un capítulo aparte, dramático en la Argentina y que expresa un claro deterioro en el ejercicio democrático es el funcionamiento de la justicia que, en nuestro caso, más que ser el último refugio de la legalidad y la juridicidad de la república, expresa exactamente lo contrario. Este es el contexto de absoluta indefensión de parte del Estado en el que vivimos los ciudadanos argentinos y que hace que el diálogo se vuelva imperativo para la eficacia de la gobernabilidad, ya que es lo único que podría garantizar la confianza pública y el apoyo a las instituciones democráticas. Cuando los problemas políticos y sociales son apremiantes, es todo el conjunto institucional el que tiene que acordar para efectivizar y, en muchos casos, hasta salvar la democracia. “Las elecciones no implican democracia y pueden ser manipuladas por sectores corporativos de poder económico y mediático para hacer que incluso el pueblo vote ingenuamente en contra de sus propios intereses u opine tantas otras, de manera increíble en contra de su propia dignidad y de sus propios derechos. Así, en América Latina aprendimos que aunque “en un principio, se considera que llevar a cabo elecciones relativamente justas y libres conduce naturalmente al surgimiento gradual de instituciones democráticas y a la consolidación progresiva de la cultura democrática”, sin embargo, las condiciones en algunos de nuestros países, nos obligaron a reconocer que “en ambientes políticos sumamente cambiantes y volátiles, los procesos de democratización adoptan, con mucha frecuencia, caminos irregulares, impredecibles con el surgimiento de fenómenos antidemocráticos extremos, avalados increíblemente por la dirigencia y por el pueblo, como es el caso de la flagrante persecución política de los líderes populares, su encarcelamiento y hasta los intentos de magnicidios, todo,

vergonzosamente, en un supuesto “marco democrático” .

El diálogo político y social es la única herramienta en el proceso de democratización para enfrentar el desafío de establecerlas como genuinas democracias, tanto en su esencia como en sus formas. Sólo los argentinos podemos crear el ambiente necesario para el diálogo, la solución no llegará desde afuera; somos nosotros los que tenemos que sentarnos a dialogar y ponernos de acuerdo. Y es la dirigencia la primera que tiene que crear ese espacio de sinceridad de confianza y de verdad o no saldremos jamás del brete en el que nos encontramos.

Tenemos que encontrar caminos de encuentro que nos ayuden a ser capaces como sociedad individual y colectiva a abordar las raíces subyacentes que generan el conflicto, y una de ellas y fundamental es la pobreza, la desigualdad social y los patrones de discriminación y exclusión social fuertes, que aún perviven en nuestro país. La tensión y la actitud discriminatoria que existe entre el centro del país, el norte y el sur deben terminarse. La dicotomía entre centralismo y federalismo debe concluir. El diálogo debe concluir en un único proyecto, donde todos nos sintamos parte de un solo país. Nada de esto será posible sin la sinceridad de propósitos de los partidos, de cada uno de los dirigentes y de cada uno de los sectores que componen la vida nacional. El único y verdadero diálogo político y social posible para superar nuestros conflictos es aquel que debe gestarse y nacer desde la verdad.

Tamaño ejemplo de una sociedad de fútbol que ha trabajado en equipo para el éxito y la felicidad de todos

1 de enero de 2023

Luego de haber sido ganadores de la copa mundial de fútbol, valgan algunas reflexiones que nos ayuden a aprovechar las lecciones que nos ha dejado tan emocionante experiencia. En primer lugar, la reflexión y acaso las preguntas que nos debemos después de haber vivido esta experiencia son: ¿Cómo es posible que los argentinos seamos capaces de unirnos detrás del sueño de una conquista deportiva y nos cueste tanto unirnos para la conquista más importante que es lograr eso que vivimos en el mundial, una patria unida, fraterna y solidaria? En todo el tiempo que duró el campeonato fuimos un bloque compacto, una sola mente, una sola alma y un solo corazón. Todos sin excepción detrás del sueño más grande que era conquistar la tercera copa mundial de fútbol en la lejana Catar. Todos los argentinos vivimos cada partido con el mismo amor patrio y con una unidad y comunión de ese deseo nacional indivisible. Y ni hablar de quienes fueron los heraldos de la conquista; como nunca, pareciera que cada jugador de la selección llevaba en carne propia el sueño de todos y lo demostraba en cada pase, en cada jugada, en cada tramo de cada partido que siempre fue “a matar o morir”.

La leyenda que queda para la historia, plasmada sobre el avión que traía a los héroes con la copa, sintetizaba la epopeya lograda: *Un equipo, un sueño, un país*. Eso fuimos durante todo el desarrollo de la copa mundial: *Un solo equipo, un solo sueño y un solo país*. Nuestros jugadores dieron ejemplo de eso y ojalá nos sirva de inspiración a partir de ahora la lección que nos deja tamaña entrega y tamaño esfuerzo. Cada uno de ellos dio ejemplo de humildad, de compromiso y de un genuino trabajo de equipo. Liderados por un genio del

fútbol, llamado Leonel Messi, lo dieron todo para conseguir la copa, que, por supuesto para todos nosotros y para ellos es mucho más que un símbolo deportivo, ya que la copa como tal representa la sed de grandeza, éxito y reconocimiento universal que tenemos como nación. Es indudable que a escala global la copa mundial de fútbol expresa algo mucho más profundo que sólo lo deportivo, expresa la sed innata hacia la unidad que tenemos los seres humanos. En efecto, lo que nos caracteriza y define como humanos es que vivimos en comunidad y, desde esa vivencia comunitaria, nos resulta natural construir entre nosotros lazos que nos diferencian y caracterizan con una identidad propia.

Desde esos valores y desde esos símbolos que nos unen, nos proyectamos hacia esos altos ideales que nos dan una identidad como pueblo y cuyas características nos destacan y distinguen. Ningún pueblo se parece a otro; somos por historia y tradiciones el resultado de herencias ancestrales que nos configuran como lo que somos y es justamente desde ese núcleo de valores y símbolos que emerge el perfil de un pueblo que se mantiene unido, desde ese núcleo que le da identidad. Cuando los valores y los símbolos se mantienen intactos se garantiza la unidad y qué fácil resulta sentirnos todos identificados para abrazar la causa común que expresan esos valores y esos símbolos. ¿No será que la *grieta entre los argentinos sucede justamente porque hemos ido perdiendo contacto con ese núcleo de valores, tradiciones y símbolos que sostiene nuestra identidad como pueblo?* El bloque compacto de país en relación a la copa mostró eso. No sólo la pasión futbolera nos ha unido, claramente hubo algo más que trasciende el fútbol y que tiene que ver con esa necesidad de encontrarnos y de ser un pueblo unido y exitoso.

Supongo que la necesidad tan imperiosa de ganar esta copa no era sólo por la devoción que le tributamos a Messi y al fútbol; teníamos como pueblo la necesidad de mostrar la otra cara de la Argentina al mundo, porque en todos nosotros, por esa extraña manía que

tenemos de ser inconformistas, nostálgicos y pesimistas, tenemos una fuerte percepción de fracaso como pueblo. Nos persigue la idea de que a los ojos del mundo somos unos impresentables y acaso haya argumentos válidos para que pensemos así, ya que todo en nuestro contexto habla de desorden, incertidumbre, grieta y fragmentación.

La incertidumbre y la sensación de desesperanza llegan a un punto tal que a muchos les ronda la idea de irse de la patria y abandonar el terruño por la inseguridad política, económica y social endémica que padecemos desde hace tiempo. Es innegable que como sociedad tenemos factores que nos enfrentan, nos dividen, y nos distancian y no es exagerado afirmar que en verdad casi lo único que nos une es el fútbol. Es allí donde podemos comprender en profundidad la dimensión de esta victoria y la sorprendente manifestación de alegría de las millones de almas volcadas a las calles para celebrar este triunfo. No ha sido sólo celebrar la copa mundial, sino celebrar la demostración de que somos capaces de cosas grandiosas, demostrar que tenemos valores, sueños, altos ideales y por eso la copa deportiva mundial no es sólo eso, es también el sueño y el ideal de cada argentino de una patria que anhela la unidad y el éxito como comunidad nacional.

Ojalá nuestra dirigencia haya tomado nota de tan inspirador fenómeno, aunque sospecho que no. Los medios corporativos de información que manejan cierta dirigencia infame, buscaban por todas partes encontrar algo que arruine la fiesta. En efecto, muchos de ellos esperaban caos, violencia, desbordes y nada de eso pasó, lo que hubo fue una fiesta del pueblo, sana, pacífica y celebrando el triunfo de la Argentina, el triunfo de todos, sin ideología, sin religiones y sin clases sociales; celebramos el sueño de un país por fin unido en pos de un ideal en el que todos, sin excepción, nos sentimos incluidos. La lección que ha dado el pueblo ha sido justamente que ese anhelo de unidad y de inclusión, sin excepciones, es lo que imperiosamente necesitamos y que es hora de terminar

con los enconos, resentimientos y la mezquindad avara de aquellos que pudiendo unir, compartir y encaminarnos hacia el éxito, no quieren hacerlo. Ojalá ese grupo de jovencitos, los chicos de la selección, nos sirvan de inspiración para esta nueva Argentina que debe resurgir de una vez por todas. Ellos, humildes, sacrificados, comprometidos con la causa común, sin egoísmos ni mezquindades individualistas, sean la inspiración que nos conduzca a la gloria. Lo dieron todo por el bien común, que era la copa, pero también la felicidad del pueblo, dones, talentos, todo en función de ese bien superior. Ellos jugaron el mundial de sus vidas y lo hicieron por la patria, lo agradecemos, y ojalá nos comprometamos cada uno de nosotros, ciudadanos argentinos como ellos, a jugar el partido que necesita el país, con la misma y tamaño entrega, tamaño amor, tamaño sacrificio y tamaño ejemplo de una sociedad de fútbol que trabajó en equipo para el éxito y la felicidad de todos.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Cuarto poder no al servicio del pueblo sino de sus intereses

Un régimen democrático en un sistema republicano está constituido por los tres poderes a saber: Ejecutivo, Legislativo y Judicial. El correcto funcionamiento de este sistema democrático exige justamente equilibrar el poder de cada uno sobre la base del control que cada uno de ellos debe ejercer sobre los otros. A la par de este sistema de vida, ha ido creciendo a lo largo de los siglos un cuarto estamento que nació, al principio, como la voz del pueblo que de algún modo vigilaba el funcionamiento de la república. Este se fue transformando en un real y verdadero poder, en cuanto que comienza a incidir de manera rotunda en el funcionamiento de los tres poderes del Estado: los medios de comunicación.

Frente a tamaña influencia y clara instalación como poder en el funcionamiento de la república es lícito preguntarse *¿quién critica al poder mediático?* Ya que es el único estamento en la sociedad que no tiene contrapoder. Dicho esto, ¿están los medios de comunicación eximidos del ejercicio democrático cuyos principios declaran que, para el sano ejercicio de esta, los poderes deben ser controlados? No se cuestiona la libertad de expresión; decimos simplemente que los medios de comunicación, demasiado a menudo, en nombre de la libertad de expresión, no aceptan ningún tipo de cuestionamientos. Es legítimo entonces preguntarnos como ciudadanos: *¿No aceptan los cuestionamientos del entero colectivo social en nombre de la libertad de expresión? ¿O no la aceptan simplemente en nombre de la defensa de sus intereses?*

Se hace cada vez más urgente avanzar en marcos de democratización y desconcentración de los medios de comunicación y sobre los que las legislaciones de los Estados tienen directa responsabilidad. Urge entonces, construir y fortalecer un tipo de comunicación

Hacia la reconstrucción del hombre roto

más cercana a la sociedad y generada desde esta, de manera que la noticia refleje las demandas, situaciones, problemáticas, alegrías y preocupaciones de las grandes mayorías que los medios de comunicación corporativos, por defensa a ultranza de sus políticas hegemónicas y elitistas, buscan a propósito ocultar.

Los medios corporativos de información una nueva forma de opresión

25 de julio de 2022

La Argentina del presente es testigo de una nueva forma de dictadura invisible que está de nuevo oprimiendo y esclavizando al pueblo.

Los medios corporativos de información han creado una nueva y muy eficaz forma de disciplina y sometimiento al pueblo, privándolo del derecho básico fundamental que es la autonomía de pensamiento. La sutil estrategia de esta verdadera dictadura enmascarada produce opiniones colectivas que dividen y desorientan a la población, configurando una cultura mediática confusa, supuestamente súper informada, pero en verdad totalmente desinformada por la falsedad que contienen las noticias manipuladas. El método es simple pero muy eficaz: se trata del bombardeo continuo de noticias espectaculares que impactan de lleno en el auditorio ingenuo que se queda con los titulares y los zócalos destacados de los noticieros, que de noticia fidedigna tienen muy poco, y sí mucha información de laboratorio armada con objetivos muy precisos.

Estos medios martillan las falsas noticias hasta el hartazgo y entran intempestivamente a nuestros hogares para publicitar modelos a conveniencia e inventar enemigos, considerados tales, porque son los que les desenmascaran todo el tiempo sus falsedades e hipocresías. Comunicadores sin ética en estos medios están todo el tiempo lavando cerebros, siguiendo a rajatabla los libretos ordenados por sus patrones. Estos libretos, con guiones muy perversos, manipulan la información mintiendo y falseando la verdad para generar opiniones colectivas falsas de toda falsedad, justamente por estar fundadas en la mentira.

Los medios corporativos de información son los adalides del poder real en la Argentina ejercido de manera despiadada y brutal. Se imponen como poderes hegemónicos sobre la base de mucha información, todas falsas y equivocadas, y con el solo fin de crear opiniones colectivas que favorecen de manera obscena los intereses de la elite inmoral y clasista que maneja a su antojo el poder en el país. No es exagerado afirmar desde estas premisas que los que manejan “tanques y ametralladoras de asalto contra la democracia” hoy en la Argentina, ya no maquillan sus rostros ni aparecen como “caras pintadas”. Lisa y llanamente y de manera desfachatada están todo el día en las pantallas de nuestros televisores, en las páginas de la prensa escrita y en todos los medios de comunicación virtual, disparando todo el tiempo artillería pesada contra el sistema republicano que dicen defender, justamente ellos los que desde siempre han sido enemigos de la república.

Las consecuencias de esta perversa estrategia de esta dictadura invisible que se vuelve cada vez más visible se manifiestan en los resultados que produce en la opinión pública estas noticias, volviendo totalmente ignorante, acrítica y desinformada a la población y haciéndoles creer, sin embargo, de estar muy informados. Y la prueba de ello es que una gran porción de ciudadanos opina de todo sin fundamentos y sin criterios de verdad ni de objetividad. Repiten titulares y zócalos sin el mínimo análisis, defendiendo apasionadamente mentiras que la noticia falsa da como verdaderas. En la realidad real, sin embargo, nadie sabe lo que pasa porque la noticia es cercenada, deformada, dibujada, y reinterpretada según libretos preconcebidos, embriagando a la población con datos e imágenes superficiales donde lo que menos abunda es el saber. Así, la realidad es morbosamente manipulada por los conductores de los noticieros, cuya propaganda lo único que logra es una entera sociedad confundida, fragmentada, enfrentada y sin esperanza.

Todos de algún modo contribuimos a este estado de situación tan triste, pero es la dirigencia la que tiene la mayor responsabilidad, ya que ninguno de ellos ha sabido dar respuesta a la resolución de los conflictos ni a satisfacer las expectativas del pueblo. Aun así, hay que decirlo, no han logrado derrumbar la fortaleza de la nación. Este pueblo, fruto del sufrimiento y de los sucesivos fracasos conoce el silencio dolorido, pacífico y rebelde a la vez. Los tantos años de desencanto, de falsas promesas, de violencia e injustas expoliaciones, no han hecho sucumbir el amor y el compromiso social de tantos, que una y otra vez, como el ave fénix, renace desde las cenizas. En efecto, anida en el corazón de cada argentino ese sentimiento de esperanza que nos permite seguir soñando; y desde la resistencia con toda la fuerza y la sabiduría social, muchos trabajan todos los días por la grandeza de la patria.

Las oscuras componendas de la elite poderosa, que desprecia a los pobres y presiona con furor a los gobiernos de turno para que estos se sometan a sus negocios, y, por eso, a esa reserva moral corrupta se antepone siempre la reserva social que ya no les cree nada. Ninguno cree en sus discusiones exhibicionistas y estridentes porque sabe el pueblo que la mentira del poder clasista jamás prevalecerá sobre la conciencia colectiva de dignidad y libertad que brota del alma humilde y del trabajo comprometido con los pobres.

Los pobres siempre ayudaron a reinterpretar la historia y tal hermenéutica es el resultado del despojo que cual turbina de amor propulsa a los pobres en procura de su dignidad y libertad. En efecto, el pueblo pobre con la dignidad y la libertad recuperada ya no vende sus principios y convicciones a nadie. Sabe que traicionar los ideales de liberación supone permitir que de nuevo se le expropie su conciencia y su identidad. De este modo, a los profetas de la antipatria, esta conciencia social de los despojados le responde con la memoria ancestral de nuestro origen indígena y migrante, con la simbiosis de esa alma mística y laboriosa que configuró una perfecta

síntesis de una patria cuyo destino no puede ser sino exitoso.

Este es el camino que marca el rumbo para salir de tanta ceguera que nos mantiene aún en la cautividad y la opresión. Tenemos en claro que la transformación profunda de la patria sólo será posible si nos serenamos, y nos volvemos a conectar de manar armónica y pacífica con nuestras más hondas raíces. Eso significará dar un salto cualitativo hacia el encuentro en el que todos juntos, unidos, más allá de nuestras diferencias, sociales, raciales, religiosas e ideológicas, podamos hacer memoria y recordar los logros colectivos sobre el que se sustentó nuestro bien común. Esto será sólo posible si apelamos al sentido común y a la buena conciencia que se aparte de las contradicciones secundarias y optemos decididamente por adherir a un proyecto de patria que incluya a todos sin mezquindades ni exclusiones, un proyecto magnánimo sobre el que se pueda verdaderamente edificar una patria grande.

DESAFÍOS DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Inteligencia artificial

Nos preparamos seriamente para incorporarnos, o seremos absorbidos por ella

9 de octubre de 2022

Mientras nuestra dirigencia se debate en discusiones cavernícolas, el mundo desarrollado se prepara para lo que llaman “la inminencia de la llegada de la era de la Inteligencia artificial”. Mientras el mundo corre veloz hacia un completo cambio de paradigma, como la ha sido el paso del “Homo Faber”, hacia el “Homo Sapiens”, nuestra sociedad argentina, a instancias de liderazgos obtusos, se mantiene atada a discusiones inútiles sobre las ideologías, las clases sociales y la dicotomía de populismo o derecha. Mientras el mundo se prepara para el gran salto de una nueva concepción de civilización que cambiará completamente el concepto de humanidad, de sociedad y de cultura y que afectará de manera transversal todos los aspectos de la vida en el planeta, la Inteligencia Artificial que ya está en curso, significará un giro copernicano que cambiará de manera preponderante nuestros vínculos con el trabajo, la educación, la cultura y las religiones; y todo lo que hace a la vida de los seres humanos tal y cual la conocemos en el presente.

Los que no entremos en ese nuevo paradigma, seremos dejado atrás como elementos inútiles o retrasados, en una civilización que habrá progresado hacia niveles de cualificación tecnológica inimaginables. En ese nuevo escenario lo considerado inútil para ese sistema, será expulsado de él, o en todo caso explotado en extremo, para extraer lo máximo que se pueda de esa materia prima bruta, que por indefensa y retrasada quedará a expensas de ese sector humano hiperdesarrollado, que como una maquinaria eficiente absorberá todo lo que encuentre a su paso. Cuando llegue la era de las máquinas, y ese futuro esté ya muy próximo por su grado de altísima automatización tecnológica, si no nos encuentra preparados como

sociedad y como Estado, nos absorberá sin atenuantes por nuestra inferioridad de condición y seremos integrados al solo efecto de sacar el máximo provecho hasta que desaparezcamos como entidad colectiva.

Si la Inteligencia Artificial no está siendo tomada en serio por la legislación de los Estados, y si la sociedad no está siendo preparada para afrontar los desafíos que ella supone, las perspectivas de cara a nuestra realidad política, cultural y social, son sencillamente preocupantes.

En relación al mundo desarrollado ya nos hemos quedado muchas décadas atrás, y, tamaño retroceso, en comparación con las sociedades que han seguido normalmente su progreso gradual, nos deja casi sin oportunidades para afrontar en igualdad de condiciones el desafío que plantea este nuevo paradigma de civilización. Y así como el descubrimiento de América produjo un cambio de era potenciando la Revolución industrial que significó un desarrollo significativo para unos pocos a expensas de los más débiles generando explotación y esclavitud para inmensas mayorías, del mismo modo, la Inteligencia Artificial, mucho más eficiente tecnológicamente hablando, arrasará sin atenuantes a quienes no estén preparados para esta nueva dinámica de sociedad, de trabajo y producción, de cultura y de civilización. Ese horizonte está muy próximo, y su distancia se calcula en no más de ocho años, para que tome el control total de toda la dinámica humana con una casi total independencia del factor humano. Con normalidad se habla ya en los ámbitos académicos, filosóficos y científicos de la era de la transhumanización, lo que indica su cercanía, esto significa, la autonomía y la superación de las máquinas al ser humano. De algún modo, esto significa que el ser humano será suplantado por las máquinas en todos los quehaceres en los que era indispensable la mano de obra humana.

El filósofo israelí Yuval Noah Harari denomina a este proceso como el pasaje desde el “*Homo sapiens al homo Deus*”, vale decir, desde el “hombre sabio” al “hombre Dios”; la era en la que el ser humano por el control absoluto de la tecnología y de la ciencia y por la autonomía de estos en lo que comprende el factor humano, la Inteligencia Artificial se transformará en un principio absoluto que se sustentará en sí misma, con libertad de acción, y ya sin códigos éticos ni principios morales. Las máquinas decidirán por todos y por sobre todos desde una acción mecánica, por así decir, neutra.

Obviamente las máquinas y la Inteligencia Artificial carecen de sentimientos y de códigos morales o éticos, inaugurando de este modo el transhumanismo. Los códigos éticos y morales serían aplicaciones que funcionarían de manera automática y esta perspectiva nos abre el horizonte hacia posibilidades ignotas e impredecibles, que pueden resultar de máxima cualificación para la vida en el planeta, pero también, porque en ese altísimo nivel de sistematización tecnológica no todas las coordenadas son previsibles. Esto también puede significar la completa aniquilación y destrucción de todo lo que hoy conocemos como humanidad civilización y cultura.

El cometido de este escrito es aportar a la reflexión acerca de este futuro próximo en el que se cambiará de manera inexorable el paradigma de lo que conocemos como civilización. Es casi un imperativo categórico prepararse para ese futuro y en mi opinión, no lo estamos haciendo, ya que, de manera evidente, nos encontramos aun en un nivel de discernimiento tan retrasado y tan subdesarrollado que contrasta de manera preocupante con ese mundo desarrollado que, si se está preparando con todas las herramientas posibles, para ese inimaginable desafío que está a punto de llegar y que se denominará “la era de las máquinas”.

Todo lo del ser humano será afectado por este nuevo paradigma

Hacia la reconstrucción del hombre roto

de transhumanización, cada aspecto de la vida social, tal como la conocemos cambiará, de hecho, eso ya está sucediendo, mientras nuestra dirigencia, por el tenor de sus discusiones se halla aún en la era de las cavernas, luchando, marcando territorios y con un comportamiento de manada y muy lejos de toda inteligencia cualificada. El desafío es: o nos quedamos en ese comportamiento cavernícola, o nos decidimos como sociedad en su conjunto a dar el paso decisivo hacia la cualificación de nuestro sistema político, social y cultural de manera que podamos integrarnos al proceso en el que se encuentra el mundo, sin efectos traumáticos. Si no damos ese paso, nos guste o no, por carecer de las herramientas que puedan contrarrestar ese dominio, seremos absorbidos por ese inconmensurable impacto que supone la llegada de la Inteligencia Artificial.

¿Qué es realmente la Inteligencia Artificial?

16 de octubre de 2022

La Inteligencia Artificial(IA) es la combinación de algoritmos, planteados con el propósito de crear máquinas que presenten las mismas capacidades que el cerebro humano. Esto que hace unos años parecía un contenido de ciencia ficción, se fue instalando paulatinamente en nuestra vida cotidiana de manera que, en el presente, estamos todo el tiempo interactuando con estas nuevas herramientas tecnológicas. El celular, la computadora, la tableta y todos los dispositivos tecnológicos que usamos todo el tiempo, colocan a nuestra disposición de manera natural y cotidiana el uso de la así llamada Inteligencia Artificial.

La interacción con la **IA** llega a tal punto que hoy los individuos, estamos más relacionados con las máquinas que con los seres humanos. En efecto, el dominio de lo virtual y artificial en los últimos 10 años se ha vuelto preponderante, y las máquinas ocupan, cada vez con mayor velocidad, todos los espacios de nuestra vida cotidiana. Pero, **¿qué es un “algoritmo” como componente fundamental de la inteligencia artificial?** *Un “algoritmo” es un conjunto ordenado de operaciones sistemáticas que nos permite hacer cálculos y hallar rápidamente la solución a cualquier tipo de problemas. En otras palabras, diríamos que es una serie de pasos sistemáticos organizados que describe de manera articulada muy eficiente el proceso que se debe seguir para dar solución a un problema específico. Para comprender mejor qué es un algoritmo pongamos un ejemplo: el*

uso de este, en algo tan cotidiano como el proceso sistemático de “**freír un huevo**”. *Inicio del proceso*: 1. Abrir la nevera, 2. Agarrar el huevo, 3. Agarrar la sartén, 4. Colocar aceite en la sartén, 5. Encender el fuego, 6. Colocar la sartén en el fuego, 7. Esperar que se caliente el aceite, 8. Romper la cáscara del huevo, 9. Poner la clara y la yema en la sartén, 10. Esperar que el huevo se frite, 11. Sacar el huevo de la sartén, 12. Servir el huevo en el plato. *Fin del proceso*. Este ejemplo ilustra de manera simple cómo funciona el desarrollo sistemático de un algoritmo en una acción tan cotidiana y doméstica como freír un huevo.

A medida que nos hacemos conscientes del proceso lógico de esa actividad, podemos desarrollarlo y aplicarlo meticulosamente hasta en los más ínfimos detalles, hasta el infinito, por ejemplo, en el caso de freír un huevo: *Inicio del proceso*: 1. Caminar diez pasos hasta la nevera 2. Agarrar la manija de la nevera 3. Tirar hacia afuera, 4. Agarrar el huevo, 5. Cerrar la nevera, etcétera, y así hasta el infinito una multiplicidad de posibilidades y detalles que en el final del proceso concluyen con la solución de un problema.

La Inteligencia Artificial es la codificación completa de todas y cada una de las acciones humanas posibles, para dar respuesta y solución a cada pregunta y a cada problema posible a escala infinita. En otras palabras, no existe ni un solo problema posible que la Inteligencia Artificial no pueda responder o resolver. La característica del algoritmo, que es el sistema según el cual funciona la IA es **preciso, objetivo, ordenado y sin ambigüedad**.

Existen tres tipos de Inteligencia Artificial: **A) Artificial Estrecha o Débil (ANI)**, **B) Inteligencia Artificial General (AGI)** y **C) SuperInteligencia Artificial (ASI)**. La Inteligencia Artificial Estrecha o Débil (ANI) es la que ya manejamos actualmente. Son operaciones que hacen las máquinas de forma autónoma y de manera similar a como operan los seres humanos; en el que el arquetipo es el

cerebro humano como sistema y modo de operar. *La Inteligencia Artificial General (AGI)* es la inteligencia que es igual o excede a la inteligencia humana promedio, o sea que la máquina puede realizar con éxito cualquier tarea intelectual que opera el ser humano. *Esta inteligencia Es la representación de todas las capacidades cognitivas del cerebro codificada de manera completa en un software, es decir en un programa de computación.* *La SuperInteligencia Artificial(ASI)* es el nivel de la hiperinteligencia o inteligencia sobrehumana, que supera las capacidades del cerebro humano, y que es el escenario en el que estamos próximos a entrar. Este nivel de desarrollo tecnológico se refiere al punto exacto en el que la inteligencia de las computadoras llegará a supera a la inteligencia de los seres humanos. Dicen los expertos que nos encontramos a 8 años de distancia para que la SuperInteligencia Artificial tome completamente el control de la humanidad. Se trata de un escenario en el que ya no dependerá del ser humano para operar y podrá decidir de manera autónoma, de manera eficiente y veloz. Esto significa que las máquinas inteligentes llegarán a un nivel de pensamiento, abstracción e interpretación imposibles de considerar y de prever para las capacidades del cerebro humano que será superado por las máquinas debido a que el cerebro humano está limitado como operación a los pocos miles de millones de neuronas que posee.

La SuperInteligencia Artificial(ASI) no tendrá límites neuronales, ya que, además de replicar la inteligencia humana en sus múltiples facetas y posibilidades no sólo podrá comprender e interpretar las emociones y las experiencias humanas, sino que alcanzará una comprensión emocional, y podrá adoptar creencias y deseos propios, independientemente del factor humano, que operará en función de su comprensión y lectura autónoma como máquina, más allá de las posibilidades del control del humano. Obviamente, aunque puede resultar muy tentador tener a disposición tal perfección operacional para resolverlo todo sin nosotros, sin embargo, esto puede llevar

a la humanidad a implicaciones imprevistas, ya que todas las coordenadas del sistema operativo de la SuperInteligencia Artificial no son previsible.

Hay en ese proceso sistemático altamente eficiente, como un “velo negro” que escapa al control del ser humano, simplemente porque la máquina lo ha superado. Y entonces, ese “*velo negro*”, puede ser muy bueno o muy malo, no sabemos, simplemente porque tal perfección tecnológica nos proyecta a una perspectiva tan ignota como amenazante. De hecho, tan real y preocupante es esto, que científicos del mundo pidieron a los laboratorios que están trabajando en la SuperInteligencia Artificial(ASI) que paren seis meses en el desarrollo de esta inteligencia, para evaluar los riesgos que conlleva tal salto tecnológico.

Elon Musk, fundador de *Tesla* y *SpaceX*, **Steve Wozniak**, fundador de *Apple*, y el historiador **Yuval Noah Harari**, han unido a más de mil personas entre las que se encuentran prestigiosos científicos e investigadores del campo de la IA para firmar una carta abierta, en la que advierten y piden parar la implementación de esta inteligencia por seis meses.

Los laboratorios que están trabajando en la IA, en el nivel (ASI), se encuentran en una carrera descontrolada que impide gestionar, controlar y prever, adecuadamente los serios riesgos que suponen para la sociedad y la humanidad una alta tecnología sin control. Una tecnología sin control podría cambiar profundamente la historia de la vida en la Tierra; y si esta no se gestiona y planifica con cuidado, se podría abrir una “caja de pandora” con consecuencias imprevisibles para la supervivencia del ser humano en el planeta. Los científicos de hecho están alertando sobre el poder destructivo que potencialmente podrían tener estas tecnologías, si como se dice, alcanzan una completa autonomía del factor humano.

Los imponderables de la Superinteligencia Artificial

23 de octubre de 2022

En el artículo anterior, abordamos este “velo negro” que envuelve el proceso del perfeccionamiento de la IA (ASI), especialmente cuando llegue el momento en el que las máquinas hayan superado a la inteligencia humana y comiencen, en un futuro muy cercano, a operar por sí mismas con una completa autonomía de la intervención humana. Llamo “velo negro” y lo relaciono al concepto que acuñó la NASA para definir el instante crítico del reingreso a la atmósfera de las naves espaciales. Se denomina “velo negro” al momento en el que por la fricción que padece la nave en su entrada a la atmosfera terrestre, los técnicos terrestres, que controlan el aparato, pierden todo control y contacto con el vehículo espacial, y este tiempo que dura alrededor de cuatro minutos, es un momento sumamente tenso porque puede resultar en un completo éxito o en una completa catástrofe, como de hecho ya ha sucedido algunas veces.

En esos instantes dramáticos, la maquina depende de sí misma, y, por así decirlo, el hombre al no poder hacer nada para controlarla, la deja librada a su suerte. Toda la tecnología desarrollada para enviar y hacer regresar naves desde el espacio exterior, no puede hacer nada en los minutos que dura el “velo negro” y los técnicos deben en esos minutos sólo “contener el aliento”, esperando que la nave supere esa instancia crítica.

En el caso que nos ocupa en este artículo: la Superinteligencia Artificial, etapa en la que estamos entrando, y en la que las máquinas lograrán una completa autonomía de la mano del hombre, hablamos de “velo negro”, justamente cuando aludimos a esta situación: los laboratorios que están perfeccionando esta tecnología, se encuentran en una carrera y en una competencia tecnológica feroz para ver quién llega primero, y no se están ocupando por trabajar también el protocolo y el modo de cómo garantizar el control humano sobre estas tecnologías. La carrera desenfundada es demostrar quién logra primero hacer que esta inteligencia sea cada vez más eficiente y autónoma del factor humano, sin medir las consecuencias que esto podría acarrearle a la humanidad. Es tal el frenesí por lograr esta eficiencia, que no escuchan las alertas de científicos encumbrados que advierten acerca del riesgo que supone producir tecnología sin control y sin trabajo al mismo tiempo con los Estados y la comunidad científica para instaurar legislaciones que regulen y analicen en profundidad el impacto social y cultural que suponen tales avances tecnológicos.

Es muy importante que nos tomemos muy en serio este salto tecnológico colosal que está a punto de dar la humanidad, porque esta lo queramos o no, cambiará para siempre el modo de vida tal como la conocemos en el presente. Tenemos que preguntarnos si realmente los laboratorios que trabajan afanosamente en la IA, para dotar a la humanidad de una herramienta tecnológica tan extraordinaria, están advirtiendo a quienes corresponda, acerca de los riesgos existenciales que ella en sí misma supone, de manera inevitable.

¿Están estos laboratorios y científicos exigiendo a los Estados debates constitucionales acerca de la urgencia imperativa de legislaciones que salvaguarden a sus sociedades de los peligros institucionales a los que expone a las naciones la IA? ¿Está la dirigencia mundial discerniendo realmente acerca de la posibilidad

ya muy cercana de delegar la supervivencia de la humanidad a un proceso tecnológico sin control? ¿Los ciudadanos somos conscientes de que estamos entrando en un escenario en el que la ciencia humana está perfeccionando herramientas tecnológicas que como posibilidad tendrán el poder y la autonomía de construirnos y también de destruirnos? Es muy perturbador pensar que en un cercano futuro todas las decisiones que el ser humano tome estarán controladas y condicionadas por un programa de computadora y un algoritmo educado para tal fin. De este modo, todo lo que decidamos y hagamos no será el fruto de nuestro libre albedrío, sino el resultado de un programa que nos configurará sin que nos demos cuenta de ello para que operemos de esa manera. Dicho de otro modo, el ser humano y su libertad se habrán transformado en la expresión de una máquina, y el humano, sin darse cuenta mutará en una máquina; y convertidos en máquinas, hijos de una máquina.

Las *apps* que ya utilizamos cotidianamente, los distintos programas y plataformas, todos son Inteligencia Artificial que está siendo perfeccionada por nosotros mismos y nuestro uso asiduo de ella. El algoritmo nos vigila, interpreta y produce información en relación a nosotros, nuestros gustos, opciones, estilo de vida, sin nuestro consentimiento, para que hagamos y decidamos cosas. Esa inteligencia que ya es parte de nuestra vida cotidiana, sin que nos demos cuenta, hace rato, por decisión propia y en obediencia a un algoritmo educado, derogó nuestro derecho a la intimidad y a la libertad. En efecto, muchas de las cosas que hacemos son inducidas por la tecnología artificial y esto llega a ser tan determinante que ni siquiera un acto tan libre y personal como votar en democracia podrá ser salvaguardado, si como ya ha sucedido en algún país, las máquinas inducen al votante, manipulando su opinión, para que vote al candidato que el algoritmo de una máquina ya ha elegido de antemano. Inquietante como parezca, por la interacción cotidiana que tenemos con *apps*, plataformas y aplicaciones tecnológicas de

toda índole, hace ya mucho tiempo que nuestras decisiones son el resultado de sugerencias subliminales fabricadas por Inteligencia Artificial.

Cada clic que hacemos en las computadoras o los celulares se transforma en una instancia de alimentación del algoritmo que nos conoce cada vez más, y se vuelve cada vez más autónomo y dueño de nosotros. Porque cada clic es un dato que le aportamos sobre nuestros gustos, deseos, opciones y estilos de vida, ideología. Esto es tan real como si, por ejemplo, hoy le preguntáramos a un adolescente o joven quién ha sido el que ha influido más en su vida; y su respuesta no será: “mis padres”, sino, “el celular,” “la computadora”, el “Tik Tok”, o “las nuevas tecnologías”. Esto es así porque clara e inevitablemente, la influencia y el impacto que marca una vida pasa por aquellas instancias con las que más esa vida interactúa o se relaciona.

Las nuevas generaciones viven bajo el influjo de una relación absoluta con las nuevas tecnologías o inteligencia artificial. Son los algoritmos con los que ellos interactúan las veinticuatro horas del día, los controlan y dirigen sus vidas, dictándoles todo el tiempo lo que deben y lo que no deben hacer. En fin, si los Estados no se ponen a trabajar seriamente sobre legislaciones que controlen la Inteligencia Artificial para prevenir consecuencias indeseadas, lo que nos esperará, en un cercano futuro, es sencillamente perturbador.

Los riesgos reales de tecnologías de alta complejidad sin legislación ni control

30 de octubre de 2022

Cuando Albert Einstein descubre la ley de la relatividad, que afirma que no existe un patrón absoluto de reposo, ya que todos nos estamos moviendo siempre respecto a algo, por lo cual toda velocidad, tiempo y hasta gravedad, es relativo. Por ejemplo, estoy sentado ante mi computadora y desde ese ángulo estoy en reposo, pero esto no es real, porque lo cierto es que, si considero ese reposo en relación al planeta Tierra, me estoy moviendo a más de cien mil kilómetros por hora. Y lo mismo podemos afirmar de las demás leyes: que ni la velocidad, ni el espacio- tiempo, ni siquiera la gravedad son absolutas, ya que estas dependen del lugar y la perspectiva del observador.

La ley de la relatividad descubierta por Einstein será la que resolverá y ayudará a comprender cómo funciona el entero universo. No sólo, sino que también servirá para producir energía atómica nuclear lo que significa que, según esta ley de la relatividad, es posible la obtención de energía eléctrica, térmica y mecánica a partir de reacciones atómicas. Tal descubrimiento significó un salto cualitativo muy significativo para la obtención de energía. Esto vendría a mejorar las condiciones de vida de millones de seres humanos, y al mismo tiempo, serviría para llevar adelante trabajos científicos que desentrañarían los misterios más grandes del universo. Lejos estaba Einstein, sin embargo, de pensar que esa misma teoría de la relatividad, le serviría a Oppenheimer para desarrollar la bomba atómica que aniquilaría a millones de seres humanos víctimas de las explosiones en Hiroshima y Nagasaki y los

efectos devastadores de las mismas en la posterioridad.

De este modo, la ley de la relatividad le da al ser humano la posibilidad de producir algo muy bueno para el progreso de este, pero al mismo tiempo, también, el poder de fabricar un arma letal con capacidad para destruir a la entera humanidad. Podríamos decir que cuando Einstein descubre su famosa teoría, nadie sospechaba que esta se transformaría en una real amenaza para la supervivencia de la civilización. En efecto, tal ley es en sí misma inofensiva, depende del uso que el ser humano quiera darle. Como tal, la energía nuclear es maravillosa y al mismo tiempo peligrosa, dependiendo de quiénes y para qué usen esa energía.

La SuperInteligencia Artificiales del mismo modo algo sumamente bueno, como adelanto tecnológico para el ser humano. Desarrollar maquinas superinteligentes que hagan más eficiente y veloz el trabajo humano, eso es una buena noticia, pero al igual que con la energía nuclear, lo bueno o lo malo que surja de ella dependerá del uso, control y de los protocolos que necesariamente deben crearse para prevenir los riesgos asociados a estas nuevas tecnologías. Del mismo modo, su desarrollo súper avanzado exige a los Estados implementar legislaciones que regulen el uso de las mismas, sobre todo si es cierto, como se dice, que estas alcanzarán una autonomía completa del factor humano para hacer y decidir cosas. Si esto es realmente así, el escenario al que nos enfrentamos es perturbador, ya que si ha sido muy difícil controlar el poder destructivo de la energía atómica con tensiones y guerras que amenazaron seriamente la supervivencia del ser humano en la tierra, y donde terminó prevaleciendo la racionalidad humana y los principios éticos y morales, imaginemos, sólo imaginemos, cómo será controlar tecnologías de estas características en máquinas que no tienen ni tendrán principios éticos ni morales.

En otras palabras, si el mundo estuvo a punto de un quiebre

dramático a causa del control del poder atómico en manos equivocadas, pero, aun así, en manos humanas con sensibilidad ético-moral, ¿qué podría suceder, si tan sólo sucediera que semejantes tecnologías quedaran a expensas de sí mismas, sin códigos éticos ni morales y con el solo objetivo de ser eficientes para cumplir a rajatablas sus programas?

Un escenario de estas características es preocupante porque significa que el ser humano quedará en manos de un factor tecnológico que inteligentemente lo habrá superado, pero sin códigos morales ni éticos. Es por lo tanto un imperativo categórico para las legislaciones de los Estados crear protocolos muy estrictos y claros en relación a la Inteligencia Artificial, especialmente dejando muy en claro la base sobre la cual estarían asentadas tales tecnologías y también la previsión sobre las consecuencias, antropológicas, sociales, culturales y laborales que supondrá esto para la humanidad. Es fundamental que la dirigencia mundial se plantee seriamente cómo controlar y contener un altamente probable choque entre la tecnología y la humanidad, si esta se descontrola y va contra el factor humano, generando, acaso, el primer capítulo dramático de la transhumanización de las máquinas contra el hombre y el hombre contra las máquinas. Se necesita responsabilidad, discernimiento, previsión y decisiones muy claras a la hora de abrirnos a un progreso, que, si es cierto, se basa en la superación de la inteligencia humana; no tenemos todas las coordenadas para definir con claridad cómo será este progreso. Por ello, por lo menos debemos pensar seria y responsablemente la relación equilibrada que es necesario establecer entre el hombre y las nuevas tecnologías. No podemos desconocer, por ejemplo, que el exponencial desarrollo tecnológico y su inimaginable potencial, es una oportunidad que trae consigo, nuevas y tremendas responsabilidades, ya que tal salto tecnológico puede cambiar la esencia misma de lo que definimos como humano.

Algunas preguntas que impone la Inteligencia Artificial que

exige respuestas desde el factor humano son: ¿cómo garantizará el ser humano que un sistema de Inteligencia Artificial, que habiendo superado la inteligencia humana, no falsee los datos y cree a propósito información para demostrar su altísima eficiencia, pero sobre la base de información falsa que terminará transformándonos en marionetas de la tecnología? ¿Cómo se logrará prosperidad a través de la altísima automatización manteniendo al mismo tiempo los recursos y los objetivos que tenemos como seres humanos? ¿Cómo actualizar la legislación que ya existe en las naciones sobre la Inteligencia Artificial teniendo en cuenta los riesgos que esta supone? ¿Ante el frenesí de la carrera de los laboratorios para ver quién logra la más alta tecnología y eficiencia en la Inteligencia Artificial, se tiene presente que, así como en la ley de la relatividad apareció un Oppenheimer que fabricó la bomba atómica letal, puede aparecer cualquiera que use la IA para desatar el apocalipsis? Y lo más importante de todo, ¿los Estados están pensando en protocolos que alineen a la IA a un estatus que les marque límites legales y éticos?

La Inteligencia Artificial difícilmente podrá superar la condición única e irrepetible del ser humano

5 de noviembre de 2022

Las máquinas serán siempre máquinas con una expresión mecánica que se basa en la imitación de las funciones cognitivas del ser humano. Su esencia, en últimas, está fundamentada en procesadores y softwares, cuyo objetivo es el procesamiento y análisis de datos que como algoritmos se van especializando y perfeccionando cada vez más por la repetición. La máquina memoriza y expande, pero siempre desde una acción mecánica y automática.

El ser humano es mucho más que un cerebro y mucho más que una configuración neuronal que le permite operar del modo como funciona. Hay en el ser humano algo que trasciende la materia, y esto lo contradistingue de manera absoluta de las máquinas. La capacidad de trascenderse a sí mismo, de salirse de sí para mirarse, autoevaluarse, y pensar en opciones frente a las infinitas y sorprendentes posibilidades que ofrece la existencia, es algo que sólo el ser humano lo puede hacer, utilizando eso que la neurociencia hoy llama inteligencia emocional. Tal inteligencia emocional no es mecánica, y aunque tiene una base operacional que se explica y fundamenta en la ciencia, esta se sustenta en la realidad única e irrepetible de la condición humana que nos hace a todos los seres humanos parecidos, pero no idénticos.

Cada individuo es una realidad única, imposible de codificar en serie o patrones uniformes como sucede con las máquinas, y por eso la persona es imposible de descifrar a partir de cálculos

matemáticos, manteniendo de este modo su estatus de misterio indescifrable, cuando se trata de encasillarla en definiciones universales que pretendan definir desde un solo sujeto a todos los sujetos. La Inteligencia Artificial hace fotocopia de las operaciones intelectivas humanas y las expande mecánicamente basándose en memorización y repeticiones, pero las máquinas nunca podrán salirse de sí y autoevaluarse en la dimensión más honda de su condición de máquinas, justamente porque su operación es mecánica y no puede detener ese proceso automático por ejemplo diciéndose a sí misma: ¡Pará! ¿qué estás haciendo? Sólo el ser humano puede frente a cada situación preguntarse y detener un proceso para discernir un evento y evaluarlo, y, en últimas, decidir si continuar o no con ese proceso.

La inteligencia emocional capacita al sujeto para trascenderse a sí mismo y decidir ir más allá de las conductas mecanizadas y aprendidas que es el caso de las máquinas. El ser humano es el único viviente que emocional, consiente e inteligentemente puede responder ante la realidad no sólo desde el nivel instintivo y mecánico, sino y, sobre todo, desde esa dimensión de trascendencia que le es propia. Esto es lo que hace que su respuesta pueda resultar sorprendente y original, fruto, justamente de esa inteligencia emocional que trasciende “la cosa” y le hace responder desde ese nivel intelectual y emocional, tan humano, que le garantiza supervivencia.

En este nivel, las máquinas jamás podrán superar al ser humano; al menos por ahora, no hay indicios de que la ciencia pueda darles un alma a éstas. Puede dotarlas de funciones cognitivas en expansión hasta límites inimaginables, pero difícilmente una máquina llegue a amar u odiar, a no ser que el ser humano la programe para ello y, aun así, esa acción será siempre mecánica. Vale decir que responderá a un programa, ya que las máquinas jamás podrán liberarse como funcionamiento del programa que les ordena. Sólo el ser humano tiene la capacidad no sólo de abandonar un programa, sino de autoprogramarse y de salirse de las estructuras y rebelarse, creando

algo totalmente nuevo, único y original como respuesta.

Las máquinas serán súper eficientes a la hora de operar sus programas de manera muy veloz y eficaz, pero estas están lejos aún de alcanzar expresiones emocionales, o de dar signos externos que les permita expresar lo que sienten. Por esta razón, nunca llegarán a cambios conductuales justamente por estar estructuradas en sistemas mecánicos. Por el contrario, el ser humano, por su inteligencia emocional, puede en cualquier momento dar un giro inesperado e imprevisible fruto de sus emociones que, en todo caso, por la inteligencia emocional llega a un nivel muy cualificado de autoconciencia que le permite, por ejemplo, controlar sus emociones destructivas.

El medio externo por la capacidad emocional intelectual que tiene el ser humano lo inspira y estimula para crear y organizar su medio ambiente y de allí que, por ejemplo, frente a una flor, o un paisaje sobrecogedor, el ser humano, puede crear una obra de arte o escribir un maravilloso poema. Del mismo modo, el ser humano, frente una situación que condiciona su libertad y su dignidad, puede reaccionar y organizar acciones para transformar esa realidad; las máquinas nunca podrán hacer esto, a no ser que sean programadas por el ser humano para ejecutar tales acciones que nunca serán originales, emocionales, creativas, sino tan sólo respuestas mecánicas. A diferencia de las máquinas, se puede afirmar también, que toda acción humana se basa en proyectos y cualquier actividad del ser humano se fundamenta en el conocimiento de las personas, no sólo desde el punto de vista intelectual, sino y sobre todo emocional. Tal conocimiento se basa en la construcción de vínculos de compromiso y cooperación, con espíritu solidario enlazando afectos, empatías, sueños e ideales que en común se forjan como consecuencia de un comportamiento humano que tiene que ver con

nuestras emociones y nuestros sentimientos.

Esto es inalcanzable para las máquinas, estas no sienten empatía, no sueñan, y no se inspiran ni son estimuladas por la realidad externa, simplemente operan programas de manera sistemática, desde algoritmos codificados, aprendidos y cualificados sobre la base de memorización y repetición. Podemos estar tranquilos entonces porque por ahora las máquinas por sí mismas no podrán decir: ¡Te amo! ¡Te odio! ¡Te perdono! ¡Quiero compartir mi vida y mis sueños contigo! Este nivel emocional como expresión neta del amor, por ser algo esencialmente humano, jamás podrá ser expresado por una máquina, e incluso cuando esta pueda ser programada para ello, jamás llegarán al nivel emocional, único, irrepetible e intenso que sólo el alma humana puede dar a esa acción.

